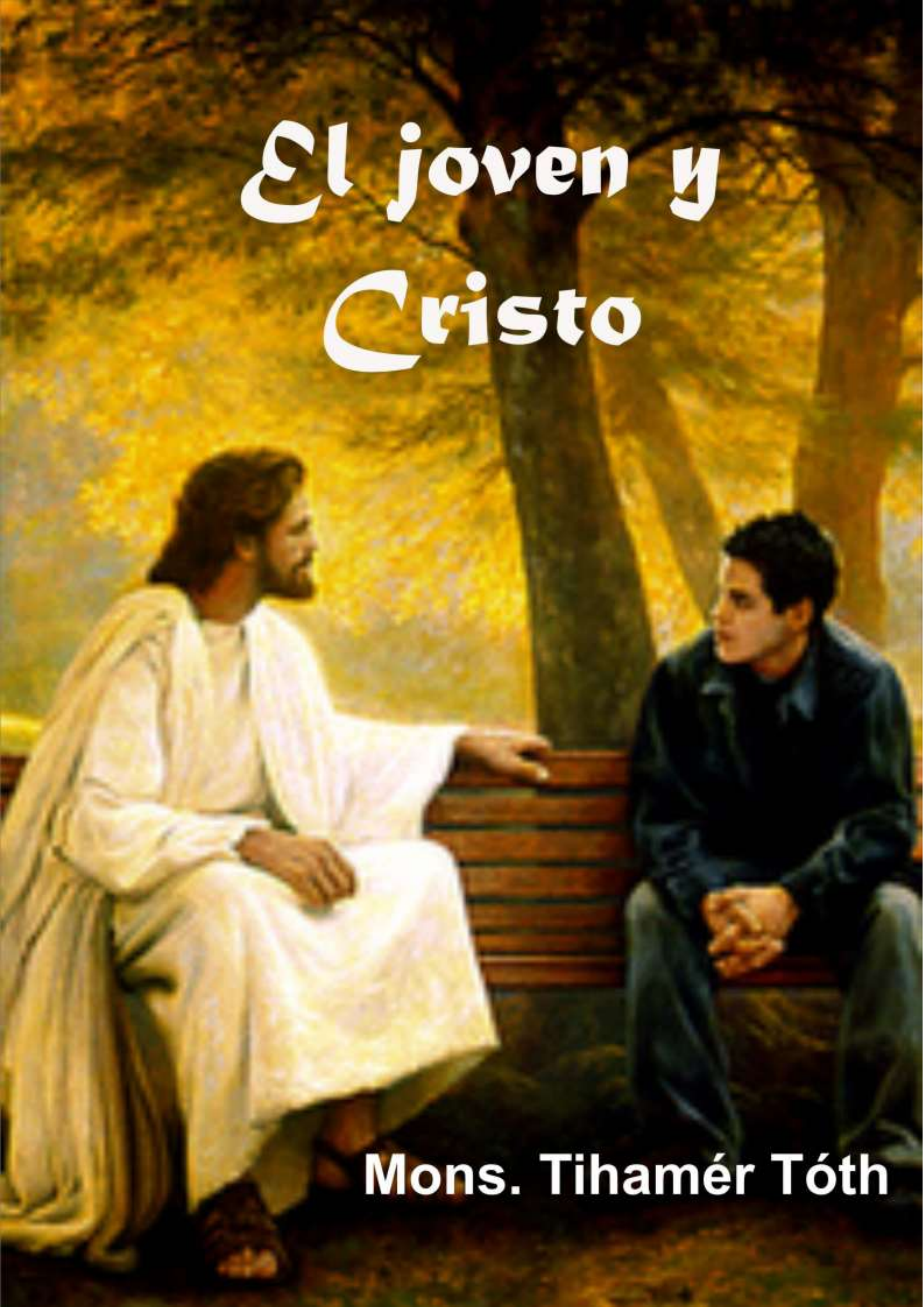

El joven y Cristo
Mons. Tihamér Tóth

Mons. Tihamér Tóth

El joven y Cristo

Resumen adaptado
por Alberto Zuñiga Croxatto

Nihil obstat
Alejando Martínez Gil
Censor

Imprimatur
CASIMIRO. — AUXILIAR

Este libro está traducido del original húngaro
“A M Ü V L T I F J Ü”
Por el M.I. Sr. Dr. Don Antonio Sancho,
Magistral de Mallorca

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN

LA LUZ DEL MUNDO

Estoy en la cima de un peñasco que se alza entre nubes. Madrugada de mayo. A mi espalda negrea todavía la noche oscura; pero los picos ya empiezan a vestirse de luz por el Oriente. Las sierras se inundan de púrpura cada vez más subida... De repente, brota en el horizonte como un gigante de rostro jovial el disco luminoso del Sol, y llena de fuego, de alegría, toda la región, mostrando sus pompas magníficas...

Y rompen los pájaros en trinos; el ciervo, tímido, asoma su cabeza en ti bosque y las florecillas elevan hacia el Astro Rey sus cálices y los abren a sus rayos, y todo se renueva y se rejuvenece, todo se dirige hacia el Sol, hacia el Sol esplendoroso, que calienta, que vivifica...

Sobre la Humanidad, que durante siglos había caminado a tientas por la oscuridad, se levantó hace mil novecientos años el Sol más luminoso, cálido, vivificador: nació Nuestro Señor Jesucristo. Él es la “lux del mundo”, que ilumina a todo hombre que viene a esta vida.

Es nuestra luz por sus enseñanzas y por sus ejemplos; por sus enseñanzas, porque los que le oyeron decían: “Jamás hombre alguno habló como este hombre”; por sus ejemplos, porque no sólo se atrevió a. preguntar a los que le odiaban: “¿Quién puede argüirme de pecado?”, sino que hasta el procurador romano que le condenó a muerte, hubo de confesar: “Yo no hallo delito alguno en este hombre” (Lc 23,4).

¿Por qué motivo la majestuosa figura de Jesús es un ejemplo tan magnífico y subyugador para nosotros? Porque Él no es tan sólo Dios, inmensamente superior a nosotros, sino que también es hombre, ha sido niño, muchacho, joven y hombre maduro; ha pasado por todos los grados de desarrollo por los cuales hemos de pasar también nosotros.

* * *

Los Salesianos, que se dedican de un modo especial a la educación de la juventud, emprendieron en el año 1905 la construcción de una iglesia magnífica sobre una colina, junto a Nazaret. Pero antes de dar coronamiento a la obra estalló la guerra europea y los misioneros Salesianos tuvieron que abandonar Tierra Santa.

Después de los largos años de la guerra volvieron; un triste montón de ruinas era lo que les esperaba. El edificio empezado se había venido

abajo, había perecido...; pero entre las ruinas se levantaba, invitándolos a confiar, una estatua que se mantenía firme: la figura de Jesús, joven. Y los buenos Padres Salesianos cobraron confianza, y emprendieron con el antiguo entusiasmo la nueva obra...

Triste montón de ruinas dejó en pos de sí, en muchas naciones, la guerra mundial. Pero no perdamos esperanzas aun a la vista de tantos escombros. Entre las ruinas ha de brotar una juventud nueva; una juventud que sienta con ardor los ejemplos de la vida humana de Jesucristo: su obediencia y su amor al trabajo, su pureza y humidad, su fidelidad a los principios y su constancia, su dominio propio y su abnegación, su respeto a las autoridades y su amor a la patria.

¡Hijo mío! Dame tu mano, y sentémonos a los pies de la LUZ DEL MUNDO y estudiemos aquella vida tan llena de provechosas enseñanzas. Lee las páginas de este libro con alma sedienta de aprender lo que dice Jesús a los jóvenes.

No leas el libro de un tirón, sino rumiando un párrafo cada día.

Cuando empiece la noche y hayas acabado tu tarea cotidiana, cuando hayas aprendido la lección, en los momentos de silencio que preceden a la oración de la noche, toma este libro y lee unas pocas páginas con espíritu de meditación; ciérralo después y prosigue tu diálogo con el Divino Salvador. Imagínate que allí, en aquel mismo instante, acaba Él de pronunciar las palabras que has leído, y que a ti las dirigía.

Si durante varias semanas vas profundizando el sentido de las palabras, llegarán a grabarse con hondura en tu joven alma los rasgos de su divino rostro. Si miras día tras día los ojos del Niño Jesús, las fuerzas desordenadas que te agitaban se posarán de un modo armonioso; si escuchas las palabras de Cristo, Maestro, el pecado perderá sus alicientes y la tentación su fuerza, y si contemplas el rostro del Cristo paciente, el dolor perderá su amargura y se habrá quebrantado la rigidez abrumadora de los desengaños que la vida tiene preparados también para ti.

¡Señor, Jesucristo, Salvador divino! Que eres ya hace casi dos mil años el Sol esplendoroso de millones y millones de hombres, sé también guía en la vida, apoyo en la tentación, fuerza en la lucha por el bien de los lectores de este libro: de los jóvenes que luchan, que tropiezan, que caen; pero que tienen buena voluntad y te quieren con alma y vida.

CAPÍTULO PRIMERO

JESUCRISTO EN LA VIDA OCULTA



El Niño iba creciendo y fortaleciéndose, lleno de sabiduría; y la gracia de Dios estaba en él. (SAN LUCAS 2, 40)

En seguida se fue con ellos, y vino a Nazaret y les estaba sujeto... Jesús, entretanto, crecía es sabiduría, en edad y en gracia delante de Dios y de los hombres. (SAN LUCAS 2, 51-52)

Noche de Navidad

El silencio de una expectación misteriosa envolvía todo el mundo. La Humanidad, que había pasado millares de años luchando y buscando la verdad, parecía presentir la proximidad de algún acontecimiento nunca visto. Algo había de ocurrir que sacase de sus quicios al mundo entero.

El poder político de los romanos pesaba sobre todo el orbe, sobre todo el mundo que esperaba, sobre toda la tierra que prestaba oídos al mismo silencio. CICERÓN mencionaba una vieja profecía, según la cual, aparecería un rey, al que habría de someterse la Humanidad entera si quería salvarse. "¿Quién será ese rey y cuándo sonará la hora de su llegada?", pregunta el orador pagano (*De Divin.* s. 54).

VIRGILIO, en su Egloga IV, describe la nueva era, profetizada por la Sibila: nace un misterioso niño, hijo de la divinidad, por quien se renueva toda la creación, que destruye la serpiente, que borra el pecado y establece la paz en toda la tierra...

Y en la plenitud de los tiempos..., cuando el anhelo ardoroso de la Humanidad por un Libertador asaltaba ya los mismos cielos..., en una

silenciosa noche de diciembre..., en la gruta de Belén..., desconocido de todos..., rechazado de todos..., *nació Nuestro Señor Jesucristo*.

Lo pregonan hoy todas las campanas: *¡Ha nacido Cristo!* Lo repiten hoy todos los corazones: *¡Ha nacido Cristo!* Brilla hoy en todas las miradas la luz de este pensamiento: *¡Ha nacido Cristo!*

"Se hizo hijo del hombre, para que podamos nosotros ser hijos de Dios. Se hizo débil para robustecernos. Se dejó envolver en pañales para librarnos de los lazos del pecado. Se hizo pequeño para que, fuéramos más grandes. Se hizo pobre para enriquecernos. Nace llorando para secar nuestras lágrimas. Viene a la vida en país extraño para conducirnos a la patria verdadera de los cielos. No encuentra lugar en toda la ciudad para prepararnos lugar en el reino de los cielos" (PÁZMÁNY).

¡Oh, si lo hubiéramos sabido!... Así se disculpan los habitantes de Belén. ¡Oh, si hubiésemos conocido quiénes eran los dos peregrinos que a las altas horas de la noche llamaron a nuestra puerta! ¡Si hubiésemos sabido quién era Aquél para el dual pedían hospedaje! ¡Cómo les habríamos ofrecido albergue, pan tierno y blando lecho!...

No. Esto no sirve de disculpa. Lo concedes, ¿verdad? Por lo menos, no puede ser excusa después de aquella fría noche de Navidad.

Nosotros que ya conocemos la luz del amor humilde del Niño de Belén, ¿hemos de ser amables y atentos tan sólo con los amables y los ricos? No; no pueden ser discípulos verdaderos del Niño Jesús que nació en la gruta de Belén los jóvenes que no aprecian a los compañeros más pobres, a los de traje más modesto, lo mismo que a los afortunados; ni los jóvenes que conceden a otro su amistad porque es "me cae simpático", sino porque tiene cualidades y valores dignos de admirar.

¿Por qué nos alegramos?

El corazón de millones de cristianos vive la emoción del gran día. Y aun el corazón de los que no son cristianos. En todas las latitudes de la tierra. En la choza de nieve de los esquimales, en la tienda de los negros, en los desiertos africanos, en los camarotes de los yates más lujosos..., hoy se celebra la fiesta de Navidad.

Antiguamente, los cristianos la celebraban en lugares subterráneos, en las catacumbas, a la luz de las antorchas, en un ambiente de temor y de agobio. Y al mismo tiempo los romanos se reunían sobre aquel mismo

suelo para sus orgías abominables: celebran su “Saturnalia”, porque desde aquella fecha había de ser más largo el día, más prolongada la luz.

¡Tenían razón! Bien es verdad que no sospechaban ellos lo que pasaba debajo de sus pies, en el seno de la tierra; no sospechaban el gran misterio que celebraban los cristianos; pero realmente se hizo mayor la luz, porque quedó encendida la luz de Cristo para los hombres.

Desde aquellos tiempos, ¡qué alegría llena el alma de los hombres en la noche de Navidad! No hay noche de más intimidad, de más calor familiar. ¡Qué momentos más benditos!

Pero, ¿sabes ahora cuál es el verdadero motivo del gozo desbordado que sentimos en la Nochebuena? Aparte del árbol de Navidad, de los aguinaldos y del contento de las vacaciones, ¿qué significa para toda la humanidad el *Gloria* que los ángeles cantan en esta noche?

Significa que podemos llamarnos *hombres*... con todo derecho. De aquel débil Niño hemos recibido la fuerza de la caridad que desde hace identifican la vida cristiana. Todo esfuerzo noble, todo elevado deseo, recibe su calor de la esplendorosa estrella de Belén.

El Gloria de los coros angélicos fue anuncio de nuestra vocación altísima, el anuncio de nuestro destino divino.

Y no obstante...

Si medito ahora el nacimiento del Señor, me llena de profunda compasión el Niño de Belén. Al venir por vez primera entre los hombres, todavía se comprende: nadie le conocía, nadie sospechaba siquiera a quién rehusaba el hospedaje, el buen acogimiento, nadie barruntaba quién era Aquél para el que no hubo lugar en ninguna casa.

Hoy, dos mil años después, hacemos lo mismo. Veo la escena: el Niño Jesús me toma de la mano y me conduce a través de los hogares en una gran ciudad... Es Nochebuena. Andamos..., andamos... Por todas partes luces multicolores..., banquetes opíparos, hombres alegres que se divierten. Todos están alegres... Pero el Señor está triste.

¡Niño Jesús! ¿Estás lloroso en la noche de Navidad? ¿Qué es lo que te apelas?

Le duele que después de dos mil años todavía hoy se repita en sinnúmero de familias la escena de Belén: *No hay lugar para Él el alma de los hombres*. No nos engañemos: las luces multicolores..., los regalos... Todo, todo, no es más que mera exterioridad, una cosa sin alma, cuando en nuestro espíritu no hay sitio para Cristo.

Y, sin embargo, si Cristo hubiese nacido en Belén cien veces, pero no en tu alma, para nada te aprovecharía: te condenarías.

¡No, no, Niño Jesús! Yo no quiero celebrar únicamente con brillo y derroche exterior la noche de Navidad. Atiende a mis demandas: Tráeme el mejor regalo, la abundancia de tu gracia, enciende dentro de mi corazón al amor abnegado y penetra en mi alma; dígnate nacer en ella.



Los pastores

"Estaban velando en aquellos contornos unos pastores, y haciendo centinela de •noche sobre su grey" (Lc 2,8). *"Vinieron a toda prisa, y hallaron a María y a José, y al Niño, reclinado en el pesebre"* (Lc 2,16).

Los primeros amigos del Señor en la tierra fueron unos ingenuos pastorcillos. No mandó un ángel a Herodes, ni a los príncipes del sacerdocio judío, ni a los ricos comerciantes, sino a los humildes pastores.

Les envió un ángel, y como ellos estaban llenos de buena voluntad les concedió la gracia de la fe que nos alcanza la verdadera dicha.

¡Fe, fe cristiana, fe incontrastable! El mayor tesoro del hombre. El Padre celestial sembró también en tu alma la fe santa en el momento de tu bautismo. ¿La cuidas con amor? ¿La defiendes de todo peligro? ¿La riegas con solicitud?

Es la fe un don misterioso del Dios infinitamente sabio. La fe profunda e inquebrantable que tal vez rechaza el alma soberbia del hombre instruido, se halla muchas veces en el corazón del hombre sencillo, en un corazón que late bajo el burdo vestido de un labriego.

Acaso tu fe sentirá el acoso de muchas tentaciones en el transcurso de tu vida. En los últimos años de la secundaria o enseñanza media, y

durante los estudios universitarios, de los mismos libros que habrás de leer saltarán muchas veces pensamientos que te harán estremecer: Oh! ¿Qué es esto? ¿Mi fe titubea?

Oirás en las conversaciones con tus amigos frases altisonantes, insubstanciales, que asestarán contra el baluarte de tu fe. Verás multitud de hombres adultos —hombres amables, corteses, laboriosos— sin creencias y esta experiencia triste, será como el frío invernal que enfría tu fervor juvenil.

Te lo digo de antemano. Tu fe tendrá que pasar por graves crisis. No importa. No importa..., mientras tú seas *humilde y puro de corazón*, como lo fueron los pastores de Belén. Así no perecerás.

Tal vez durante largos años te sentirás atormentado por las dudas religiosas; acaso llegue un momento en que des por completamente perdida la fe de tu juventud...; pero no te desesperes. Conserva el espíritu de humildad, lleva una vida pura, y estas dos virtudes harán que sea firme la fe que ya creías perdida.

Señor Jesús, hazme pequeño, hazme puro de corazón, y así no me perderé.

Los niños cuando llega la Navidad escriben su carta al Niño Jesús, pidiéndole lo que quieren que traiga para Navidad[1].

Dime, joven lector: ¿Has escrito alguna vez una carta de Navidad al Niño Jesús? ¿No te vienen ganas de hacerlo nuevamente? No; no te rías.

¿Qué dices, que ya eres muchacho crecido? ¿Sí? Entonces escribe algo así: “Dulce Jesús mío, ya no soy niño; pero soy todavía un inexperto en la vida. Óyeme. ¿Sabes lo que te pido como aguinaldo de Navidad? Te pido fuerzas para poder desempeñar bien mi papel en la vida y te pido también una fe inquebrantable en Ti.

“Mira, soy pecador; pero concédeme, Señor, que sea de nuevo tu hijo, puro de corazón. Tan puro como cuando escribí por vez primera con garabatos indescifrables la carta de Navidad...”

---

[1] En Hungría los niños reciben los regalos en Nochebuena. Los esperan de manos del Ni del Niño Jesús, que los coloca debajo del Árbol de Navidad. Y es costumbre de los pequeños escribir sus deseos en una carta que dirigen al Niño Jesús. En España, se traslada esta petición al día de Reyes. (N. del T.)



Prontitud

Llegan tres Magos del Oriente y con transportes de júbilo y con oraciones humildes depositan sus regalos a los pies del Niño Jesús. El camino de los Magos no fue tan fácil como acaso te imaginas.

Sin una prontitud *a prueba de sacrificios* nunca hubiesen llegado junto al Niño Jesús.

Seguramente otros vieron también la estrella resplandeciente, se admiraron...; pero no la siguieron. No siguieron la invitación de Dios, y así no llegaron al Señor.

Amigo, ¿sueles escuchar con el *espíritu abierto* la voz del Señor?

Él te habla cuando se despiertan en ti nobles anhelos y buenos propósitos. ¿Eres fiel en el cumplimiento de los mismos?

Si has leído en algún libro un pensamiento edificante, no pases corriendo; déjale tiempo para que baje hasta el fondo de tu alma.

Mañana iré a confesar y a comulgar. Brota este propósito en tu corazón; no lo difieras, realízalo inmediatamente.

Prepara tu alma, tenla dispuesta para percibir la más tenue inspiración de Dios. Verás cómo así te acercas a Jesucristo.

Una vida, según Cristo, supone abnegación, sacrificios; la indolencia, el desaliento se apoderan muchas veces de nosotros, no sentimos el gusto del trabajo, de la oración, de la santa misa... En tales ocasiones hemos de ser fuertes y perseverar *a pesar de todo*.

También los Magos de Oriente hubieran podido rendirse al ambiente de paz que se respiraba en su hogar feliz. Pero la voz invitadora de Dios fue más decisiva para ellos que la inclinación a la comodidad y al regalo: *Aprende de ellos prontitud*.

Perseverancia

Aprende *también perseverancia*. Que aún la necesitas más.

Durante su larga peregrinación muchas veces debieron sentir los Magos su espíritu agitado por la duda: ¿valía la pena emprender un camino tan aventurado? ¡Cuántos obstáculos! ¡Cuántas privaciones! Y para colmo, ¡se oculta la estrella misma!

A cada paso ¡una sonrisa despectiva de quienes los ven pasar! "Ah, éstos son gente soñadora..., son los fanáticos del ideal..., son los hombres que viven en las nubes, entre las estrellas... ¡En vez de seguir su camino por la tierra!

"No les falta dinero, poder, bienestar; podrían divertirse, comer y beber hasta saciarse. Y ¡buscan ideales! ¡Buscan a un tal Cristo! Pero si son locos de remate..., con su pan se lo coman... Proseguid, proseguid el camino, buscad..."

¡Y tú! No son los tres Magos los únicos que hubieron de soportar semejantes denuestos. ¿No ha caído de labios de tus compañeros —o por lo menos del ejemplo de su vida frívola— lluvia tal de hielo, o más bien de plomo, sobre tu entusiasmo ardoroso por el ideal? ¿Has perseverado en tu propósito?

¿Cuántas veces has querido romper con un vicio inveterado y lo has conseguido? ¡Cuántas veces ha brillado en tu alma, después de la confesión, la estrella de una vida según Cristo, y después la cubrieron de nuevo densas tinieblas!

¡Cuántas veces has hecho el propósito de ser hombre nuevo, y con todo sigues lo mismo que antes! En estos casos el desaliento extiende sus negras alas sobre tu alma.

"¿Vale la pena seguir luchando? A fin de cuentas, ¿no tienen razón aquellos que, a pesar de sumergirse hasta el cuello en los pecados y ser tan relajados en el cumplimiento del deber, se muestran tan alegres y, pagados de sí mismos, se ríen de todo esfuerzo moral, de todo empuje laborioso?"

En tales trances recuerda que al final de todo los tres Magos tuvieron razón; aunque a costa de grandes sacrificios y a través de innumerables dificultades llegaron a Cristo; mientras que los comodones que de ellos se burlaban a la vera del camino no conocieron al Redentor.

Fe

Muchos vieron aquella estrella misteriosa, pero sólo tres emprendieron la ruta para seguirla. ¿Y los demás? Los demás eran... la masa que se ríe de todo entusiasmo por el ideal, de todo sacrificio generoso.

Muchos jóvenes pertenecen a este grupo. Ellos "pasan" o "están por encima de todo", y con sonrisa despectiva emiten su juicio respecto de un compañero trabajador: "¡Cómo quiere medrar éste!" Ellos, a los quince años, ya tienen sus cálculos hechos para su porvenir, que no ha de tener por base un trabajo constante y rudo, sino la benévola "protección" del amigo, del cuñado, de la tía.

¡Qué lleno está el mundo de tales jóvenes que con frialdad tan espantosa calculan el porvenir de su vida!...

Espero que tú, joven lector, no estarás en el número de éstos. En ti llamea el fuego de grandes empresas y late un ánimo denodado de trabajar para conquistar el triunfo, aunque se te presente cubierto de misterios.

¿Te desalientas muchas veces? ¿Te basta un fracaso para desistir de la lucha? No haces bien. Mira: también los Magos perdieron algún tiempo de vista la estrella que los guiaba. ¿Qué hacer entonces? ¿Volver a casa? ¿Dejar el camino a medio andar? ¿Menospreciar el resultado de nuestras luchas anteriores? No. *Levantaron sus ojos al cielo, creyeron, perseveraron y... vencieron.*

¡También yo persevero! Puede ser que durante mi vida terrena, gran camino que me conduce a Cristo, tropiece muchas veces; puede ser que las fieras de las tentaciones que me acechan me hagan sangrar con sus mordiscos y zarpazos; ¡pero no importa! *No he de quedarme tendido; no he de permanecer en el pecado.* Voy. Adelante..., adelante. Al final de la vida está esperándome Cristo.

Recuerda siempre las enseñanzas que te brindan los Magos. Siempre que desees encontrar el camino recto en la tierra mira al cielo. Es decir, si has de tomar una decisión seria, pondera antes bien en tus adentros *qué es lo que quiere Dios*. Verás cómo así nunca tendrás que arrepentirte.

Pero el ejemplo más hermoso de su fe viva lo dieron los Magos al final de su camino. Medita un poco cómo se habrían tronchado sus ilusiones de no tener una fe viva.

Después de grandes fatigas llegan por fin a Jerusalén. Mas, ¿cómo? La ciudad no está engalanada con adornos festivos. No hay un alma que hable del Rey recién nacido. Aún más, los letrados, los doctores, apenas pueden indicarles vagamente en dónde han de buscarle.

Por fin le encuentran..., y ahora viene la mayor de las sorpresas: ellos buscaban un palacio y encuentran una gruta; querían ver al hijo de un rey y contemplan a un niñito que tirita de frío. "¿Será éste el nuevo Rey? ¡No es posible!" —habrían exclamado muchísimos hombres. Y ¿qué hicieron los Magos?

"Y entrando en la casa hallaron al niño con María, su madre, y postrándose le adoraron" (Mt 2,1).

¡Ejemplo sublime de viva fe! De ellos has de aprender esta fe que se postra en homenaje de adoración ante Jesucristo y ante todas tus enseñanzas, por más que no pueda penetrarlas el flaco entendimiento humano.

"Hemos visto su estrella…"

"Habiendo, pues, nacido Jesús en Belén de Judá reinando Herodes, he aquí que unos Magos vinieron del Oriente a Jerusalén, preguntando: ¿Dónde está el nacido rey de los judíos? Porque nosotros vimos en Oriente su estrella, y hemos venido con el fin de adorarlo" (Mt 2,1-2).

Pero Herodes no supo contestar; no sabía dónde estaba Nuestro Señor Jesucristo. ¡Oh! ¡Cuántos hombres de hoy viven la vida de aquel infeliz Herodes! Lo tienen todo: bienestar, casa magnífica, mucha ciencia, arte; todo lo saben menos una cosa: no saben dónde está Nuestro Señor Jesucristo. ¡Pobres, pobres almas, pobres Herodes!

Dime, joven, ¿no podrías tú ser, en los años de tu juventud, la estrella brillante que condujese a estos pobres ignorantes a los pies de Jesucristo?

Entre tus amigos, o quizá entre los inquilinos de la casa en que vives, o en el reducido círculo de tu familia, o en el sitio de veraneo... ¡qué sé yo dónde!..., hallarás a cada paso personas ignorantes, que van titubeando, a oscuras, que todo lo conocen —menos a Dios—; que cumplen

escrupulosamente las normas de la moda; pero no se preocupan de los diez mandamientos.

Joven, sé tú la estrella luminosa que guíe hacia Jesucristo a los hermanos vacilantes, por medio de una palabra dicha como al desgaire, con un consejo delicado e insinuante, *y, sobre todo, con el ejemplo de una vida profunda, inconmovible y constantemente religiosa.*

¿Puede haber en el corazón humano mayor alegría que la de saber que la espléndida luz de la propia vida ejemplar condujo a los padres, hermanos, amigos, para que adorasen también ellos al Salvador?

La presentación del Señor

Cuando el Niño Jesús cumplió los cuarenta días, la Virgen Madre le llevó al templo, para presentarle, según las prescripciones de la ley (Lc 2,22).

¡Qué dulce cosa es contemplar con los ojos del alma a la Virgen Santísima en sus brazos al Niño Jesús, y esperando su turno con sencillez, recogida en oración, sin llamar la atención de nadie, allá entre las demás mujeres! Por fuera nada distingue a la Madre y al Hijo de los demás. Un exterior pobre, modesto, encubre al Hijo de Dios.

Supone un esfuerzo vestir con elegancia y gusto. Sí; el exterior ha de ser ordenado, bello y limpio. Pero lo más importante, los argumentos decisivos para ti nunca deben ser estas cosas, sino *la belleza de tu alma*.

No hagas distinción entre los hombres por su figura o prestancia exterior. Tal juicio sería sobremanera injusto. Y muchas veces engañoso. Si escoges a tus amigos según su dinero, por su porte distinguido y por su forma elegante de vestir, habrás de pagarlo con amargas desilusiones.

Hay más; la Presentación del Señor me inspira todavía otro pensamiento. Tal acto no fue tan sólo mera ceremonia, sino también la oblación humilde del Redentor que comenzaba su carrera terrena.

¡Señor! ¡Padre! —debía pensar el Niño Jesús—. No ignoro el deber que me aguarda y conozco los obstáculos que habré de vencer. Sé, veo con toda claridad el sinnúmero de pruebas y sufrimientos que me están reservados, y veo también el final de todo; pero no importa. *Padre, heme aquí que vengo*.

Tú no ves con claridad el porvenir que te espera. Acaso ni siquiera sabes qué carrera te ha señalado la Providencia, ni tampoco sospechas las

tribulaciones que habrás de sufrir en el mundo..., pero no importa; acostúmbrate a ofrecer tus planes y toda tu vida al Padre celestial en todas las ocasiones, durante un paseo solitario por el bosque, en una meditación que tienes a la luz de las estrellas, o en la oración silenciosa después de comulgar

Señor, aún soy joven, pero soy tuyo. No sé qué destino será el mío en la vida, pero haz, Señor mío, que yo nunca deje de ser tuyo. Sea lo que fuere de mí, donde quiera me lleve la vida, no me niegues el favor de poder perseverar siempre y en todas partes como hijo tuyo fiel, obediente y puro de corazón.

En Nazaret

La infancia de Jesús fue magnífico ejemplo de humildad y cumplimiento del deber.

En una casita silenciosa de un pequeño lugar vivió treinta años... ¿Quién? *El Hijo de Dios*.

Imagínate con frecuencia ¿cómo sería Jesús a los doce, catorce, dieciséis años de edad?

¿Cómo pasaba el tiempo, cuando tenía la misma edad que tú? Se levantaba de madrugada, y lo primero que hacía era postrarse ante el Padre celestial, y expresarle con oración cálida y fervorosa su amor.

¿Y tú? ¿Haces tu oración de la mañana? ¿Tratas de hacerla con fervor? ¿No a la fuerza; no solamente porque un deber te lo impone, sino principalmente porque sientes que tu alma necesita las bendiciones que se obtienen en la oración?

¿Y durante el día? ¿Cómo pasaría la jornada el joven Jesús? Compara minuciosamente su modo de vivir con el tuyo; verás qué propósitos de enmienda y qué firmes decisiones, brotarán, como por ensalmo, de tal comparación.

Imagínate, por ejemplo, cómo debió de jugar Jesús con sus compañeros y cómo juegas tú. ¡Cuán amable, atento, educado y humilde debió de ser! Era el Hijo de Dios y no se jactaba de su excelsa categoría. Aún más, sus compañeros de juego ni siquiera lo sospechaban.

¿Y tú? ¿Te pavoneas con tu vestido? ¿Te jactas de la posición de tus padres? ¿Te envaneces de las facciones armónicas de tu rostro?

O bien imagínate, por ejemplo, cómo cumplía sus deberes el joven Jesús y cómo cumples tú los tuyos.

Jesucristo hubiera pasado con preferencia todo el día sumido en meditación, adorando a su Padre celestial. Y lo hacía en los Momentos oportunos. Mas cuando era hora de trabajar, no vacilaba un solo momento en hacer todo cuanto se le mandaba, porque sabía, que bien rezando, bien trabajando, en todos los casos cumpliría su deber; *y el cumplimiento del deber es servicio de Dios*. Trabajaba mucho, pero durante el trabajo levantaba su espíritu al Padre celestial.

Tienes que resolver un problema difícil de matemáticas; sudas con tanto esfuerzo; de repente te llama tu madre: “Carlitos, ve a la oficina y dile a tu padre tal o cual cosa...” ¿Te encoges de hombros, esbozas una mueca de disgusto, o saltas alegre al instante diciendo: “Ya voy, madre”?

Una hermosa tarde, llena de sol... Los jóvenes te invitan a una excursión; en cambio, las lecciones te invitan a estudiar. Un rudo combate se traba en tu interior. ¿Sabes fallar con decisión heroica en favor del cumplimiento del deber?

Durante horas y más horas estás sentado junto a tus libros, o sudas en el taller o en la fábrica. ¿Sueles levantar tu alma, aun en medio de las mayores ocupaciones y trabajos, a Dios, con una oración de pocas palabras, como lo hacía el joven Jesús al trabajar?

Y cuando llega la noche, por mucho que hayas trabajado o estudiado, por muy cansado que vuelvas, o por muy agotado que llegues de la excursión, ¿rezas siempre, sin excepción, tus oraciones, dando gracias a Dios y pidiéndole su auxilio para proseguir haciendo el bien?

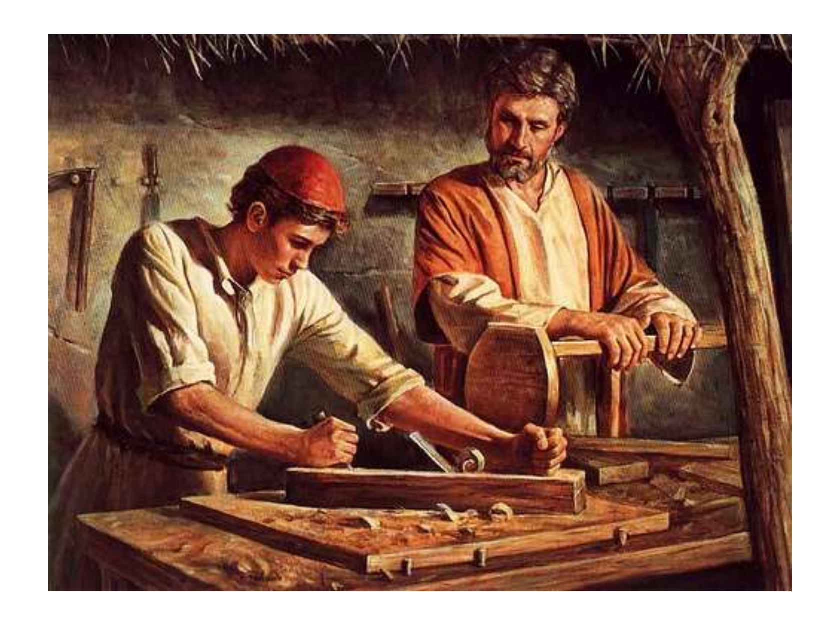
¿Podrías imaginarte que Jesús, joven, se fuese a descansar una sola noche sin haber rezado?

Y por la noche, después de acostarse, cuando un silencio profundo envolvía el pequeño aposento de Nazaret, ¿cuáles habían de ser los últimos pensamientos de Jesús? Su alma perseveraba en comunicación con el Padre celestial. Sus pensamientos estaban puestos en Él hasta que se dormía.

Y ¿cuáles son los últimos pensamientos tuyos después de acostarte? ¿Piensas en Dios, en Nuestro Señor Jesucristo, o más bien tu cabeza está llena de pensamientos frívolos, despreciables, o quién sabe si de imágenes tentadoras, claramente pecaminosas?

El mejor medio de asegurarte una noche tranquila y un descanso reparador, es imaginarte, después de tus oraciones, que tu Amigo divino, el

Jesús bueno de catorce, dieciséis, dieciocho años de edad, está sentado a tu lado y tú inclinas tu cabeza cansada entre sus manos benditas.



Trabajó

Muy provechoso te será el considerar de un modo especial *la manera cómo Jesús trabajaba en casa*.

Porque en Nazaret su vida no era regalada. Tuvo que trabajar mucho: ¿Cómo lo sé? Me lo indica el nombre que le dieron los hombres llamándole *"el hijo del artesano o carpintero"* (Mt 13,55), y sencillamente, "artesano" (Mc 6,3).

¿Eres de viva fantasía? Imagínate, pues, al joven Jesús: trabaja durante largas horas inclinándose sobre la madera, la sierra encallece sus manos, pero una amabilidad y una gracia indecibles inundan aun en medio del trabajo su joven rostro.

¿Qué ejemplo quiso ofrecernos con esto Nuestro Señor Jesucristo? Quiso pregonar a voz en grito esta ley: quien quiera que seas, hijo de padres pobres o de padres ricos, no te es lícito pasar la vida sin hacer nada; de un modo u otro has de trabajar.

¡Cuántas cosas recibes de tus padres! Y ¿qué les das en compensación? ¿Procuras, por lo menos, demostrar tu agradecimiento con amabilidad, con prontitud en la obediencia y con tu manera de trabajar? Yo miro con respeto a todo joven que ayuda de un modo u otro a sus padres en las tareas de la casa.

Recuerdo a un estudiante de los últimos cursos que —no teniendo empleada del hogar— hacía todos los trabajos de la casa y con todo siempre tenía las mejores notas... ¡Bravo, muchacho!

Respeto también por el que explica la lección a sus hermanos menores, al que se arrodilla junto a ellos por la mañana y por la noche para enseñarles a rezar. Admirable el joven que, en la cocina, en el jardín, en la tienda o en cualquier otra cosa, se pone a ayudar a sus padres.

Hay otra clase de muchachos. Son los que no les avergüenza pedir a la empleada del hogar que les haga las faenas más sencillas que podrían hacer ellos mismos. Son los que si un día se levantan de mal talante, hacen sufrir las de Caín a todos. Son los que se ponen malos de puro aburrimiento, pero no ayudarían a los demás por nada del mundo.

Quizá tus padres no necesitan que les ayudes con un trabajo corporal. En tal caso, ¿cómo puedes imitar a Cristo en su vida de trabajo? Estudiando con diligencia, cumpliendo escrupulosamente tus deberes.

¡Deber! ¡Palabra grande y santa! El soldado pierde la vida en el frente, cumplió su deber. El médico, el sacerdote, quedó contagiado por el mal del enfermo... mientras cumplía su deber ¿Y el estudiante? Pues, sí, señor; el estudiante se sienta junto a sus libros y estudia, estudia, aunque le resulte cuesta arriba: con esto cumple su deber.

La tierra no debe sustentar a holgazanes y zánganos. El hombre ha de trabajar; no importa el modo: si remienda zapatos o aprende palabras latinas, si remueve la tierra con el arado o si suda con problemas de senos y cosenos, si su trabajo es corporal o espiritual; pero de un modo o de otro todos hemos de trabajar, cumpliendo el mandato del Creador para poder dominar la tierra.

“Pero ¡es tan pesada y aburrida la lección!” Así se disculpan a veces algunos jóvenes. Claro, el estudio no es grato siempre. Pero al campesino tampoco le resulta grato el arar, ni al herrero tener que machacar de continuo sobre el yunque. El trabajo es a la vez sufrimiento y dolor (en latín la palabra “labor” significa tanto el “trabajo” como el “cansancio”) y justamente por esto viene a ser el pago de una deuda: de la deuda que la humanidad contrajo con Dios por la primera rebeldía.

La penitencia del pecado original es que todos los hombres trabajen con sudores; y para que tal penitencia resultase más fácil, Jesucristo nos dio ejemplo primero, pasando en trabajos los treinta y tres años de su vida, siendo así que a Él no le rozó el pecado original.

Quiero ahora proponer una cuestión. Me dirijo a los jóvenes aquellos cuya vida no es otra cosa que una larga cadena de noches pasadas en juergas y de días pasados en sueño; aquellos que, con mentiras magistralmente urdidas, saben arrancar el dinero de sus padres y despilfarrar grandes sumas; aquellos que piden dinero para los "exámenes", para los "libros de texto", para las "cuotas de asociaciones", para la "buena presentación de los temas escritos"...; aquellos que sólo se cansan con tanto bailar y divertirse, pero nunca por "trabajar".

Les pregunto: ¿De verdad creéis que Dios Nuestro Señor dividió a la humanidad en dos grupos: el grupo de los que se divierten y el de los que sufren estrecheces, el grupo de los holgazanes y el de los trabajadores?

Acaso ahora, en el mismo momento en que tú te diriges al baile decimoséptimo de la temporada, está agonizando a diez mil kilómetros lejos de ti, abandonado de todos, en algún bosque virgen del África, un misionero que dejó a sus padres y hermanos, que lo dejó todo, y se fue a predicar la fe de Cristo en medio de pueblos salvajes, y ahora se ahoga bajo las garras de la malaria...

Acaso ahora, en el momento en que tú sales para alguna fiesta, entra en su casa agotado un padre que tiene ocho hijos, un hombre que ha tenido que sudar y penar todo el día para ganar el pan cotidiano...

Acaso ahora, cuando tú vas a la caza de aventuras, se descoyunta en el cumplimiento del deber un hombre que lucha... Dime, pues: *¿crees tú que ante Dios tenéis los dos el mismo valor? ¿Puedes pensar con tranquilidad en la rendición de cuentas si no has trabajado en tu vida?*

¿Te acuerdas de lo que dijo Jesús al dueño de la higuera estéril? *Ya ves que hace tres años seguidos que vengo a buscar fruto en esta higuera, y no le hallo. Córtala, pues ¿para qué ha de ocupar terreno en balde?* (Lc 13,7).

Otra clase de hombres puede aprender también de Jesús: aquellos que *se matan de tanto trabajar*. Es muy difícil conservar el justo medio en todas las cosas, por tanto, también en el trabajo. Y por esto vemos junto al grupo de los "holgazanes" el de los "hombres-máquinas".

¿Quiénes son éstos? Los de espíritu mezquino, esclavos de la máquina y de la técnica; los que van pasando año tras año en un trabajo incesante, agotador, sin descanso; los que desde la madrugada hasta la noche no divisan más blanco que el dinero, y mientras se matan poco a poco por su mentalidad fría y calculadora, se va entretanto consumiendo en ellos todo ideal, se muere la religiosidad, se petrifica el corazón, se

extingue el espíritu. ¡Pobres hombres-máquinas! Trabajan —¡y tanto como trabajan!—, pero no según el plan y ejemplo del Señor.

También Jesucristo trabajó mucho en el taller de Nazaret, pero el trabajo no le absorbía por completo, y aun en los días más atareados aseguraba unos momentos o unas horas de descanso para cumplir con las exigencias del alma, para orar.

Hijo mío, cuando, al cabo de muchos años, sientas cada vez más que el ritmo jadeante de un vivir agitado quisiera sofocar las exigencias de tu alma, acuérdate del ejemplo de Nuestro Salvador.

Por muchas ocupaciones que tengas, por muy difícil que sea el examen que has de sufrir, siempre has de tener tiempo para compaginar tus trabajos con las necesidades de tu espíritu.



Jesucristo a los doce años.

Al cumplir los doce años, Jesucristo acompañó a sus padres con motivo de las fiestas de Pascua, al Templo de Jerusalén. Ya de regreso, en el camino, notaron sus padres que no estaba con ellos el joven Jesús. Después de buscarle detenidamente y con gran zozobra, le encontraron al cabo de tres días en el Templo, sentado entre los doctores, escuchándolos y dirigiéndoles preguntas (Lc 2,41-46).

Al leer este pasaje, lleno de interés, se nos ocurren dos pensamientos: *la tristeza de la Virgen Santísima y la humildad y sencillez del joven Jesús*.

La Virgen Santísima buscó con gran dolor al Hijo perdido. ¿Tienes tú el mismo afán por encontrar de nuevo al Señor, cada vez que le pierdes por un pecado grave? La Virgen María no descansó ni de día ni de noche hasta que halló a su Hijo.

Tú también has de tener el alma tan sensible a esta pérdida, que no pueda pasar un solo día en pecado grave, y sienta desazón hasta encontrar en el Sacramento de la Penitencia, con la gracia del perdón, al Cristo que perdiste.

Jesús, el que todo lo sabe, está sentado entre los ancianos con mansa humildad, como si Él hubiera de aprender cosas nuevas; y les dirige preguntas con amable atención, como si necesitara de sus respuestas. A muchos jóvenes engreídos no estaría mal mostrarles con colores vivos el ejemplo del joven Jesús, que escucha con atención y pregunta con humildad.

Por todas partes oímos en tono de queja que los jóvenes de hoy son insensibles, presuntuosos e impertinentes delante de los hombres maduros. El joven Jesús sabía más que todos los sabios del mundo juntos; y, sin embargo, ¡con qué atención escuchaba! ¿Y hoy? Cuanto más vacía tiene la cabeza el jovencito, con voz tanto más altisonante habla, siempre a tontas y a locas; cuanto menor es su ciencia, con tanta más facilidad critica a todos los demás, sin perdonarles una tilde.

¡Joven!: si te preguntan, contesta amablemente; y si tienes deseo de saber algo, pregúntalo con sencillez, para que todo tu comportamiento irradie la delicadeza de un joven inteligente, que tiene la mente despejada y el espíritu educado. Imita el ejemplo del joven Jesús en el Templo, a la edad de doce años...

El deseo impetuoso de ser ya hombre, vibra en todo joven sano. Esto no es orgullo ni engreimiento. Aún más, el joven que no tiene grandes planes para el porvenir, o es que perdió su fuerza corporal en alguna enfermedad, o las energías de su espíritu fueron paralizadas por el viento glacial de algún pecado grave.

La humildad puede muy bien compaginarse con los planes más atrevidos. Pero el que quiera destacar, algún día ha de saber discernir cuál es la verdadera grandeza.

CÉSAR, siendo aún joven funcionario del Imperio, se detuvo con admiración ante la estatua de ALEJANDRO MAGNO, en España. Entonces en él nació el pensamiento de ser hombre grande y célebre. Después movió en Roma una sangrienta reyerta para dar celebridad a su nombre. ¿Crees que es éste el camino de la verdadera grandeza?

Quiero suponer que tú juzgas con más rectitud; no anhelas una fama que llegue con ríos de sangre, pero tienes ansias de ser un gran profesional,

un gran político, pintor, músico, filósofo... ¡Imposible! No a todos está abierto el camino.

Nuestro Señor Jesucristo, *el obediente y el trabajador*, nos abrió estos dos caminos: la obediencia y el trabajo, para llegar a la verdadera grandeza; y todos podemos andarlos. Aun con ser Hijo de Dios, no se avergonzó de obedecer a los hombres y trabajar como ellos.

A la entrada del jardín botánico de Gieszen se lee la siguiente inscripción: *"Deus in minimis maximus." En las cosas pequeñas es en donde se muestra, con mayor grandeza, Dios.*

Prueban esta verdad, no sólo las sabias e innumerables leyes biológicas que rigen la vida maravillosa de las plantas, las cuales trabajan en silencio, en secreto, sin ser notadas por los ojos del hombre, sino también el alma joven y amorosa que despide sus fragancias en medio de un trabajo humilde, silencioso, y va creciendo en perfección a los ojos de Dios.

Jesucristo nos dio ejemplo de sumisión a sus padres terrenos, a la vez que a su Padre celestial.

He bajado del cielo, no para hacer mi voluntad, sino la voluntad de Aquél que me ha enviado (Juan 6,38).

"En las cosas que son de mi Padre."

Cuando, por fin, encontraron a Jesús, *su madre le dijo: Hijo, ¿por qué te has portado así con nosotros? Mira cómo tu padre y yo, llenos de aflicción, te hemos andado buscando. Y Él respondió: ¿Por qué me buscabais? ¿No sabíais que debo emplearme en las cosas de mi Padre? Mas ellos no comprendieron el sentido de su respuesta* (Lc 2,48-50).

Sabía Jesús la tristeza que había de causar a sus padres el separarse de ellos; pero no tuvo en más la aflicción de ellos que la voluntad de Dios.

Sabía que, conforme a la voluntad de su Padre celestial, había de ocupase en "las cosas de su Padre", es decir, había de consagrarse a los negocios de Dios; y en el cumplimiento fiel de la divina voluntad ningún obstáculo era parte para detenerle.

Es un rasgo que maravilla y asombra en Jesús aún niño: *distingue con claridad su misión, y no cede un ápice cuando se trata de cumplirla*.

Acaso tú también sientas una vocación que causará pesar a tus padres, o chocará con su oposición categórica. ¡Dichoso el joven que

puede seguir su destino en la vida con la bendición de sus padres!... Pero, por desgracia, se da con frecuencia el caso de que la voluntad de los padres se opone terminantemente a la voluntad del hijo.

Ese deplorable cruce de caminos, esa colisión de espíritus, tiene las más de las veces en el caso de que un joven con grandes cualidades, inteligente y afectuoso, sienta la invitación del Señor, que le llama a “la casa del Padre”, a ser sacerdote.

Hay padres cuya vida religiosa es muy tibia, por no decir fría, por otra, parte, acaso inteligentes, que cuando uno de sus hijos les presenta la gran demanda: “Quiero consagrar mi vida a los intereses santos de Nuestro Señor Jesucristo”, se oponen y prohíben el plan. “Cualquier cosa. Pero sacerdote..., nunca.”

Joven, en el momento de las grandes pruebas no te dejes quebrantar. Si realmente se fijó en ti Jesucristo, no dudes en seguirle de cerca. Permanece firme junto al Señor, conserva con tenacidad el tesoro de tu vocación santa, cuídalo con esmero y constancia durante tus años de estudios.

Después, cuando tengas la edad suficiente, preséntate a tu padre y dile: “Padre, tengo que irme; el Señor me llama.” Y aunque a tus padres les duela tremendamente darte el consentimiento, acuérdate tú de las palabras que Jesús pronunció a los doce años: “¿No sabías que yo debo emplearme en las cosas de mi Padre?”

También hubieron de llorar la Virgen Santísima y San José cuando perdieron al Niño Jesús, pero sus corazones se alegraron al encontrarlo en la casa del Señor; llorarán acaso tus padres por la brillante profesión a que renuncias, porque tal vez no comprendan el sentido de las palabras que tú les digas; pero —créeme— se alegrarán cuando, después de algunos años, te acompañen en la casa del Señor, delante del altar, celebrando tu primera misa.

Y les estaba sujeto

Agrega el evangelista, después de la escena del Templo, que Jesús *en seguida se fue con ellos, y vino a Nazaret, y les estaba sujeto* (Lc 2,51).

La Sagrada Escritura resume los acontecimientos de treinta dios en estas tres palabras: *Erat subditus illis,* “y les estaba sujeto”, a sus padres; la

Sagrada Escritura no consigna otro dato de la vida de Jesús hasta los treinta años: y les estaba sujeto, *obedecía*.

Fíjate bien: obedecía no sólo a los diez o doce años de edad, lo que suelen hacer sin dificultad aun los muchachos de hoy, sino que obedecía también a los catorce, dieciséis y dieciocho años, lo que no saben hacer muchos jóvenes.

"¿Obedecer? ¡Ah! Es una exigencia que sólo puede tenerse con los niños. Cuando yo era niño, también obedecía. Pero ahora esto sería humillante. ¡A un joven de dieciséis años ya no pueden preguntarle qué amigos tiene, adónde va por las tardes y dónde pasa las noches!..." Así refunfuñan muchos adolescentes. No tienen razón. Jesucristo, que mandó al mar, a la enfermedad y a la muerte, era obediente a su madre y a su padre putativo; si el Hijo de Dios pudo ser sumiso a sus padres terrenos, entonces no es humillación para el joven obedecer a los suyos y demostrarles un amor abnegado.

Lo que te pidan tus padres, hazlo inmediatamente, y no después de refunfuñar durante media hora. Hazlo lo mejor posible, con alma y corazón.

Si te dicen que ayudes a poner la mesa, no contestes que ahora tienes ganas de oír la radio; si te mandan a la tienda, no repliques que justamente tienes que estudiar.

¡Qué disciplina sorprendemos en la Sagrada Familia de Nazaret! ¿Quién era el primero allí? Nosotros diríamos que había de ser naturalmente Jesús, ya que era Hijo de Dios. La segunda, la Virgen Santísima. Y el tercero, San José. Pero, ¿de veras fue así? De ninguna manera. Todo al revés: el primero era San José; la segunda, la Virgen Madre, y el tercero, Jesús. ¡Admirable!

¿Qué lección quiso darnos con esto Jesucristo? Quiso darnos ejemplo de obediencia, de respeto a la autoridad, de aprecio a los padres, los superiores legítimos.

Jesucristo, que en su juventud, a pesar de su divinidad, supo ser obediente a los hombres, pudo decir con derecho en la edad madura: "Dad al César lo que es del César", es, a saber, obedeced a los padres y cumplid también las leyes del Estado.

Respeto a la autoridad. No parece sino que tal concepto falta por completo en el ideario de muchos jóvenes. ¡Oh! ¡Estos noveles tiranos! ¡Cómo saben criticar y rebajar hasta el suelo todo cuanto existe, escuela, profesor, casa, padres, catecismo, catequista!

Todo lo que hubo en el mundo antes que ellos, todo es “nada”... Todo cuanto se les exige en la clase no deja de ser una “estupidez inútil”. Lo que aprenden en el catecismo “ya no se lleva”. Las amonestaciones que les hacen sus padres son “cosas de viejos”.

Jesucristo estaba sumiso a sus padres. En cambio, muchos de los jóvenes de hoy casi exigen que los padres los obedezcan a ellos: han de ser los padres quienes corran para satisfacer los caprichos del hijo y tenerle contento.

¡Alerta! No exijas que te sirvan en cosas que puedes hacer tú mismo; no des trabajo y fatiga cuando no es necesario, y esto no sólo al tratarse de los padres, sino de las empleadas del hogar.

“Pero... para eso la tenemos”, me objetarás. No, no es para eso. La empleada del hogar está para ayudar a tus padres en la casa; pero no está para poner orden en pos de ti, cuando al acostarte tiras tus zapatos una en un rincón y la otra donde sea; ni para correr a traerte un vaso de agua, si así se te antoja.

EI que no es comprendido.

“¿Obedecer? Pero cuando mis padres no me comprenden...” Así se quejan muchos muchachos, y aun algunos que pasan por serios. Por desdicha, esto ya es un problema no poco difícil.

¿Es posible que los padres no comprendan a su propio hijo? Lo es, por desgracia.

Puede ocurrir el caso de que los padres, por tener una instrucción deficiente, no comprendan el modo de pensar de su hijo, adelantado ya en los estudios, y puede acaecer también que los padres instruidos no comprendan al hijo que va bregando en las tempestades de la pubertad y tiene con ellos cierto aire de reserva y encogimiento. Esta “incomprensión” puede ser fuente de muchas amarguras y riñas, pero no son los padres los únicos responsables en este punto.

—Pues ¿quién? ¿Yo?

—Tampoco tú. Pero también te cabrá cierta responsabilidad si no tratas de suavizar las discusiones.

Jesucristo era Hijo de Dios y, sin embargo, era obediente a un modesto carpintero. Y al enseñarle San José algún trabajo del oficio, no le decía Jesús con despecho; “¿Tú quieres enseñarme a mí? Yo todo lo sé

mucho mejor que tú”, sino que se mostraba reconocido por todo lo que hacían en favor suyo sus padres.

Los tuyos, quizá de posición modesta, no aprendieron las matemáticas superiores ni leyeron a Tácito; y así “tú sabes más que ellos”... de matemáticas y de latín; en cambio, saben ellos de la vida mucho más que tú y, además, tienen el amor paternal, a cuyo calor pueden fundirse todas las incomprensiones.

Si tu madre, viuda, se cuida de ti, “joven ya hecho”, con la misma solicitud que cuando eras niño, y aun ahora te da consejos como antaño lo hacía con el muchacho, has de sentir en su proceder el amor materno siempre afanoso; y no te enfades, no te desesperes, no cierres con estrépito la puerta, no salgas malhumorado de casa aun cuando las órdenes de tu madre te parezcan inoportunas, sino véncete y —por mucho que te cueste— besa sus manos maternales.

¡El mismo Hijo de Dios obedeció a un humilde artesano! Le obedecía en las cosas más ordinarias. ¡Treinta años de aleccionadora obediencia!

¿Treinta años? No. Aún más. Obedece hoy todavía. ¿A quién? Obedeció a la ley mosaica, por ejemplo, en acudir al Templo..., para servirnos de modelo a nosotros. Obedeció a las leyes civiles.

Obedeció... a quienes le pedían algo.

Señor, ten compasión de mi hijo, porque está trastornado y padece mucho (Mt 17,14), así le suplicaba un padre, y el Señor curó al hijo... *Señor, hijo de David, ten compasión de mí: mi hija es cruelmente atormentada por el demonio* (2), así exclamaba una pobre madre, y Jesús hizo lo que ella le pedía. Obedeció en el Calvario a sus verdugos.

Aún hoy sigue obedeciendo... al sacerdote que pronuncia las palabras de la consagración. Por ellas se hace presente Jesús en cualquier momento bajo las especies sacramentales.

Si el Hijo de Dios te brinda un ejemplo tan constante de obediencia, ¿te es lícito a ti obrar de otra manera y mostrarte descontento? *Mí alimento es hacer la voluntad del que me ha enviado, y dar cumplimiento a su obra* (Jn 4,34).

“Crecía en sabiduría. “

Jesús, entretanto, crecía en sabiduría, en edad y en gracia delante de Dios y de los hombres (Lc 2,52).

¡Esto sí que no lo comprendo! —exclamas—. ¿Cómo? ¿De manera que Cristo crecía en sabiduría?, es decir, ¿era más culto, más sabio de día en día?

No, no. En Él hubo siempre plenitud de sabiduría, pero al principio estaba escondida y Él dejaba traslucirla más y más de año en año. Pongamos un ejemplo: el sol que sale también tiene toda su luz y todo su calor, y con todo va creciendo por momentos en calor y luz.

Además, Jesucristo quiso servirnos de modelo en todo, y por esto se acomodaba a nosotros como hombre en todo lo posible.

Él nos exige que seamos cada día más perfectos; que nos acerquemos a Él —aunque paso a paso— cada vez más. Jesucristo quiso dar ejemplo de vida a todos: al niño, al joven, al hombre maduro; y por esto quiso pasar por los diferentes grados de vida: fue un bebé, fue niño juguetón, fue muchacho que se divertía con los compañeros y fue hombre maduro.

“Todo lo ha hecho bien” —escribe de Él el evangelista (Mc 7,37)—: sus actos todos correspondían lo mejor posible a la edad que tenía. No quiso santificar la vida con un comportamiento extravagante. Niño, no quiso pasar por joven, sabía jugar con niños de su edad y reírse de corazón. Joven, no imitaba a los hombres hechos, no criticaba con desprecio al mundo entero.

Cuando llegaba la hora de la oración matutina, no seguía perezoso en la cama; si tenía que trabajar, no jugaba; cuando había de dormir, no se ponía a trabajar con prisas para compensar el tiempo perdido.

En el mundo todo se desarrolla, todo crece. El grano diminuto sepultado en la tierra, empieza a germinar, echa raíces, asciende después y se transforma en árbol. Del huevo sale la larva, ésta se transforma en crisálida, de ésta sale la magnífica mariposa.

La ley natural del desarrollo y crecimiento también se realiza en ti. Tú también creces de año en año; sobre todo a la edad de catorce, quince, dieciséis, se verifica en ti un desarrollo repentino. ¡Alerta!, esta época es para muchos jóvenes justamente la época de la perdición.

De las profundidades de la vida, es decir, de los instintos, suben pensamientos, anhelos desconocidos, sospechas tenebrosas; ¡cuidado!,

esfuérzate por crecer “en sabiduría y en gracia” y no rodar por la pendiente de perdición, que desemboca en un pantano espantoso.

Todo joven que trabaja con religioso fervor en modelar su alma, infunde respeto. ¡Quién sabe adónde llegará este muchacho!

El joven JOSÉ de la Biblia fue quien salvó al pueblo de la muerte de hambre. El joven DAVID venció al enemigo, al gigante GOLIAT. DARÍO, el rey persa, mandó un látigo y un juguete en tono burlón a su joven enemigo ALEJANDRO MAGNO y el joven macedonio llegó a ser, no obstante, conquistador de mundos.

¡Cuán equivocado era el juicio de la gente respecto del joven SANTO TOMÁS DE AQUINO o del joven SAN FRANCISCO DE Asís!

CLEMENTE HOFBAUER, el mayor santo de Viena, fue aprendiz de hornero. Los compañeros más fieles de SAN PABLO y su mayor ayuda fueron dos jóvenes: TITO y TIMOTEO... Sí, toda alma joven infunde respeto y hace concebir esperanzas llenas de misterio.

El alma del joven es como el mar: en su fondo se ocultan perlas preciosas, pero... ¡cuántos peligros! El alma del joven es como el bosque virgen: bandadas de aves que trinan alegres vuelan en él, pero... ¡qué terribles las fieras que se cobijan en su espesura!

¡Qué increíbles desengaños hube de sufrir ya en mi carrera de educador! Aún está viva en mí la memoria de aquellos muchachos de catorce o quince años, cuyos ojos eran puros y rebosantes de alegría..., y “crecieron”, pero no “en gracia”, ante Dios. Sus piernas se alargaron de mes en mes, su peinado estaba cada vez más “a la moda “, su modo de vestir más refinado, su manera de bailar más perfecta, su conversación más chispeante, pero... ¡sus pensamientos, sus expresiones, su comportamiento también se tornaron cada vez más licenciosos, su alma más sensual y más frívola!

Un día... quedó empañado el brillo de sus ojos..., se marchitó en su rostro la rosa del alma virginal..., se derrumbó en su interior el templo de Dios; y el joven, caído en pecado, apoyando su frente en las manos, llora desesperadamente sobre sus propias ruinas.

Dime, hijo, ¿cómo creces tú? Hace tres años que fuiste admitido en la Congregación Mariana; ¿eres mejor hoy de lo que fuiste aquel día de tu admisión? Hace tres años que llevas la insignia de los scouts; ¿tu carácter es más recio, tu alma más pura de lo que eran el día de tú entrada?

En la edad crítica, a los quince o dieciséis años, no puedes poner orden a las inclinaciones instintivas que se despiertan en ti, sino

imponiéndote una disciplina férrea; únicamente así podrás crecer no sólo en años, sino también en sabiduría y en gracia delante de Dios y de los hombres.

"Eres capaz de más."

En la lápida de una tumba se leía esta magnífica divisa: *Plus est in vobis!* "Eres capaz de más."

Al meditar ahora cómo iba creciendo Jesucristo, me acuerdo de aquellas palabras. Sí, es ésta una divisa magnífica, digna de ser escogida como norte de toda la vida por un joven audaz, noblemente ambicioso, que sabe sentir entusiasmo por los grandes ideales.

Por excelente que haya sido mi trabajo, por muchos elogios que me hayan dedicado los otros..., no descanso: "Eres capaz de más"; así espoleo mis ánimos. Oigo encomios por todas partes: que soy un buen estudiante, muchacho amable, simpático, educado..., no descanso: "Eres capaz de más." Me condecora el capitán de los scouts, como el número uno del campamento..., no descanso: "Eres capaz de más."

Examino por la noche mi conciencia y veo con alegría que estoy mucho más cerca, del Señor que hace un año, por ejemplo..., no descanso y sigo repitiéndome cada noche: "Eres capaz de más."

Pero ¿no me conducirá esto al orgullo, a la altanería? —me preguntas tal vez—. No. Mucho más fácil es que se vuelva orgulloso el que se contenta en seguida consigo mismo: el no estar satisfechos con los propios actos, aunque buenos, y despabilarnos continuamente con "eres capaz de más"..., subir todavía más..., es medio excelente para educarse a sí mismo.

El mismo Jesucristo, que iba creciendo en sabiduría y en gracia de día en día, nos prescribió esta divisa cuando dio su mandato: *Sed... perfectos así como vuestro Padre celestial es perfecto* (Mt 5,48).

San Pablo también inculca el trabajo espiritual a los fieles cristianos con este símil magnífico: trabajad, porque *vosotros sois el campo que Dios cultiva* (I Cor 3,9).

En tus oraciones silenciosas y ardientes levanta reiteradas veces tu mirada a los ojos de Nuestro Salvador y procura moldear en tu alma su santo rostro.

Habrás notado que, a través de dos mil años, centenares y millares de pintores procuraron dar vida en sus lienzos, con formas las más variadas,

al rostro divino del Redentor. Cada artista puso a contribución lo mejor de sus fuerzas y de su talento para este trabajo; y con todo no hay pintor en el mundo que haya podido reproducir con tanta fidelidad la semblanza del Señor como puedes hacerlo tú, si tienes el vivo anhelo de moldear en tu alma dúctil la figura del Salvador.

El mandato de Jesús dice: *¡Sed perfectos!* Y esto no es una expresión poética. El honor más alto del alma cristiana es ser, mediante una imitación fiel, otro Cristo: *Christianus alter Christus!*

¡Qué dilatados horizontes de pensamientos nobles y confortantes abre ante mí esta palabra! Si yo soy copia de Cristo, si soy otro Cristo, entonces, ¡qué puro ha de ser mi corazón, qué noble mi modo de pensar, qué disciplinado mi lenguaje! ¡Cómo he de vigilar cada una de mis miradas, cómo debo extirpar todos mis defectos! Es decir, cuántas veces tengo que repetirme: “Eres capaz de más.”

¡Siempre adelante! Porque quien está satisfecho de sí mismo, tiene un gusto deplorable.

El gran descubrimiento.

Si logras dar fuerza vital al pensamiento —fuente de energías— de que “eres capaz de más”, te servirá muchísimo en los combates del espíritu, en la lucha contra las tentaciones.

Pongamos un ejemplo. Un joven desea librarse del pesado cautiverio de un vicio ya inveterado. Acaso se dejó esclavizar cuando aún era pequeño estudiante; un mal compañero le abrió los ojos en un momento de crisis; él entonces ni siquiera sabía qué cosa era el pecado, se creía que era un delicioso juego.

Cuando joven, se dio cuenta de repente del mal que lleva consigo el pecado de quien es presa y con todas sus fuerzas quería sacudirlo. ¡Ay!, pero viene la terrible lucha: lo que tenía por costumbre de hacer acaso dos o tres veces por semana, no puede dejar de hacerlo. Se confiesa con frecuencia, comulga, hace deporte, es duro consigo mismo..., pero en vano. Todos estos medios son útiles, ciertamente, pero no le redimen del todo.

¿Qué cosa puede darle la victoria?

Escucha la frase mágica: *eres capaz de más*. Una fuente de vigor y de resistencia brota en el alma del que hace tan gran descubrimiento, el descubrimiento de la *verdadera fuerza de voluntad*.

No digas, pues, desalentado: “Es inútil. A mí nada me ayuda. Si viene la tentación..., lo sé de antemano, caeré”. Claro es que caerás si antes ya estás convencido de ello, si ya sabes que has de caer. Pero es justamente tal convicción lo que te pierde. ¡No! “Eres capaz de más.”

Y no muevas desesperanzado la cabeza cuando te cerca la tentación; y no repitas asustado: “¡No quiero hacerlo, no quiero!”... Di tranquilamente, sin excitarte, en el tono más natural del mundo, pero con una decisión irreducible: “No lo haré”.

No quiero hacerlo y no lo haré, ¿no vienen a significar lo mismo? No. Con la primera locución muestras poca seguridad: “No quiero; pero, ¡ay!, demasiado sé que no cumpliré la palabra”. En cambio, con la segunda frase parece que dices: “Soy capaz de más: seguramente lo cumpliré”.

“Pero cuando sé de antemano que no podré vencer”... —me objetas de nuevo.

Espera un momento. Coloco sobre tu mesa un vaso lleno del más fuerte veneno y te digo: “Si quieres, puedes bebértelo; si no quieres, puedes dejarlo”. Me contestas riéndote: “Aunque esté aquí cien años, no lo beberé”.

Observa que has dicho: “¿No quiero beberlo?” ¿No? Pues ¿qué dijiste? “No lo beberé”, no y mil veces no. ¡Qué seguro estás! Y ¡qué natural te parece!

Acabas de descubrir que, a pesar de todo, hay en ti una voluntad triunfante, firme como la roca. Y este descubrimiento te salvará la vida del alma, con tal que actives esta voluntad en el combate contra tus inclinaciones pecaminosas. *“¡Puedo! ¡Quiero! ¡Adelante!”*



La Madre de Jesús.

Belén, los tres Magos, la huida a Egipto, Nazaret..., son palabras que nos traen a la memoria, juntamente con el Niño Jesús, a la Virgen María.

Los nombres de *Jesús y María* son insuperables, y el que quiere mucho a Jesucristo, necesariamente sentirá profundo afecto a su Madre Santísima.

No podemos despedirnos de la vida oculta de Jesús sin dedicar un recuerdo a su Madre amorosa, solícita, llena de ansias, la Virgen Santísima. María pasó treinta años sin interrupción junto al Señor le guardaba, le cuidaba, le mostraba a los hombres, trabajaba por Él.

La Virgen María guardaba a Jesús. Imagínate la dulce alegría y el amor delicioso que debió latir en su corazón al tener en su regazo al Redentor del mundo, al mirar sus ojos divinos llenos de sonrisas. Pero sigue pensando a la vez: Señor mío, Jesucristo, así moras Tú también en mi alma siempre que puedo afirmar sin mentira que vivo libre de pecado.

Después de una confesión bien hecha siento un gozo que conforta, una dulzura inefable que inunda mi alma. Guardo a Jesucristo en mi corazón.

¿Exagero? No. Es el mismo Señor quien lo dice:

"Si alguno me ama, observará mi doctrina, y mi Padre le amará, y vendremos a él, y haremos morada en él. (Jn 14,23).

Hijo amado: guarda fielmente a Jesucristo. Huye de las tentaciones como huyó de Herodes la Virgen Santísima con el Niño en los brazos; y si no puedes evitar la tentación, pide a María con fervorosa confianza: "Virgen Santísima, Madre mía, guarda en mí a Nuestro Señor Jesucristo como le guardaste del puñal asesino de Herodes".

La Virgen María cuidaba del Señor. Jesucristo pasó por todos los grados de la vida humana: fue niño, sintió hambre y sed, tuvo sus juegos y descansos, creció. Todo cuanto necesitaba lo recibía de María. Y María no escatimaba fatigas. ¡Qué alegría para ella ver desarrollarse, crecer de día en día a Jesús!

Hijo mío, ¿crece también en ti el Señor? Porque tal es la voluntad de Dios. Cuando lees un pasaje del Evangelio o estudias el catecismo, u hojeas un libro religioso o espiritual, o escuchas un sermón, el Señor va creciendo en tu espíritu. Cuando rezas, o te confiesas, o comulgas, o vences la tentación, el Señor crece en tu alma.

La Virgen María mostró además al Señor. Vinieron los pastores para adorarle y fue la Virgen Santísima quien les mostró en sus brazos al Niño Jesús; vinieron los Magos del Oriente y encontraron al Señor en el regazo de su Madre.

El vaso sagrado en que hoy se guarda la Hostia es llamado "ostensorio" porque ostenta, muestra a Cristo. El primer ostensorio fue la Virgen María.

Tú también has de serlo. Una exigencia sublime del catolicismo es que todo católico sea otro Cristo. El que te vea, el que vea tu amabilidad, tu educada prontitud, tu suavidad, tu alma nítida que se asoma en tus brillantes ojos, debe sentirse obligado a exclamar: "Veo brillar en ti al Señor".

¡Cómo se vislumbra en la vida de muchos jóvenes llamados católicos la cara espantosamente afeada de Cristo! Si en este momento echas una mirada en tu alma, acaso tú también te veas obligado a exclamar con espanto: "¡Pobre Cristo! ¿Qué se hizo de Ti en mi alma? ¿Puedo consentirlo?"

La Virgen María trabajó también por Jesús. Las preocupaciones del vestir..., de los cuidados..., de la casa...

¿Has trabajado también tú por Cristo? Al estudiar la lección o hacer el tema de la clase, reza una breve oración antes de comen- zar y cuando termines ofrece tu trabajo al Señor... Trabaja por Él. En la oración de la mañana ofrece todos los trabajos, diversiones, recreos, cansancios, desengaños, desalientos del nuevo día al Señor, y trabaja por Él.

Durante el día, si corriges con suaves palabras la falta de un compañero..., trabajas por el Señor. Si conversando con otros muchachos se ríen con chistes frívolos, obscenos, y tú con prudencia, no con rudeza, con amistad, pero sin transigir tampoco, los haces avergonzarse y callar..., trabajas por el Señor.

Tropiezas con hombres ya maduros que saben muy poco del cristianismo, y les llamas la atención sobre un libro bueno o sobre una Revista..., trabajas por el Señor.

Durante las vacaciones trabas nuevas amistades, tienes amigos que hace tiempo no han ido a confesarse, y un día os vais todos juntos a confesaros y a comulgar..., trabajas por el Señor.

Ya ves cuánto puedes trabajar por el Señor; lo mismo, lo mismo que trabajaba la Virgen Santísima durante todo el día por su Hijo divino.

Los treinta años de la vida oculta.

Nuestro Señor Jesucristo pasó treinta años en silencio, oculto en la casita de Nazaret. Lo sabemos por una frase de la Sagrada Escritura que sirve de introducción a la primera manifestación pública de Jesús: *Tenía Jesús al comenzar cerca de treinta años* (Lc 3,23).

El ministerio público de Jesucristo no abarca más de tres años, y durante treinta se preparó para esta época. Veía con toda claridad el fin de su vida terrena; anhelaba con ardor empezar su obra —ya que de ella dependía la salvación de las almas—, y, sin embargo, *esperaba su hora* con paciencia, con silencio y trabajando de continuo.

Hay jóvenes que, impacientes, quisieran adelantar, el reloj de sus propios años. El niño que asiste a la escuela primaria quisiera ser un "muchacho grande", para "poder fumar"; el muchacho de los primeros cursos de bachillerato anhela ya el estar en los cursos superiores...

¿Y el del último curso? Ya no sabe cómo aguantar las clases. No tiene otro pensamiento que acabar por fin con los "terribles años de estudio" y entrar en la universidad.

El que frecuenta la Universidad, ya se siente hecho un "hombre" y quiere ya cambiar la política de su país...

Entiéndelo bien: no entra en mi plan ahogar en ti los miles de proyectos que te dicte una noble ambición. ¡Dios me libre! Siempre que veo a un joven que tiene planes y se enardece por nobles ideales, no puedo menos de alegrarme. Pero no te creas que eres más sabio que tus antepasados, aunque no conocieron muchos de los adelantos modernos. No pretendas creer poder arreglarlo todo como si tuvieses ya una gran experiencia. No quieras aparecer en público antes de prepararte. No trates de cosas que no entiendes.

Principalmente: no te dé vergüenza *estudiar largas horas, mucho tiempo*, en actividad silenciosa, sin ganas de prodigarte a los ojos de los demás, para que así cuando "llegue tu hora", cada palabra tuya tenga peso y todo el mundo te preste atención cuando saltes al palenque de la vida, aunque tu propósito no sea exhibirte.

¿A quién esperó tanto el mundo, y durante tantas centurias, como a Jesucristo? ¿Quién hubo de cargar sobre sus hombros deber más pesado que el suyo? Y por fin llega el Salvador. ¿Qué hace? Se recoge en su casa durante treinta años, sin que nadie sepa de Él; espera, espera en silencio que llegue su hora...

CAPÍTULO II

JESUCRISTO EN LA VIDA PÚBLICA

Yo soy el camino, y la verdad, y la vida (Jn 14, 6)

Si alguno quiere venir en pos de mí, renúnciese a sí mismo, y lleve su cruz cada día, y sígame (Lc 9, 23)

Porque, ¿de qué le sirve al hombre ganar todo el mundo, si pierde su alma? (Mt 16, 26)

Yo soy la luz del mundo; el que me sigue no camina a oscuras, sino que tendrá la luz de la vida. (Jn 8, 12)



En la soledad

Llegó la hora del ministerio público del Redentor. ¿Con qué disposiciones lo empieza? ¿Hará una gran propaganda? ¿Gritará tal vez a los cuatro vientos, que ahora van a ver los hombres algo nunca visto? No. En silencio se dirige a la muda soledad del desierto, a fin de sacar fuerzas para la gran obra de su vida de la conversación íntima con su Padre celestial.

El hombre más activo anhela de vez en cuando el silencio, la meditación solitaria, una huida del torbellino del mundo. Por lo tanto, siempre que tú te vieres en trance de tener que tomar una decisión importante para la vida, o al notar que en medio de tus innumerables ocupaciones empieza tu espíritu a sentir el vacío y a no tener apego sino a

cosas terrenas, a intereses materiales, y de todos modos cada tres o cuatro años, retírate por lo menos tres o cuatro días.

Siguiendo el ejemplo del Señor, estate apartado del círculo de tus trabajos, de tus conocidos, de tu familia, y vete... ¿Adónde? ¿Al desierto?... No, no tan lejos, sino a una casa de ejercicios.

De modo que... ¿tengo que hacer ejercicios espirituales? Sí; y te recomiendo que los hagas, no como suelen hacerlos muchos, escuchando tres o cuatro sermones diarios, sino "ejercicios en retiro", durante los cuales consagres todos los momentos del día a tu alma.

Acaso te parezca un tanto extraño el pensamiento e impropio de un hombre seglar e inteligente este proceder; quizá lo juzgues exagerado; tal vez te dé pereza encerrarte de tres días... En vano intentaría yo ahora convencerte de lo contrario. Tan sólo te diré: Pruébalo una sola vez.

Al volver a casa después de los tres días de silencio, cuando sientas que la deuda del pasado, ya cancelada por una confesión general, no abruma tu alma, y que tus fuerzas se han multiplicado en la suave conversación con Dios; cuando tu hogar te parezca doblemente invitador, y la vida más tolerable, y menos difíciles los hombres..., estoy convencido de que tu juicio será éste: "Es algo magnifico hacer ejercicios espirituales. ¡Qué lástima no haberlo sabido antes!"

El Señor se fue al desierto y allí se preparó para cumplir la gran obra de su vida.



En el fuego de la tentación

En el ayuno del desierto el Señor sintió hambre y el espíritu del mal le tentó por tres veces (Cf. Mt 4, 1-2).

Este acontecimiento de la vida del Señor nos consuela y conforta. Justamente porque consintió el Señor en tal suceso.

En primer lugar, sirve de consuelo pensar que la tentación en sí no es pecado, y que todos estamos expuestos a sentirla. Si el tentador no tuvo empacho de acercarse al general, ¿cómo ha de dejarnos en paz a nosotros, soldados de fila?

El mismo San Pablo, que tanto trabajó y sufrió por la causa de Dios —más que cualquier otro—, hubo de luchar con tentaciones tan horrorosas que casi a gritos y con gran amargura pedía a Dios que le librase del doloroso trance. ¿Y le libró Dios? No. Pero le aseguró que *le daría fuerza, ayuda, gracia para salir vencedor* (2 Cor 12, 1-10; Rm 7,15).

¡Con qué respeto y emoción miro a los jóvenes de dieciséis, dieciocho, veinte años, que en medio de la corrupción de una gran ciudad, en medio de una vida inmoral y frívola saben defender la pureza blanca de su alma con una decisión que les cuesta sudor de sangre y con una valentía siempre aparejada para la lucha!

Viven entre nosotros jóvenes de mirada limpia, de corazón puro, que son un testimonio innegable del triunfo de la voluntad humana, ayudada por la gracia de Dios.

Estos jóvenes, ¿no tienen que luchar acaso? ¿Para ellos todo resulta fácil? ¿Nada saben de tentaciones? ¡Y tanto como las conocen! Hay algunos que las toleran tan ardientes, tan indeciblemente dolorosas, como San Pablo. Pero no importa. ¡Vencen! ¿Cómo? *Aferrándose a Cristo*.

Joven: Aunque la lava encendida de incesantes tentaciones corriera por tus venas, no te desesperes. Saca consuelo del ejemplo que nos da la tentación de Cristo en el desierto.

La tentación no es pecado; todos podemos tener tentaciones. Puede ser que el instinto encienda tu sangre, trocándola en volcán de fuego; puede ser que seductoras imágenes revoloteen en tu alma como una nube de mosquitos a la orilla del lago... No importa; *si no quieres*, en ti nunca cantará victoria la bestia sobre el hombre.

Otra enseñanza que nos da la tentación del Señor. Nos enseña que la tentación dirige su ataque justamente a los puntos más flacos, más

vulnerables. El ayuno de cuarenta días debilitó al Señor; sintió hambre Jesús y... ya está tendida la red de la primera tentación: le promete pan.

Joven, tú también habrás de librar la mayoría de los combates en el punto en que más flaqueas. Quizás tu lado vulnerable sea la vanidad; para otro, la pereza; para el tercero, la mentira o la gula; para muchos, el sensualismo.

La tentación no deja pasar una sola ocasión favorable para inducirnos a pecado. Saca de ahí una importante moraleja: Procurar conocer cuanto antes tu defecto principal y luchar contra él con lo mejor de tus fuerzas.

Vigila

El tentador no ceja, permanece junto al Señor; si no cantó victoria en la primera tentación, acaso tendrá más suerte en la segunda. Esto es lo que pensaba él. No pudo coger al Señor por la gula; otro ensayo, pues: tentar su vanidad. Y le dice en el pináculo del templo: *Si eres el Hijo de Dios, échate de aquí abajo* (Mt 4,6). Pero de nuevo triunfa Jesús.

A Jesús no pudo hacerle caer el tentador por la vanidad; pero a muchos jóvenes los coge por ahí. Este despacha con mucha imaginación "sus aventuras de verano". ¡Cuántas cosas le sucedieron durante las vacaciones! "Y si no me creéis —añade--, estoy dispuesto a jurarlo."

Otro cambia de vestido tres veces al día, se ducha cuatro veces por lo menos, se peina dieciséis su cuidada melena...

¿Piensas tal vez que yo quiero hacer de ti un salvaje? No; no me lo propongo. Has de cuidar tu exterior, has de ir siempre limpio, aseado, con elegancia; pero... no exageres.

No olvides que el tentador tiende a los jóvenes los pequeños anzuelos de un cuidado exagerado de la propia imagen, de una preocupación continua por vestirse y querer gustar, a fin de que tales fruslerías lleguen a absorberlos por completo y así tenga él ancho campo para conducirlos a más graves tropiezos, al mismo pecado: primero, a los escollos de la negligencia en el cumplimiento del deber y de la vaciedad espiritual; después, a los abismos profundos del instinto y de una vida inmoral.

La vanidad, que al principio no era sino un leve defecto, muchas veces acarreará después al joven la perdición.

El tentador no descansa aun después del doble fracaso; resultaron fallidas las dos primeras tentaciones; acaso sea más afortunado en la

tercera. *Le subió el diablo a un monte muy encumbrado, y le mostró todos los reinos del mundo y la gloria de ellos, y le dijo: Todas ellas cosas te daré si, postrándote delante de mí, me adoras. Le respondió entonces Jesús: Apártate de mí, Satanás... Con esto te dejó el diablo; y he aquí que se acercaron los ángeles y le servían* (Mt 4,8-11).

Estimado joven: En esta edad crítica de los dieciséis a los veinte años, ¡cuántas ilusiones miente a tu oído, cuántas imágenes excitantes traza ante tus ojos el astuto seductor! Te descubre goces falaces, y, sobre todo, mediante los incentivos de la concupiscencia te promete la plenitud de los deleites: ¡Te daré todos los goces del mundo si cometes el pecado!...

No seas débil. No esperes lograr la felicidad quebrantando los mandamientos de Dios. Un sinnúmero de jóvenes creyeron las palabras embaucadoras del diablo, y sólo descubrieron la terrible mentira que encubrían cuando el goce momentáneo del placer prometido se había desvanecido ya, no dejando en pos de sí más que un alma rota y las ruinas de una juventud hastiada de la vida.

¿Qué ayudó a Jesús para lograr la victoria? El ayuno y la oración. ¿Cómo puedes vencer también tú en las tentaciones? “Ayunando”, es decir, imponiendo con los ejercicios de una mortificación varonil una disciplina de hierro a tu cuerpo, lejos de tratarlo con mimo; y “rezando”, es decir, pidiendo a Dios con oraciones fervorosas fuerza para resistir.

Naturalmente —en cuanto se pueda en el mundo actual—, huyendo de la tentación y lanzando valerosamente a la cara de todo seductor, es a saber: del amigo que quiere inducirte a pecado, del instinto que se yergue con sus exigencias, de todo cine, pieza teatral, cuadro, revista, libro que corrompa, las palabras de Cristo: *Apártate de mí, Satanás*.

“No sólo de pan...”

En la tentación dijo el Señor otra verdad. Quiero llamar tu atención sobre ella, porque es de gran profundidad.

Cuando el tentador, apuntando al hambre de Jesús, le pidió que convirtiese las piedras en pan, Jesús le respondió con estas palabras, admirables por su profundidad: *No sólo de pan vive el hombre, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios* (Mt 4,4).

La primera verdad que quiero inculcarte, apoyándome en estas palabras del Señor, es *el valor de la disciplina y de la mortificación*.

Muchas veces te habrás encontrado con hombres que "solamente viven de pan", es decir, que llevan una vida meramente carnal. Tan sólo comen y beben, persiguen los placeres, el dinero, la fortuna y, finalmente —hacia el ocaso de su vida—, se ven obligados a reconocer que si pudiesen empezar de nuevo la existencia vivirían de un modo muy distinto.

¡Cuántos hombres podrían repetir lo que dijo a su médico un comerciante rico y enfermo, cuando aquél le recetaba curas muy costosas: "Ya lo ve, doctor, así es el hombre: durante la juventud lucha, se cansa, suda, da su salud con tal de tener dinero; en la vejez tiene que dar su dinero por la salud..."!

"No haya miedo —me dirás acaso—; yo nunca sentiré apego al fango, al mundo del pecado; nunca me olvidaré de mi alma y nunca traicionaré mis principios por amor al dinero..."

¡Ojalá tengas razón!

Pero ¿te preparas para ello? Ahora, en los años de la juventud, ¿te ejercitas en privarte de algún que otro capricho y en abstenerte a veces aun de goces legítimos? ¡Cuántos jóvenes llegan a ser esclavos de la gula! ¡Cuántos cometen robos por esta pasión! ¡Cuántos se vuelven holgazanes por su gran amor a la comodidad!

He ahí la primera enseñanza que se desprende de las palabras del Señor: sé modesto en tus deseos, disciplinado en tu voluntad.

Contiene, además, una verdad aún más profunda: en ellas tenemos la justa solución del problema social y el recto aprecio de la cultura terrena.

El hombre no tiene solamente cuerpo, sino también alma, y, por lo tanto, no necesita tan sólo pan, sino también —y por lo menos en el mismo grado— la palabra de Dios, la religión.

En estas palabras de Jesucristo descubrimos una orientación clara respecto a la cultura terrena. *No sólo* de pan vive el hombre; por lo tanto, no te creas que la plenitud de cultura más brillante puede darte la felicidad, si descuidas los intereses del alma.

Por otro lado, el hombre vive también de pan, es decir, necesita cosas materiales para el vuelo de su espíritu; pero ha de tener siempre muy en cuenta que la materia no es sino *un medio* con que alcanzar *el fin* último del alma; medio, y no fin.

¿Es lícito amasar una fortuna en la tierra? Sí; pero no mirarla como si viviéramos tan sólo para el dinero. ¿Es lícito divertirse con alegrías puras de la vida terrena? Sí; pero ellas no deben agotar nuestros anhelos.

¿Es lícito cuidarse de la salud corporal? ¿Se puede fomentar el deporte? Sí; pero nunca se ha de perder de vista que necesitamos la salud, los músculos vigorosos, el cuerpo robusto, no para superar una marca, para ser campeones, sino para que nuestro cuerpo esté a nuestras órdenes, como medio dúctil al servicio del alma.

Las diversiones, la riqueza material, los deportes, la salud, todas estas cosas pueden designarse con esa palabra: “pan”. Y Jesús pregona la gran verdad de que si bien el hombre las necesita para su vida corporal, nunca puede olvidar las exigencias más altas del espíritu: las de una vida religiosa. Porque “no sólo de pan vive el hombre...”

Las bodas de Caná

Los judíos del Antiguo Testamento contraían el matrimonio con gran solemnidad. A los amigos, a los vecinos, a todos se les invitaba a la casa del novio, donde reinaba una gran alegría. El novio llevaba en las sienes una corona de flores, la novia iba ricamente ataviada... Cantos, bailes, juegos, chistes y chanzas...

Una pareja de modesta posición invitó para sus bodas a Jesús, quien asistió a la fiesta con sus discípulos (Jn 2,1-2).

El Señor fue a visitar a los novios, pero sin turbarlos en su alegría. Me imagino cuál sería el comportamiento del Señor en las bodas, qué gesto y expresión tendría su rostro, cómo sería su conversación. Seguramente también Él, como los otros convidados, fue amable, dulce, jovial, atento.

Es un rasgo digno de notar en el carácter del Señor: siempre fue dulce, atento, delicado. No se mostraba esquivo con los hombres, participaba de sus legítimas alegrías, se sentaba a la misma mesa con los publicanos, que, sin embargo, eran tenidos por grandes pecadores; estaba lleno de indulgencia para con aquellos que pecaban por debilidad; pero parecía fulminar rayos contra los pecadores orgullosos, los fariseos.

Con facilidad se forman los hombres el concepto de que quien piensa en las cosas eternas, en Dios, en el alma, en la otra vida, es

decir, que quien vive una vida profundamente religiosa, necesariamente tiene que mostrarse siempre serio, pensativo, callado, encogido.

Los antiguos profetas realmente gustaban de internarse por los desiertos, y el pueblo los miraba con temor cuando salían de su retiro para predicar. Pero he ahí que Jesucristo propone también en este punto una nueva santidad de vida: No hay que huir de los hombres, sino más bien buscarlos, participar de sus alegrías; pero *todas las manifestaciones de la vida deben ser impregnadas por la fe religiosa que las santifica.*



Jesucristo, taumaturgo

Un grave contratiempo se cernía sobre la feliz familia: el vino iba terminándose. La Virgen María se dio cuenta del conflicto y vio también que la falta no provenía de un descuido, sino de un cálculo equivocado; no contaban con tanta gente; acaso no creían que iría el Señor acompañado de sus discípulos. La Madre no quería que justamente aquéllos fueran el motivo del apuro; no sabía cómo iba su Hijo a poner remedio; pero creyó firmemente que de un modo u otro habría de prestar auxilio a la familia que les había invitado. Recordaba la noche misteriosa de Navidad, cuando los ángeles cantaban sobre el pesebre del Niño Jesús; tampoco había olvidado la estrella de los Magos... Treinta años hacía que aguardaba la hora en que se manifestara el poder mesiánico de su Hijo. ¿Había llegado quizá ya su tiempo?

Se dirigió a Él en silencio y le dijo: *No tienen vino. Le respondió Jesús: Mujer, ¿qué nos va a mí y a ti? Aún no ha llegado mi hora* (Jn 2,3-4).

La respuesta, su tono al parecer duro, nos sorprende hoy; pero sin razón. Jesús quiso dar a entender a su Madre que las relaciones que hasta entonces mediaban entre ellos —relaciones de madre y de hijo—, en adelante, desde los comienzos del ministerio público, se debían transformar en algo más espiritual. Él en adelante sería no sólo Hijo de María, sino también su Maestro, y se mostraría como su Dios.

Si acaso había cierta rudeza en la expresión, seguramente le quitó tal aspereza el tono con que la dijo Jesús. Es lo que indica también el proceder de María, quien dirigiéndose a los sirvientes les dice: “Haced todo lo que os diga Él.”

Los judíos, antes de comer, tenían que lavarse cuidadosamente, y para ello siempre tenían preparada el agua. También había en esta casa seis tinajas de piedra. El Señor manda llenarlas con agua y convierte después el agua en vino.

Jesucristo, con su presencia en las bodas de Caná y con el milagro que allí obra, nos ofrece una profunda enseñanza, nos muestra la relación estrecha que tiene la religión con la vida.

Quiere que sintamos nosotros, a través de este milagro, su deseo; hacer las cosas más ordinarias de la vida, los actos más insignificantes, con espíritu elevado; impregnar todas las manifestaciones de la vida con espíritu de religiosidad. *Llevemos a Cristo por todas partes*, y entonces se transformará en vino añejo el agua, es decir, serán dignificados los actos más insignificantes de la vida cotidiana.

No creas, pues, que una vida profundamente religiosa te priva de todo gozo; al contrario: si el Señor mora en ti, su presencia te dará unas alegrías tan dulces como nunca pudiste sospechar. En cambio, también has de saber que sólo puedes gozar de aquellas diversiones o pasatiempos en que puedes llevar a Jesús contigo.

Nuestro Señor va repitiendo el milagro de Caná, aunque nosotros no lo notemos. Por eso conviene reflexionar sobre lo que nos rodea y sacar de ahí un amor más profundo a Dios. Nos rodean cosas llenas de misterio. ¿Milagros? Acaso mayores que el milagro de las bodas de Caná; sólo que ya nos hemos acostumbrado, y debido a la costumbre no los meditamos.

¿No es la fuerza del mismo Dios la que transforma el agua de la lluvia primaveral en zumo de la vid y este zumo en vino generoso?

¿No es aquella mano poderosa la que multiplicó en el desierto los peces y los panes, la misma que hace madurar los granos que enarbolan las espigas de trigo?

Aprende a ver en todas las bellezas de la creación el rostro de Dios.

En las bodas de Caná recibieron los convidados el vino más generoso, el regalo del Señor al final del convite. Jesucristo guarda también para el final el vino más generoso que nosotros pudiéramos beber. Cuando lleguemos a las bodas del Cordero divino —expresión que la Iglesia tanto gusta en aplicar a la vida eterna—, allí saborearemos el regalo más valioso del Señor: el mismo Dios.

San Juan Bautista

Conocido es el espantoso cuadro: Un gran banquete... Herodes y sus amigos están a la mesa. La mano de una mujer insensata, enloquecida por la pasión, sostiene una bandeja, y en la bandeja hay una sangrienta cabeza humana.

¿De quién es la cabeza? ¿Quién tuvo esta suerte del martirio? ¿Quién y por qué? El hombre de quien dijo Jesús: *En verdad os digo que no ha surgido entre los nacidos de mujer uno mayor que Juan el Bautista* (Mt 2,11). ¡Qué encomio! Cuando pronunció Jesucristo estas palabras no estaba muerto aún San Juan Bautista; pero Cristo le conocía, sabiendo cuál había de ser su muerte al caer mártir del honor, del carácter, de la fidelidad a los principios.

Lo sabía y por esto le alabó tanto. Porque Cristo encuentra sus complacencias en la fidelidad, en el dominio propio, en la disciplina, en el temple de acero.

¿Qué cosa le gustaba más de Juan Bautista? ¿El no haber comido más que langostas? ¿El haber llevado un vestido hecho de pelos de camello? No, todas estas cosas eran medio y no fin. ¿Cuál era, pues, el ideal que perseguía el Bautista? Una fidelidad inquebrantable a los principios, una voluntad de hierro, una vida espiritual disciplinada.

Decía Juan a Herodes: *No te es lícito tener por mujer a la que lo es de tu hermano* (Mt 6,18).

“¡Ah! —pensó temblando de ira Herodes—. ¿Este se atreve a reprocharme algo a mí, a su rey poderoso? ¡A la cárcel!”

Es forzoso. Es mi deber, es consecuencia de mis principios, no puedo proceder de otra manera... y moriré. He ahí lo que alababa Jesucristo de San Juan Bautista.

¿Qué es lo que salisteis a ver en el desierto? —preguntó el Señor al pueblo, aludiendo a Juan Bautista, que allí enseñaba—. *¿A una caña agitada por el viento?* (Mt 11,7).

Las orillas del lago de Genesaret abundan en cañas, y de ahí sacó el símil Nuestro Señor; una brisa, y la caña se inclina a la derecha; otro soplo, y ya se doblega a la izquierda. Pero Juan Bautista no era caña, sino roble. Herodes le hacía promesas... ¡en vano! Le adulaba... ¡inútil! Le amenazaba... ¡como si no! Se puede cortar el roble, pero nunca se doblará.

¡Querido joven! Tu frágil voluntad, ¿no queda muy atrás en la fidelidad a los principios comparada con la que alentaba en el pecho de San Juan Bautista?

"He caído una vez más. ¡Pero... será la última!" Bien; acaba la caña de levantarse y está enhiesta como el roble; pero viene una brisa tibia, llega la tentación y la caña se inclina de nuevo. Y sobreviene la tempestad de la lucha, y se tumba entonces por completo en el pantano.

Por la noche, cuando repasas todos los acontecimientos del día, seguramente podrás hacerte muchos reproches: Otra vez he sido un cobarde; no me debí mezclar en aquella conversación tan frívola...

Pues bien: Señor, quiero ser roble. ¡Acero! ¡Carácter! ¡Tu hijo fiel! Pero ¿cómo puedo serlo? Estudiando el ejemplo del Bautista.



La escuela del carácter

¿Cómo llegó a ser un roble San Juan Bautista?

Con una lucha continua. Sí; la vida cristiana es un combate sin reposo. ¿Dónde se libra la batalla? En el alma. ¿Quién lucha y contra quién? El bien y el mal, el ángel y la bestia están frente a frente. ¿Quién no sintió en sí estas dos fuerzas antagónicas?

Al principio no fue así. El cuerpo era siervo fiel del alma, y el alma hija obediente de Dios.

La vida era como un día de mayo lleno del esplendor del sol, sin una nube. Pero llegó el momento de desgracia, el momento en que el primer hombre cometió el pecado... ¿Y entonces? Como si algo se hubiese roto en el universo. Un templo que se desploma. Desde aquel momento el cuerpo lucha contra el alma.

Mi alma es un águila, que sueña con aire puro, con bosques, con cimas de montañas, que se lanzaría de buen grado hacia las alturas; pero se ve cogida en la jaula de los instintos pecaminosos y se agita y revuelve en su cárcel.

Desde el momento en que el hombre se rebeló contra Dios, su corazón —según expresión de un filósofo moderno— se trocó en nido de serpientes.

Mas la expresión es algo fuerte. Quizá sería mejor decirlo de esta manera: se transformó en *erial estéril*.

El erial, con el debido cuidado, se puede trocar en tierra de labrantía, que da trigo, flores, vida; pero si lo descuidan, crecerán en él espinas, cardos, malas hierbas. Toda tierra dará espinas y malas hierbas si no se la cuida debidamente, y toda alma se corrompe si no es tratada con esmero.

Con esto ya puedes comprender por qué alababa Nuestro Señor Jesucristo a Juan Bautista. Porque con una vida de mortificación y disciplina luchaba el Precursor por la libertad de su alma, por un carácter de temple de acero.

“¡Mortificación!” ¡Uf! Te asusta la palabra. Pero, hijo, no has de mortificarte por ser mortificado, sino por el *señorío de tu alma*.

Si el freno de las pasiones fuese un fin, si buscáramos el sufrimiento por el sufrimiento, si nuestra mortificación fuera el suplicio sin objeto que se imponen los faquires, entonces habríamos de condenar tal proceder. Pero nuestra mortificación tiene un fin y un ideal: se ata la vid al rodrigón para que pueda crecer con más lozanía; el jardinero poda los retoños salvajes para que pueda el tallo dar más hermosas flores.

La vida cristiana es una mortificación continua, una lucha sin sosiego, la guerra de libertad del alma, que dura hasta el sepulcro.

Los antiguos mortificaban su cuerpo; lo hacían por Dios y por el alma propia. Yo prudentemente quiero imitarlos, por lo menos privándome de alguno de mis platos favoritos.

San Bernardo, en una tentación vehemente, se arrojó a un estanque medio helado: "¡A ver si todavía viene con exigencias mi cuerpo!" Yo no me atrevo a imitarle; pero, por lo menos, cuando arda en mí la ira, pondré sobre mí el hielo del dominio de mí mismo la serenidad reposada.

San Francisco, en medio de las grandes tentaciones carnales que le alimentaban, se acostó en un lecho de ortigas: "¡A ver si todavía grita mi cuerpo!" San Martiniano, al sentir la espuela de la tentación, puso un pie en la llama: "¿Duele? ¿Cómo, pues, te dolerá cuando estés ardiendo en el fuego eterno?"

Yo no tengo ánimo para seguirlos. Pero, por lo menos, pensaré cuando me apriete la tentación que un día tendré que rendir cuentas.

Dominio de sí mismo

Hoy día difícilmente se presenta la ocasión de proclamar en público la fe cristiana sufriendo el martirio; pero la vida ordinaria del estudiante está llena de mil fruslerías, de innumerables ocasiones de mortificación y dominio de sí mismo, merced a los cuales puedes robustecer tu voluntad y mostrar la reciedumbre de tu carácter.

El jardinero coloca un rodrigón junto a las plantas más costosas y las ata, para que la tempestad no las rompa. Tu alma inmortal viene a ser también una planta tierna, una flor que se abre y despide fragancia, y sólo podrá resistir a las tempestades deshechas, a los furiosos vendavales de la vida —que acaso ni siquiera sospechas— si sabes agarrarte al roble inconmovible que hay a tu vera, junto a Cristo, mediante los ejercicios cotidianos de mortificación.

En el fondo del alma humana viven fieras. Si les pones grilletes no podrán dañarte. Pero ¡pobre de ti si aflojas lo más mínimo sus cadenas! Te morderán y te desangrarán.

El hombre falto de recio carácter será como uno de estos desvergonzados que tanto abundan en la sociedad moderna. Se inclinan para arriba, dan puntapiés por abajo. Así son los hombres, que ante los

poderosos se inclinan hasta el suelo, y con orgullo atormentan a los que les están subordinados.

También podemos llamarlos con palabras del BARÓN DE Eenvós: "Hombres de líneas paralelas". Si el superior levanta la cabeza y se yergue echándose hacia atrás, ellos en seguida se inclinan hacia adelante; pero si alguien se inclina en su presencia, ellos, se yerguen en seguida echándose hacia atrás. Hombres de líneas paralelas...

Espero que tú no querrás tomarlos por modelo. Pues entonces ejercítate de continuo en el dominio y en la disciplina de tus facultades.

Si alguno se mofa de ti, no le contestes tú con otra burla; si alguien te abofetea, no le apliques la pena del talión. ¿Te da pereza estudiar? Aprende la lección. ¿Te gustaría jugar a la pelota, pero la mayoría de tus compañeros prefieren otro juego? No hagas una mueca de disgusto ni les digas: "Pues adiós, yo no juego."

Sólo el que sabe dominarse a sí mismo puede imponerse a los demás. ¿Despierta tal vez tu entusiasmo y simpatía la fuerza desenfrenada, ciega? No. Sino la fuerza disciplinada, ordenada, creadora.

Hay que ver la satisfacción que se pinta en la cara de los jóvenes cuando al ir en bicicleta dan recio a los pedales y después los sujetan también con fuerza y se paran en seguida. ¿Por qué les gusta este juego? Porque admira el hombre toda fuerza ordenada, obediente, dócil, toda precisión y disciplina.

¡Cuánto me gustaría saberme dominar a mí mismo! Pero ¿cuál es el secreto para aprenderlo? San Juan Bautista te lo enseñará: el dominio férreo de sí mismo y el ejercicio rudo.

Sufre con paciencia y la paciencia te dará la victoria.

La casa de mi Padre

Encontró el Señor en el Templo de Jerusalén traficantes que vendían palomas y ovejas. Entonces, *haciendo un látigo con cuerdas, echó a todos fuera del Templo, con las ovejas y los bueyes; desparramó el dinero de los cambistas y les volcó las mesas; y dijo a los que vendían palomas: «Quitad esto de aquí. No hagáis de la Casa de mi Padre una casa de mercado»* (Jn 2,15-15).

Pocas veces leemos en los Evangelios que Jesucristo se indignase. Pero siempre que se habla de su indignación, *la vemos motivada, no por*

una ofensa inferida a Él, sino por ultrajes hechos al Padre celestial. Sufre sin proferir palabra, con sencilla dignidad, cuando le hieren a Él; pero no pasa en silencio las ofensas que se infieren a la divinidad.

¿Y tú, joven? ¿Permaneces tranquilo en una reunión en que se ofende a Dios, y trabas, acaso, amistad íntima con gente que se distingue por su conversación frívola y su vida corrompida?

Si se tratara de tu propia persona, aprende del ejemplo de Cristo y soporta con fortaleza la ofensa; pero cuando zahieren a la Iglesia, cuando desprecian tus principios morales, cuando se ofende a Dios, entonces ten valor y levanta la voz en su defensa, con hombría, aunque no con petulancia.

Jesucristo se indignó al ver animales en el Templo, en la casa de Dios. Y, sin embargo, tan sólo se trataba de un templo de piedra. Imagínate, pues, cómo ha de doler al Señor ver las "alimañas" que pululan algunas veces en el alma de los hombres, en el Templo vivo de Dios.

Somos "Templo de Dios". La frase no es una imagen poética, ni una alocución simbólica, sino una enseñanza clara de la Sagrada Escritura. Medita bien esta corta frase: *¡Soy el Templo de Dios!*

¡Qué enorme impulso para tomar las más excelentes y nobles resoluciones!

¡Soy el Templo de Dios! Por lo tanto, debe ser completamente limpio mi interior; han de ser puros mis pensamientos, mis palabras, mis deseos.

¡Soy el Templo de Dios! Por lo tanto, tengo que pregonar la gloria del Señor: con toda mi vida, con todas mis palabras, con todo mi comportamiento.

¡Soy el Templo de Dios! No puedo sufrir que haya dentro de mí, "en la casa de mi Padre", tinieblas, manchas, polvo. No debo consentir un solo pecado, porque soy el Templo de Dios.

Nicodemo

Había entre los fariseos un hombre llamado Nicodemo, uno de los principales judíos. También éste sintió subyugada su alma por las sublimes enseñanzas del Señor; pero no se atrevió a ir a Jesús de día, sino en secreto, por la noche (Jn 3,1-21).

¿Sabes a quiénes acostumbramos llamar hoy en lenguaje corriente Nicodemos? A los que sienten la verdad de una causa y la apoyan, pero

sólo en secreto; a los que ocultan con temor sus propias convicciones a los que son de otro parecer. En las cuestiones de religión y moral, ¡cuántos Nicodemos hay escondidos y temblando entre nosotros!

Y, sin embargo, ha pasado ya su época. El que hoy día, en la lucha desesperada de los ideales quiere permanecer "neutral", hace traición a su fe religiosa. Porque hoy más que nunca se ve la gran verdad encerrada en estas palabras del Señor: *Quien no está- conmigo, está contra mí; y quien no recoge conmigo, desparrama* (Lc 11,23).

Joven, trabaja durante los años de tu juventud en formarte una conciencia católica, y cuando se presente una ocasión favorable, en cualquier sitio, haz profesión de tu fe, sin disimulo, exteriormente; así serás, cuando llegues a la edad madura, varón esforzado, confesor valiente de la fe, y no una gallina que se acurruca temblando de miedo.

Siempre que hubieres de pagar con dura lucha o con pesado sacrificio la confesión de tu fe y de tus principios morales, recuerda las palabras del Señor: *A todo aquel que me reconociere delante de los hombres, yo también le reconoceré delante de mi Padre, que está en los cielos. Pero a quien me negare delante de los hombres, también le negaré yo delante de mi Padre, que está en los cielos* (Mt 10,32-33).

No quiero que me pongan más epitafio que aquel qué compuso para sí Luis Veuillot, el gran periodista francés: "Creo en Jesús; no me he ruborizado, en la tierra, de su fe. En el último día Él tampoco se sonrojará de mí delante de su Padre."

La divinidad de Jesucristo

La felicidad de nuestra vida terrenal, así como la felicidad de nuestra vida eterna, depende del concepto que tengamos de Jesucristo.

Jesucristo es *Dios y hombre verdadero*.

Los Evangelios están llenos de manifestaciones a cual más asombrosas en que da el Señor testimonio de su divinidad. Y la vida, las obras y el carácter sublime de Jesús corroboran tales manifestaciones. Nos queda a nosotros el santo deber de postrarnos en oración ante la divina persona de Jesucristo.

Ahí tienes algunas frases que hacen al caso: *"Mi Padre, hoy, como siempre, está obrando, y yo también. Por eso los judíos trataban con mayor empeño de matarle, porque no sólo quebrantaba el sábado, sino*

que llamaba a Dios su propio Padre, haciéndose a sí mismo igual a Dios" (Jn 5,17-18).

"*Todo lo que éste* (el Padre) *hace, lo hace igualmente el Hijo*" (Jn 5,19).

"*Pues así como el Padre resucita los muertos y les da vida, así del mismo modo el Hijo da vida a los que quiere. Ni el Padre juzga a nadie, sino que todo el poder de juzgar le dio al Hijo, con el fin de que todos honren al Hijo, de la manera que honran al Padre*" (Jn 5, 22-23).

"*Mi Padre y yo somos una misma cosa*" (Jn 10,30).

"*Si no hago las obras de mi Padre, no me creáis; pero si las hago, cuando no queráis darme crédito a mí, dadlo a mis obras, a fin de que conozcáis y creáis que el Padre está en mí y yo en el Padre*" (Jn 10,37-38).

Mi Padre y yo somos una misma cosa. El Padre está en mí y yo en el Padre. ¿Podía dar Jesús testimonio más categórico de su propia divinidad?

Pues he ahí que, a pesar de todo, los fariseos no le creyeron. ¡Triste privilegio de la voluntad humana!; si se obstina, serán vanos los argumentos más contundentes.

¡Cuidado con pisar la senda de los fariseos! Joven hay quien, al empezar a sentirse hombre, se obstina con una testarudez inexplicable. ¡No y no! Por muchos argumentos que le proponga la razón, por mucho que sufra su propio espíritu luchando contra el pecado, no quiere inclinar la frente ante Jesucristo. ¡Pobre alma rota, vida humana sin esperanzas, que has perdido el ideal que da fuerza, consuelo, esperanza: Jesucristo!

¿Por quién Me tenéis vosotros?

Ha ocurrido esta mañana una cosa nunca oída. Mejor dicho, puede ser que ni haya sucedido siquiera, que yo lo haya soñado. Pero es tan interesante, que vale la pena de contarlo, aunque no pase de sueño...

Escenario: la clase de una escuela.

Escena: se preparan los alumnos para la clase de religión. La lección es justamente: "Las pruebas de la divinidad de Jesucristo". Gran revuelo: algunos estudian con ardor, otros discuten.

Pasan cinco minutos. Se abre la puerta, se levantan todos los muchachos, y entra... ¿el profesor de religión? No. ¿Pues...? Entra... Nuestro Señor Jesucristo... Pero lo digo de veras: el mismo Jesucristo.

Lleva el mismo vestido con que le vemos pintado tantas veces: la blanca túnica llega hasta el suelo, su cabello castaño cae sobre los hombros, su mirada es infinitamente dulce..., es una aparición indeciblemente subyugadora, impresionante.

Sin proferir palabra se dirige al estrado, y allí se detiene volviéndose a los muchachos.

¡Qué sorpresa se refleja en la cara de los chicos! En realidad nada puedo decir sobre la impresión de los primeros momentos, porque yo mismo estaba tan turbado, que no sé coordinar los primeros, recuerdos.

Y Jesucristo sigue allí, derecho, delante de los bancos... Cuando la turbación se ha disipado algún tanto, empieza Él a decir con voz majestuosa que inunda nuestro corazón como suavísimo bálsamo “Hijos míos: Hoy he venido a daros yo la lección en vez del profesor, y tendréis que decírmela a mí.

“El punto que debías estudiar era éste: *¿Por quién me tienen los hombres?* Pues, adelante, veamos. Contestadme con toda sinceridad. Contadme todo lo que habéis oído respecto de mí...”

Naturalmente, los muchachos están muy encogidos. Hay un silencio profundo, embarazoso..., se miran todos asustados. Los más “incrédulos”, que a todas horas están discutiendo, inclinan la cabeza.

Por fin, Jorge, uno de los más despabilados, se anima y dice: “Señor, hace justamente unos pocos días, al venir yo en el autobús, un hombre con gafas explicaba al que venía sentado al lado suyo, que Cristo propiamente fue uno de los profetas de corazón más compasivo, pero nada más y que son historias de sacerdotes esto de que fuese también el Hijo de Dios. No te enfades, Señor, si te lo he contado sin ambages...”

Y sigue Jesús mirando; con tanto cariño que el primer hielo que había en nuestra alma ya se ha derretido por completo y ahora se levantan los muchachos uno tras otro para hablar.

Se levanta Pedrín y manifiesta con temor: “Hay quien dice que ni siquiera puede saberse quién era propiamente Jesús... ¡nos separan ya tantos siglos de su vida!”

“Aún más —interrumpe Carlos, que ya se ha leído muchos libros de filosofía...—, hay quienes afirman que Jesucristo no ha existido, que los acontecimientos de su vida son una patraña, colgada más tarde a un personaje imaginario.”

“En casa —dice el taciturno Paco— justamente ayer cenó con nosotros un amigo de mi padre, un profesor de biología; y éste negaba los milagros de Jesucristo. Dijo que Jesús pasó su juventud entre faquires y aprendió de ellos cosas extraordinarias, pero que tales cosas realmente no eran milagros, ya que la ciencia ha probado que el milagro es imposible...”

En esto se levanta del último banco el “ateo” de la clase, Manolo, teniendo en la mano un número del diario socialista con un artículo de fondo que lleva este título: “Cristo, el primer socialista”. En el artículo se afirma que todo el cuerpo de doctrina de Jesucristo no es otra cosa sino el anuncio del marxismo, y por esto debemos considerar a Cristo como el primer socialista que hubo en el mundo...

Jesucristo escucha sin proferir palabra; una expresión de tristeza y de lástima se dibuja en su rostro al oír tan caóticas opiniones.

Cuando ya todos han hablado, las facciones del Maestro se inundan nuevamente de dulzura; y pregunta de nuevo: “Y vosotros, ¿por quién me tenéis?”

La pregunta vibra en el profundo silencio y flota sobre los muchachos, que inclinan con respeto la cabeza. El mismo Manolo, que siempre se jacta con su “ateísmo” y su “mente abierta”, tiene la cabeza doblada, está emocionado..., hasta me parece ver la lucha que sostiene su alma, buena en el fondo.

Pero el silencio no dura más que unos instantes. De repente se adelanta Luis, el orgullo de la clase, sobresaliente en todas las asignaturas, y arrodillándose a los pies del Señor, con voz que tiembla de tierna emoción le dice: “Tú eres el Cristo, el Hijo del Dios vivo.” A estas palabras cae de rodillas toda la clase y repite la frase de Luis: “Tú eres el Cristo, el Hijo del Dios vivo.”

Y entonces dice el Señor:

“Dichosos vosotros, porque vuestra fe no ha disminuido, ni siquiera en este mundo moderno tan confundido.”

“Guardad la fe que tenéis en mí, como ancla de salvación en las tempestades que os esperan en esta vida del mundo.”

“¿Me confesáis tan sólo de palabra o también con toda vuestra vida? ¿Decís tan sólo que soy vuestro Señor, o también cumplís mis mandamientos?”

El Señor sigue hablando..., hablando..., y al compás de sus palabras las almas arrepentidos se determinan a ser mejores,... De repente se oye la voz estridente de la campanilla..., ha pasado la hora, se acaba la clase.

El Señor desapareció. ¡Qué lástima que esta hora tan maravillosa haya pasado volando! Extiendo la mano para tocar aún a Nuestro Señor que se despide, pero tropiezo con el despertador que suena con estrépito. Lo miro: las seis de la mañana... La hora de levantarme...



Cristo es el camino

Sobre la puerta principal de la Basílica de San Esteban, en Budapest, se leen con letras de oro las palabras del Señor: Ego, sum via, veritas et vita. *Yo soy el camino, y la verdad, y la vida* (Jn 14,6).

Breves palabras, pero ¡qué sublime programa para toda la vida!

Tú eres aún demasiado joven para juzgar del caos de la vida moderna en el orden religioso y en el campo social; pero, a medida que tu entendimiento vaya abriéndose, verás cada vez con más claridad la oscuridad pavorosa en que la Humanidad moderna va buscando a tientas su camino.

En las tinieblas de los nuevos derroteros y nuevas formas de vida, las palabras del Señor despiden una luz resplandeciente; son el compendio de la clásica sabiduría de vida que siempre tuvo el cristianismo: “Yo soy el camino, la verdad y la vida.”

Yo soy el camino. El primer hombre antes de la caída iba con seguridad por los caminos de Dios; pero después, su razón oscurecida por el pecado le llevó por falsas veredas. La corrupción que no pudieron evitar

ni siquiera los pueblos de mayor cultura, es ejemplo triste de las aberraciones del humano espíritu cuando no lo conduce la luz de Dios.

Y esta triste afirmación, ¿tiene valor tan sólo cuando se trata de la antigüedad? Por desgracia, no. Verás, estimado joven, al correr de los años, cómo la vida moral de gran parte de los hombres actuales, a pesar del vertiginoso progreso técnico y de los continuos inventos, no difiere gran cosa de la vieja vida pagana.

El hombre moderno persigue anhelante la "felicidad"; pero como quiera que la busca en el dinero, en el bienestar material y en los goces del sentido, no la logra jamás..., y se hunde en el pesimismo.

En las estaciones de las grandes ciudades hay un enjambre de autobuses contratados por los hoteles, y los empleados gritan a voz en cuello a los turistas: "Gran Hotel dé l'Europe", "Hotel Bristol", "Hotel Continental", "Hotel Metropolitano", "Cocina excelente", "Todas las comodidades", "Precios económicos"..., cosa natural, el turista ingenuo se instalará en el autobús cuyo chófer con una voz altisonante brinda un hotel "con la más moderna instalación" y con los precios más baratos.

Al día siguiente ya siente malestar y confiesa que fue una lástima no ir al hotel que le habían recomendado en casa, al hotel acostumbrado y en que siempre le habían tratado bien. Porque el hotel de la propaganda tan estentórea es caro, huele mal, es oscuro, y las comidas son bastante malas.

Así te acometerán también a ti, gritando a voz en cuello, las más diversas ideologías y concepciones de la vida. ¡Ah! ¡Cuántos jóvenes sintieron el vértigo de las fascinantes promesas que ofrecían! ¡Cuántos abandonaron el camino seguro y bueno, que les recomendaron en casa, seducidos por los nuevos!

En el caos neopagano de la vida, presta oído atento a las palabras del Señor: *Yo soy el camino*. Este camino, aunque pedregoso y empinado, conduce a la altura del espíritu. Y aunque arduo y estrecho, te saca del pantano cenagoso de los deseos instintivos y te conduce a la victoria de una vida plena.

El camino de la cruz de Cristo es el único que puede llevar al hombre a salir de la incertidumbre, y dar respuesta a todos los problemas que le inquietan. No eches en olvido las palabras del Señor: *Yo soy la luz del mundo; el que me sigue no camina a oscuras* (Jn 8,12).

Cristo es el "camino" y tú debes ir por este camino.

Cristo es la verdad

Yo soy la verdad. ¿Quién sino el Hijo de Dios puede afirmarlo? Él lo pregona en varias ocasiones.

Está delante de Pilatos, atado. ¡La verdad personificada en presencia de un hombre prototipo del cinismo, sin fe, sin ideales! Y dice el Señor: *Yo para esto nací y para esto vine al mundo, para dar testimonio de la verdad* (Jn 18,37).

El escéptico procurador romano esboza un gesto de menosprecio y hace una mueca: Quid est veritas? "*¿Qué es la verdad?*" ¡Pobre! Ve ante sí a la Verdad personificada y no la reconoce. ¿Qué es la verdad? —pregunta incrédulo, y no sabe que su pregunta contiene también la respuesta, si se cambia levemente el orden de las letras—: "Es el hombre que está delante de ti."

Pero Pilatos no lo sabía.

Y *¡cuántos hombres modernos no quieren saberlo!* No quieren reconocer que por encima de todas las investigaciones, de todo trabajo científico, de todos los caminos del reino inconmensurable de la actividad espiritual, ha de brillar la Verdad encarnada, Cristo.

Veritati, "a la Verdad", así reza la inscripción de la Universidad de Würzburg; y esta sola palabra nos hace comprender con justeza que todo trabajo científico es el servicio santo de la verdad. Escribe también tú como programa de tu vida: *Veritati*, a la Verdad.

La Verdad personificada, Jesucristo, será el Sol y el Guía de mi laboriosa vida.

Cristo es la vida

Yo soy la vida. ¿Qué quería decir con esto Jesucristo?

Dios es la plenitud de la vida, la fuente de que toda vida brota; Dios, por lo tanto, no es inactividad rígida e inmovilidad, sino un obrar continuo: vida.

Con la palabra "vida", Jesucristo quería expresar también la vida sobrenatural, aquel reino maravilloso de la gracia, que germinará en el alma de los que crean en Él y le sigan, y que, irradiando de su Corazón Sagrado durante largas centurias, formará obras maestras de exquisitez

espiritual, nunca, sospechada, es decir, una “vida” realmente divina en las almas.

Y de seguro en la mente del Señor sus palabras tenían también este significado: En torno vuestro todo cambia, perece, muere; pero yo soy la vida eterna, y la muerte no tiene dominio sobre mí. Desde que manifestó el Señor esta gran verdad, podemos rezar unas palabras al parecer increíbles: “Que vives y reinas en los siglos de los siglos...”

Estimado joven, ¿quieres ajustar tu vida a una norma ideal? Pues recuerda siempre que *Cristo es la vida*; por lo tanto, vive con Él: en El has de pensar, en la oración; en El has de confiar, con fe inquebrantable; Él ha de curarte, en la confesión; Él ha de alimentarte, en la Eucaristía, y entonces tendrás vida eterna, porque se realizarán las palabras del Señor: *Yo soy la resurrección y la vida; quien cree en mí, aunque hubiere muerto, vivirá* (Jn 11,25).

“Señor, ¿a quién iremos?”

Dijo Jesucristo en cierta ocasión: *Venid a Mí todos los que estáis cansados y agobiados con trabajos y cargas, y Yo os aliviaré* (Mt 11,28). Palabras que no pueden ser más sencillas, y con todo descubren a nuestros ojos la profundidad maravillosa del Corazón amante de Nuestro Salvador.

Tú no sabes aún qué cosa es la vida. Tus padres te proveen de todo cuanto necesitas; tus profesores te quieren, tus amigos te dan buenos ejemplos... ¿cómo vas a sospechar lo rudo que resulta el combate de la vida?

Acaso ya tienes pequeños pesares, pero, ¿qué son éstos comparados con las luchas de la edad madura? Hoy te sientes triste si no sabes bien la lección, si no puedes comprarte algo que deseas con vivo anhelo, si tienes que estudiar mucho, si alguno de casa está enfermo... En estos trances levanta tus pensamientos a Jesús y sentirás alivio.

En los años de su adolescencia los muchachos se vuelven muchas veces pesimistas, se desalientan, se amargan, sin saber propiamente por qué. No tienen ánimo para trabajar, no tienen plan para el porvenir, carecen de objetivo que los entusiasme... También en esos momentos debes acogerte a los pies de Jesús y te sentirás aliviado.

Y si ahora te acostumbras a tal refugio, si acudes a Jesús en tus cansancios espirituales, con tus pesadas cargas, entonces este hábito te servirá de inapreciable tesoro en las graves peleas de la edad madura.

La vida no es un juego; nunca lo ha sido, y menos ahora en los tiempos que corremos. ¡Cuántas esperanzas frustradas, cuántos planes fallidos, cuántos desengaños te acompañarán en la existencia! ¡Cuántas veces verás destrozadas las ilusiones debido a un amigo que querías entrañablemente!

¡Cuántas veces fracasarán tus esfuerzos más heroicos! ¡Cuántas veces sentirás que en la realidad no puedes lograr ni la décima parte de lo que habías soñado para la vida, cuando eras estudiante!

¿Qué harás en tales trances?

Hay quienes quedan quebrantados. Hay quienes con el alma decepcionada se tiran de un puente o empuñan un revólver. Son los tristes náufragos del mar de la vida.

Tú ¿qué harás? Oirás que resuena en tu alma la palabra del Señor, y entonces, cuando estés al borde de los profundos abismos de la vida comprenderás de verdad su sentido sublime: *Venid a Mí todos los que estáis cansados y agobiados, y Yo os aliviaré.*

“Venid a Mí todos”

Hoy está de moda entre ciertos filósofos ofrecer a la Humanidad nuevos profetas en sustitución de Cristo. Nos dicen que no hemos de seguir a Cristo, sino a Buda, y que debemos abrazar las enseñanzas místicas de los indios, de las filosofías orientales.

Todos los pensamientos de positivo valor que pueda brindarnos la filosofía oriental están contenidos y de un modo mucho más excelente y claro, en la religión de Cristo; y lo nuevo, lo que de ella se aparta, no es otra cosa que oscuridad impenetrable, densa niebla, o bien aberración patente.

“Venid a Mí todos.” Sólo Jesucristo se ha atrevido a pronunciar tales palabras. Y la invitación de Jesús fue aceptada. Hace dos mil años que la figura regia de Cristo pasa por la tierra y va cautivando millones de corazones humanos. Hace dos mil años que busca el alma humana el verdadero camino que conduce a Cristo, ¡qué inefable felicidad cuando lo encuentra!

Yo quisiera que los jóvenes católicos lograsen penetrar con la mirada en el espíritu de aquellos hombres que no tuvieron la dicha de nacer católicos, pero después de buscar largo tiempo y después de profundos estudios encontraron a la Iglesia católica y a Jesucristo en ella. ¡Qué alegría llena de gratitud, qué corriente de felicidad vibra en las almas, que después de tantas luchas encuentran finalmente la verdadera religión de Cristo!

Y ¿tú, joven? Tú has nacido católico; pero ¿sabes apreciarlo como se debe? ¿Vives, hablas, obras, piensas siempre del modo más digno del nombre “cristiano”?

Venid a Mí todos. Abrázate siempre al corazón paternal de Dios; siempre, cuando te ayuda y cuando te aflige, cuando te castiga y cuando te remunera, cuando la suerte te es próspera y cuando te muestra ceño adusto.

Señor, ¿a quién iremos? Tú tienes palabras de vida eterna. Y nosotros hemos creído y conocido que Tú eres el Cristo, el Hijo de Dios (Jn 6,69-70).

Dichoso el joven que sabe darse por completo a Dios, que tiene una confianza pronta, llena de fuerza, y en medio de todas sus tristezas y desalientos sabe pronunciar con espíritu conmovido las hermosas palabras del poeta húngaro:

“Qué suerte, Señor, caer en tus manos; no me permitas nunca que busque otro lugar. Ahora, ahora, Señor, no tengo otro a quien acudir; ven y calienta mi corazón.”

(S. SIK.)

“Aprended de Mí”

Aprended de Mí, que soy manso y humilde de corazón (Mt 11,29). ¡Qué mandato tan extraño es éste! “Aprended de Mí...” ¿Qué debemos aprender? ¿A obrar milagros? No. ¿A resucitar muertos? Tampoco. ¿A curar ciegos? Tampoco. Sino: “Aprended de Mí, que soy manso y humilde de corazón.” Esto es lo principal para el Señor.

Aprended de Mí a ser: 1.°, buenos; 2.°, mansos, y 3.°, humildes.

1. Aprended de Mí, que soy bueno.

Y la Humanidad aprendió de Él; tan sólo de Él aprendió la bondad verdadera. La historia de la filosofía da una lista de hombres nobles, pero los demás, aun de los mejores, aprendieron muy poco.

Conocerás sin duda el nombre de los dos grandes filósofos griegos: Platón y Aristóteles. La magnífica doctrina de Platón tocante a la divinidad subyuga todavía hoy al lector, pero no nos consta el nombre de un solo pueblo, de una sola familia, que Platón arrancase de las aberraciones de la idolatría.

¿De qué sirve la filosofía más profunda si no es más que letra muerta y no sabe hacer mejor al hombre? Piensa en las lecturas de la escuela: Cicerón, Sócrates, Séneca., ¡qué fogosos y bellos eran sus discursos sobre los deberes y virtudes del hombre! Pero ¿lograron mejorar un solo hombre?

Y he ahí que Jesucristo no filosofa mucho; con toda sencillez se presenta delante de los hombres y mostrándoles su propio ejemplo, les dice: *Aprended de Mí, que soy manso y humilde de corazón*. Y lo que no pudieron lograr los más grandes filósofos y oradores, la logra Él: santifica y ennoblece a los individuos, familias, naciones; y así seguirá en el porvenir.

2. Aprended de Mí, que soy manso.

“¿Manso? Esto vale tanto como decir tonto y encogido” —me dirás tal vez asustado—. “¡Manso! Es decir, cobarde, que se traga todas las ofensas, que se acoge a la falda de su madre.”

No te asustes. Bien sabía Jesús que en el corazón de un joven de quince o dieciséis años vibra el empuje y la audacia; no quiere verte acurrucado en un rincón, cabizbajo, mustio.

Entonces, ¿cómo se entiende que seas “manso”? Quiere que seas alegre, pero sin desenfreno; que seas valiente, pero no temerario ni altivo; que seas despierto, y no atolondrado; que seas el primero en el juego y al mismo tiempo aplicado y tenaz en el estudio; que sepas rezar fervorosamente cuándo llega la hora de la oración.

¿Has de ser cobarde? No. Pero si alguien te ofende, no le levantes el puño ni le contestes a bofetón limpio, sino con la mansedumbre subyugadora de una serenidad disciplinada.

¿Has de tragarte todas las injurias? De ninguna manera. Pero has de contestar a la ofensa con dominio varonil, como lo hizo Nuestro Señor Jesucristo cuando le hirió el soldado: *“Si yo he hablado mal, manifiesta lo malo que he dicho; pero si bien, ¿por qué, me hieres?”* (Jn 18,23).

“Más heroico es —me objetarás acaso— dar un buen estacazo al que se mofa de mí.” Te equivocas. Responder a la ofensa con ofensa lo hace cualquiera; si no lo crees, asiste a una riña de gallos; pero conservar el

propio dominio y la superioridad frente a una ofensa, *sólo puede hacerlo la voluntad humana que ejerce dominio sobre sí mismo*.

La superioridad del hombre sobre los animales se muestra con toda su brillantez justamente en estos momentos críticos. ¿Aplaudimos cualquier clase de fuerza? No, sino la fuerza reglamentada, bien encauzada, que obedece a la razón. La dinamita es fuerza. Lo es el rayo de sol. La primera explota y derriba. El segundo hace brotar la vida. Aquélla diríamos que es una fuerza desenfrenada. Éste es una fuerza mansa. Aprende de Jesucristo a *ser mansamente fuerte*.

3. Aprended de Mí, que soy humilde de corazón.

Cuando los *scouts* se internan en los bosques, con su típica indumentaria, la camisa y el pantalón caqui se distinguen apenas de las hojas. Si tú no eres *scout*, trata, con todo, de llevar en tu alma, en tus obras, en toda tu vida, el color de la humildad. Si eres el número uno de la clase, no lo des a entender por tu comportamiento. Si eres rico, no muestres orgullo ni por asomo. Si tienes un entendimiento claro, no por esto te jactes.

Sé profundamente religioso, pero no quieras llamar la atención. Sé cortés, atento; pero no te pavonees con los favores que hayas podido hacer a otros. Sé el consuelo de tus padres, que luchan con los contratiempos; ayuda a tus compañeros pobres, infunde alientos a los que lloran..., y todo esto hazlo disimuladamente, como la cosa más natural del mundo, sin ostentación alguna.

Haz como las avecillas canoras, que cantan admirablemente de madrugada, pero con tanta naturalidad que ni ellas mismas se dan cuenta de ello; sé como las flores, que de sus corolas aterciopeladas despiden fragancia sin notarlo siquiera. Sé amable, atento, educado, prudente, sagaz, generoso, pero sin saberlo tú. Y así serás humilde de corazón, conforme a las enseñanzas de Jesucristo.

Tomad mi yugo sobre vosotros, y aprended de Mí, que soy manso y humilde de corazón; y hallaréis descanso para vuestras almas; porque mi yugo es suave y mi carga ligera (Mt 11,29-30).



“Subir o deslizarse”

“Entrad por la puerta angosta, porque ancha es la puerta y espacioso el camino que conducen a la perdición, y son muchos los que entran por ellos. ¡Qué angosta es la puerta y cuán estrecha la senda que conduce a la vida! ¡Y qué pocos son los que atinan con ella!” (Mt 7,13-14).

El camino de una vida consecuentemente cristiana es angosto, arduo, empinado. Tan empinado, que muchas veces deja de ser camino y es áspera subida en que cada paso se riega con sudor, por donde no se asciende sino agarrándose a las rocas, andando a rastras para avanzar.

El punto final se muestra sonriente a nuestros ojos, iluminado por los rayos del sol, pero a tal distancia que sólo el mirarlo nos desalienta; y a nuestros pies se abren tan profundos precipicios que el mirarlos produce vértigo.

Dime: ¿no sentiste, a pesar de tus pocos años, la gran verdad enseñada por el Señor al hablar de la senda estrecha de la virtud? Cuando tus esfuerzos fracasaron, cuando tratabas de subir a las alturas de una vida más limpia desde los abismos de un pecado desgraciadamente arraigado, y caías, y volvías a caer siempre... En estos trances, ¡con qué facilidad se escapa de nuestros labios la amarga queja: “¡Imposible! Nada me ayuda. ¡Nunca podré corregirme...!”

Recuerda en estas ocasiones, para consuelo de tu alma, además de las palabras ya citadas del Señor, estas otras: *“No penséis que yo he venido a traer la paz a la tierra; no he venido a traer la paz, sino la guerra”* (Mt 10,34); es decir: la guerra de la mortificación, la lucha contra el pecado.

El camino que conduce a Cristo es el camino de la guerra continua, guerra contra nuestra naturaleza corrompida, tan dúctil para el mal. La

vida cristiana es el tiempo de la vigilia continua, contra las tentaciones que nos acechan.

¡Perseverar! ¡No desalentarse! Trepar de roca en roca. No mirar atrás, a los caminos falsos que hemos logrado abandonar, no separar nuestros ojos de Jesucristo. Quizá no cantes victoria sobre todas las debilidades, defectos, tropiezos, pecados, en toda tu vida; pero... levántate siempre que hayas caído, no quedes derrotado por el suelo.

Aún más: después de cada caída, lánzate con más denuedo hacia Cristo; algo así como ocurre en las piezas musicales, que las transforman los compositores en acordes perfectos para dar las notas disonantes la sensación de armonía final.

Perseverar; luchar con heroísmo durante años; no volver nunca por los falsos derroteros; atenerse con fidelidad a los principios... es, en verdad, una exigencia casi sobrehumana, principalmente para el joven de hoy día. Y, sin embargo..., en el camino de la educación del carácter no hay paradas; el que quiera descansar, satisfecho de los resultados obtenidos, al punto empieza a resbalar. O subir o deslizarse.

En la cima de un pico gigantesco, casi a una altura de dos mil metros, hay una capilla. La piedad de los fieles fervorosos la levantó hace siglos. Toda la región está ya desolada, y hace tiempo que nadie visita la capilla.

Un día, pisando sendas salvajes, llegó allá un turista, y al ver la capilla tuvo una ocurrencia extraña. Tiró de la cuerda de la pequeña campana que había en la torre. A la voz penetrante, que no había sonado durante tantos años, se levantó una bandada de gorriones y se fueron asustados. El turista, ya con cierta curiosidad, siguió tirando de la cuerda: ¿qué otras cosas verá? No tardó mucho, y una nube de murciélagos y lechuzas salió de las grietas y del fondo de las ventanas de la torre. Entonces no dejó la cuerda de mano hasta que se fueron de la torre todos los animales que la tenían por guarida sucia: lechuzas, gorriones, murciélagos, todos huyeron, espantados, y, por fin, la pequeña torre, recobrando su antigua limpieza, miraba con satisfacción el cielo radiante.

El caminante prosiguió su excursión... Apenas hubo desaparecido, he ahí que... volvieron primero los gorriones, que espiaban allá en la cercanía...; después, los murciélagos...; por fin, las lechuzas..., y los antiguos moradores invadieron de nuevo la pobre torre; y unos momentos después ya la ensuciaban otra vez, como solían hacerlo durante decenas de años. ¡Pobre torre! No pudo librarse de tales huéspedes.

¡Cuántas veces resonó en tu interior la campana de la conciencia contrita, que quiso ahuyentar las aves tenebrosas del pecado! Y también brilló en tu interior el rayo radiante del alma purificada. Pero... ¿no es cierto? Los gorriones ahuyentados volvieron impertinentes quizá poco después de la comunión, retornó a hurtadillas la bandada de murciélagos y lechuzas, y a los pocos días tu alma, purificada en la santa confesión, estaba tan llena como antes de sus antiguos moradores.

Perseverar y luchar heroicamente contra las inclinaciones que te inducen a pecado. *"No todo aquel que me dice ¡oh, Señor, Señor! entrará en el reino de los cielos, sino el que hace la voluntad de mi Padre celestial, ése es el que entrará en el reino de los cielos"* (Mt 7,21).

Prosigue sin desalentarte por la senda estrecha que conduce a Dios. No lo olvides: O subir o deslizarse.

"Niéguese a sí mismo..."

"Si alguno quiere venir en pos de Mí, niéguese a sí mismo, cargue con su cruz de día, y sígame" (Lc 9,23).

La imitación de Cristo es un vencerse continuo; y el camino que conduce al Tabor, es decir, a la proximidad saludable de Jesucristo, está embaldosado con las duras piedras de la mortificación. ¡Dichoso el joven que comprende en la edad temprana el gran valor del dominio de sí mismo y lo practica, sin desmayos!

Aprende a dominarte, a refrenar tus deseos, tus instintos, tus desalientos.

Domina tu risa. Loa niños tienen un juego: lo que nosotros llamamos "mirar con ojos serios", que consiste en mirarse fijamente sin reírse. Es un juego que los divierte mucho. Pero es también un ejercicio provechoso para robustecer la voluntad. El que puede dominar a su capricho sus músculos en la risa, no se reirá cuando los compañeros frívolos suelten chistes obscenos.

El que sabe mandar a su mirada, podrá ir sin peligro por las calles de las grandes capitales, en que tanto los anuncios publicitarios inmorales. El que se niegue a sí mismo, podrá seguir al Señor.

Domina tu estómago. Niégale de vez en cuando un dulce favorito. No comas más que a horas acostumbradas.

Come también a veces cosas que no te gustan.

Cierto día, unos muchachos alemanes oyeron a un profesor que explicaba cuánto robustece la voluntad el comer, sin decir, una palabra de queja lo que no apetece. ¿Qué hicieron aquellos muchachos? Se fueron al jardín y cogieron bichos y los masticaron vivos, porque esto, ciertamente, “no les apetecía”.

No caigas tú en tales excesos. Pero ¿no te infunden respeto aquellos muchachos que tan heroicamente quisieron trabajar en la formación de su carácter? El que se niega en las cosas pequeñas seguirá fácilmente al Señor.

Domina tu lengua. ¿Sientes la responsabilidad de todas las palabras que pronuncias? ¿O sólo charlas y charlas como una cotorra y después de haber soltado tu chaparrón de palabras te ves obligado a reconocer que la mitad de lo dicho no es verdad?

Si alguno te ofende, ¿sabes contestarle con serenidad? Si te ocurre una frase ingeniosa, ¿sabes morderte la lengua para no herir a un amigo? ¿O tú también estás en el número de aquellos que han de repetir: “perdí un amigo por no callar una palabra?”

Domina, tu pereza, tu gusto por la comodidad. Te viene cuesta arriba el trabajo, y, sin embargo, lo haces concienzudamente. No te gusta levantarte temprano, y, con todo, saltas de la cama en el momento debido. Has de correr a la clase, y, a pesar de ello, no dejas la oración de la mañana. Y por la noche, aunque estés muy cansado, rezas con fervor antes de acostarte. Entonces dominas tu pereza.

Domina tus caprichos. Aunque algo te duela, no des muestra de malhumor delante de tus padres, hermanos, compañeros. Si estás abatido, desalentado, de mal temple —sin saber tú mismo por qué—, procura dominar tu ánimo, no riñas, no hables con aspereza...

Ya ves de cuántas maneras podemos cumplir las palabras del Señor: *“Si alguno quiere venir en pos de Mí, niéguese a sí mismo* (Lc 9,23). Y también: *“Quien no carga con su cruz y me sigue, no es digno de Mí”* (10,38).

¡Qué decisión más noble y digna de un joven! ¡Señor! Siempre pisaré tus huellas, aunque me cueste. Sé que tan sólo podré vencer mi naturaleza, propensa al pecado, ejercitándome constantemente en el dominio de mí mismo.

“Y... sígame”

“Si alguno quiere venir en pos de Mí, niéguese a sí mismo, cargue con su cruz de cada día, y sígame” (Lc 9,23).

Seguir a Cristo. ¡Misión sublime para todos los hombres! Pero, principalmente, ¡qué mandato más honroso para el joven que tiene toda la vida por delante!

Veamos, pues, qué nos da la imitación de Cristo. Nos da ideales y medios. Ideales por los que vale la pena luchar, y los medios para conseguirlo.

En la vida hay tres tipos de hombres.

Hay “hombres meramente terrenos”; casi “hombres-animales”. No es que carezcan de alma, sino que *les falta tiempo para tener alma,* no encuentran oportunidad para cuidarla. No tienen otra preocupación que una mesa opíparamente puesta, andan siempre a la caza de placeres, y para ellos no existe otro dios que el dinero. ¡Pobres! No viven más que para la tierra.

Hay otros que pueden llamarse sencillamente “hombres”, hombres honrados, que llevan en general una vida digna; son trabajadores, sobrios, justos, procuran hacer el bien. Estos destacan sobre la masa; pero no llegan aún a la medida ideal; todavía quedan muy atrás de lo que llamamos hombre cristiano.

Porque Dios exige de nosotros algo más que ser meramente hombres. Si no nos llamase a más alto destino, podríamos contentarnos con la manera de ser del segundo grupo: vivir una vida meramente natural. Pero Dios puso en nuestra alma *la marca de un destino más alto,* y desde entonces el hombre no puede contentarse con una vida natural, terrena, sino que, además, ha de vivir una vida sobrenatural.

Fíjate: la oruga, mientras es oruga, se arrastra por el suelo; es su vida, no se le puede exigir que vuele. Pero cuando de la crisálida sale la mariposa, ésta ya no puede seguir arrastrándose; ya es connatural a ella lanzarse a las alturas.

A estas sublimes alturas quiere Cristo levantarnos a todos. También a los jóvenes. No permite que sean “hombres terrenos”; tampoco consiente que sean hombres de honradez meramente natural, sino que predica constantemente la necesidad de ser hombres cristianos.

¿Qué nos da la imitación de Cristo? Grandes pensamientos. Hay en ti una chispa divina; estímala y no apagues el fuego del Espíritu Santo. Tu alma es un tesoro inapreciable que te confió Dios. No lo malgastes. La imagen de Jesucristo está grabada en tu espíritu; no la desfigures. Eres templo del Espíritu Santo; no derribes con mano sacrílega el sagrado edificio...

¿Cómo hemos de seguir hoy a Cristo?

¿Cómo he de "seguir" a Cristo? ¿He de copiar su vida en la mía? ¿Tengo que imitarle en las cosas exteriores, en la manera de vestir, en la manera de hablar? No, por cierto. El que hoy día quisiera seguirle copiando estas cosas se quedaría muy atrás, muy lejos de Él. Lo principal es apropiarse la postura espiritual de Jesucristo, sus puntos de mira, sus criterios, sus motivaciones, en una palabra: *tener el espíritu de Cristo, proponérselo como modelo y así "seguirle"*.

No basta sentir transportes de entusiasmo por el Señor, no es suficiente amarle con un amor estéril... Hemos de seguirle con las obras. Es decir, hemos de cumplir la que nos ordena Él.

Puede suceder que por fuera mi vida no tenga punto de semejanza con la vida de Jesús, y, no obstante, sea una vida completamente según Cristo.

Él iba a pie y descalzo, yo viajo en autobús o tren. Él no tenía dónde reclinar su cabeza, yo tengo un hogar... No importa. Estas circunstancias, nada más que exteriores, no importan. Lo que se aprecia es lo interior: he de juzgar la vida como la juzgaba Cristo; debo cumplir los mandamientos dados por Él; debo evitar lo que Él prohibió; así seré imitador de Cristo, así seré "otro Cristo"; aunque las circunstancias de mi vida, mi modo de vestir, mi campo de acción, sean completamente distintos de los de Jesucristo.

Así reza el joven que sigue de veras a Cristo: "Señor mío, Jesucristo, si mis ojos quisieran mirar cosas inmorales, ciérralos. Si mis labios van a pronunciar palabras inmorales, séllalos. Si mis pensamientos se descarrían y caen en pecado, córtalos. Señor, no permitas que me aleje de Ti un solo paso."

Tal es el joven que con fervor quiere imitar a Cristo.

En los Estados Unidos hay unos muchos millones de habitantes; la mayoría de las familias tienen uno o dos automóviles. Allí lo difícil no es comprar un auto, sino pararlo. Debido al número exorbitante de coches, si éstos se parasen, se cortaría el tráfico en las grandes ciudades.

Por las calles se ven a cada paso letreros como éste: *No parking here*, "aquí no es lícito pararse". Si se quiere bajar del auto en un punto dado, o en sus inmediaciones, algunas veces hay que rodear durante un cuarto de hora para descubrir un sitio donde sea lícito pararse.

No parking here..., aquí no es lícito pararse. Así resuena también a cada momento el aviso del Señor. Por más que te sonría la fortuna, por mucho que te soliciten el cuerpo, el instinto, la fiebre del dinero, los placeres..., *no parking here, no te es lícito pararte*, *es preciso que no te apegues a esta vida terrena*. Alerta: si te detienes en el dinero o en los placeres, no encontrarás el medio que pueda llevarte a la vida eterna.

La cultura profundamente religiosa de la Edad Media brotó a la sombra de las catedrales góticas; era lo natural. ¿Entonces... será necesario retroceder a la Edad Media? No; es otro el deber que nos incumbe: *hemos de hacer brotar una nueva cultura religiosa en consonancia con la época que nos ha tocado vivir*.

Sé hombre de tu siglo, aprovecha los inventos tecnológicos, haz una carrera universitaria, cultiva el arte... Está bien..., pero no olvides una cosa: *no parking here*, *aquí no está la estación final*, tu dios no es la técnica, ni la ciencia, ni el arte, ni los goces, sino que *tu Señor soberano sigue siendo el Dios uno y verdadero*.

Mostremos a todos con toda nuestra vida que nosotros sabemos ser hombres modernos y, además, católicos de corazón; que nuestra vida sabe compaginar los Diez Mandamientos con los estudios universitarios y la actividad social o política.

¿A qué proseguir?... Es preciso demostrar al mundo no hay nada más actual que ser cristiano: "El que quiera venir en pos de Mí... sígame."

En pos de San Emerico.

El primer príncipe real de Hungría, San Emerico, nos muestra de un elocuente modo el camino de la imitación de Cristo. Pon tu mano en la suya, acerca tu alma a su alma fervorosa y sigue juntamente con él a Cristo. Ojalá todos los jóvenes pisasen las huellas de San Emerico.

¿Quién era San Emerico? Un joven que ya desde su bautismo, tan pronto como pudo darse cuenta del altísimo destino señalado por Dios a su criatura humana, no quiso tener más ideal que aquel hermosísimo concretado en las siguientes palabras de Jesús: *Aprended de Mí... Seguidme*. Es decir, copiad, modelad en vuestro espíritu el ideal de humana perfección que soy yo para vosotros en el mundo.

San Emerico no vivió más que veinticuatro años, y a pesar de ello atesoró más méritos, realizó una obra más extensa que muchos de los hombres que alcanzan los ochenta. Fue paladín heroico, esforzado guerrero del alma.

—“¿Héroe? ¿Cómo pudo serlo, si nunca tomó parte en la guerra? Si hubiera desenvainado la espada contra los paganos, contra los enemigos, entonces sí que hubiera sido un héroe. Pero así, ¿cómo pudo serlo...?”

—Pero ¿quién afirma que San Emerico nunca tomó parte en la guerra? No sirvió tal vez en una pieza de artillería, no esgrimió la espada, no militó contra los turcos, no atacó a los tártaros; pero... luchó, militó, guerreó con un enemigo mucho más temible que todos éstos. Luchó no un año solo, sino hasta la muerte... consigo mismo.

Si un hombre vence al enemigo realiza una proeza; pero mucho más digno de aprecio es *aquel que haya vencido una tendencia desordenada de su corazón*. Si un guerrero ahuyenta sus enemigos y liberta su patria realiza una hazaña; pero yo tengo en más estima el valor de aquel que desbarata y aleja los pensamientos frívolos e inmorales. Es de mucho brillo hacer prisioneros en la guerra; pero vale mucho más frenar una sola vez la lengua, y al recibir un empujón o ser objeto de burla, cuando la respuesta violenta está para brotar de los labios..., decir: “No, no voy a ser grosero”.

Si el soldado triunfa en la guerra, es héroe; pero es mucho más heroico quien sabe *vencerse a sí mismo*; aquel en quien impera el alma, aquel que sabe mandar a su cuerpo, aquel que al volver, por ejemplo, del juego, muerto de sed, y ver un vaso de agua sobre la mesa, dice: “No; esperemos antes un cuarto de hora”.

Es heroico el que, al despertarse por la mañana, siente el frío de la habitación, y al oír una voz que le invita a quedarse un ratito más en la cama caliente, sabe contestar decidido: “No; a levantarme... y vestirme; no quiero ser holgazán”.

Es héroe quien al pasar por delante de una confitería y sentir que suena en su bolsillo las monedas recibidas para el día de su santo dice:

“No; a ver si sé dominarme”, y da su dinero a un pobre. Sí, es héroe; en su presencia yo me descubro.

Luchar contra nosotros mismos es la mayor de las luchas; vencernos a nosotros mismos es la mayor de las victorias.

Y ahí tienes lo que puedes aprender de San Emerico: *la victoria sobre tu propio yo*. San Emerico no murió en el campo de batalla; pero vivió con heroísmo, prosaico a veces, y esto es más difícil. No estuvo en un frente de combate; pero las palmas más hermosas de la victoria no siempre brotan en el campo de batalla, sino en el campo donde pelea el alma. En esta lucha espiritual es donde los jóvenes deben escoger por jefe a San Emerico.

Los jóvenes modernos probablemente no tendrán que luchar contra los turcos; pero todos, jóvenes y hombres maduros, estamos obligados a luchar contra las malas inclinaciones, que quieren esclavizarnos el alma, y sentar en ella sus reales. Hay que luchar contra las tendencias que inducen al pecado, que nos inspiran una mentira para salir del paso, una blasfemia si alguien nos hiere.

Pongamos fieles guardas a nuestros ojos y oídos para que nada penetre por ellos que pueda mancillar la pureza del alma; pongamos frenos a nuestro espíritu y así no volará nunca por regiones de donde caiga con sus alas, antes blancas, ennegrecidas por el lodo de malsanos pensamientos.

Quiero ser santo

No creas que San Emerico no tuvo que luchar contra sí mismo. No digas: “Para él era fácil; pero ¡yo soy tan fogoso! ¡Tengo un temperamento tan colérico; no puedo refrenar mi sangre ni mis deseos! ¿Cómo podré vencer yo con tales disposiciones...?”

No. San Emerico tenía un alma y un cuerpo semejantes a los que tú tienes. Su corazón latía del mismo modo que cualquier corazón, su sangre era semejante a la tuya. También él hubiera podido mentir, también hubiera podido montar en cólera, manchar con pensamientos, palabras y actos inmorales la cándida blancura de su alma; pero él era héroe, porque supo mandarse a sí mismo de esta manera: *No he de cometer pecado; cueste lo que costare, no me mancharán las culpas*. Y no fue pecador.

Trata tú también de tener esta santidad. ¿Tengo que ser santo? Se asustan muchos jóvenes de sólo oír esta palabra. ¿De modo que ahora tendré que renunciar a todas mis alegrías? ¿No me permitirán jugar, reír a carcajadas? ¿No podré divertirme? Basta, basta.

¿Quién te dijo que en esto consiste la santidad? ¿Quién te dijo que no es lícito estar alegre y contento? Puedes alegrarte, puedes estar contento, puedes divertirte, puedes hacerlo todo..., menos el pecado.

Si nosotros nos alegramos como la mariposa en el sol de mayo, Dios bendice nuestro gozo. Si cantamos como las alondras, Dios encuentra en ello complacencia. Pero hemos de ofrecer a Dios todo cuanto hagamos, hablemos, pensemos; los mismos juegos y diversiones; todo es necesario hacerlo por Dios, y entonces cada una de nuestras obras se trocará en oración, y nuestra vida será semejante a la de San Emerico.

Tal es el camino de la santidad: *todo por Dios*. Siempre que te pones a estudiar la trigonometría y al empezar “sen α cos β + cos α + sen β”... piensas: “Señor, lo estudio ahora porque Tú me lo mandas; yo estudio por Ti”, tu estudio será también oración.

Si coges la gramática francesa y empiezas: *Je vais, tu vas, il va, nous avons, vous allez, ils vont...*, y piensas: “Señor, yo estudio ahora porque Tú lo quieres así; Señor, lo hago para mayor gloria tuya”, entonces tu estudio de francés será para ti también una plegaria.

Si vas al campo de fútbol y empiezas a dar patadas al balón, o te ejercitas en la carrera y corres como la liebre, o con el patín en los pies vuelas como un pájaro, y dices para tus adentros: “Señor, Tú quieres que cuidemos también de nuestro cuerpo; yo juego, corro, patino por Ti”, entonces el juego, el fútbol, el patinar, no dejarán de ser al mismo tiempo una oración.

Evita, evita el pecado. Y así, en tus ojos se reflejará un alma pura que odia el pecado, un alma noble amadora de Cristo, un alma gemela de la de San Emerico.

Almas a las que les espera un risueño porvenir.

“Como ovejas en medio de lobos”

“Mirad que os envío como ovejas en medio de lobos” (Mt 10,16). Jesucristo dirigió estas palabras propiamente a sus apóstoles, para que conquistasen con bondad y mansedumbre sencilla el mundo que vive a

espaldas de Dios; pero en cierto sentido las palabras van enderezadas también a nosotros: el que quiera tener una vida según Cristo, pronto sentirá cómo le acomete la manada de lobos de sus propias pasiones y de aquellos hombres que son enemigos de Dios.

En el camino que conduce a Cristo te acometerán primero *tus propias pasiones*, los bajos instintos de la naturaleza caída, y saltarán como lobos.

De seguro habrá echado de ver en tu interior las dos fuerzas contrarias, la lucha del bien y del mal, lucha que un niño expresó con esta pregunta graciosa y profunda como pocas: “Padre, ¿cómo es tan bueno el ser malo y tan malo el ser bueno?” Aquel niño sintió lo que sienten en un grado mucho más intenso los adolescentes: la pelea intestina de la naturaleza humana.

Sabemos lo que es justo, nos gusta la belleza, lo ideal, lo noble; pero hay en nosotros un peso de plomo que nos inclina hacia abajo, hacia el pecado. “Caso curioso lo que me pasa. Aborrezco el pecado... y estoy cayendo en él a cada instante.” ¡Cuántas veces oímos estas o semejantes quejas de labios de muchachos con buena voluntad, que libran duro combate contra sus instintos!

¿Sabes lo que te pasa? La propensión a lo malo, que, debido al pecado original, alienta dentro de nosotros, se solivianta y enfurece como lobo hambriento. El Señor lo predijo: *El que me siga con fidelidad tendrá una vida dura*. Le señaló un magnífico ideal, le prometió un galardón sublime...; pero tiene que luchar duramente para lograrlos. No obstante, tú, hijo mío, no te amilanes: ata cortito a ese lobo y ya no podrá morderte.

Mas para muchos jóvenes es un peligro mayor que los propios instintos *la manada de lobos de los malos compañeros, de los malos amigos*.

Jóvenes hay que saben poner orden con mano dura en los caprichos desenfrenados de sus propios instintos; pero que llegan a traicionar sus principios y negar sus ideales al sentir los zarpazos de otros lobos hambrientos, los escarnios de compañeros frívolos y burlones y la zapa sorda de amigos que viven al margen de la moral.

Joven, alerta; evita cuanto puedas a los “lobos”: aquellos que hablan groseramente, que de todo dudan, que menosprecian toda autoridad. Pero si no puedes evitarlos por completo —porque la clase, en la academia, en el taller, en el deporte y al volver a casa, por la calle, nos vemos obligados no pocas veces a dar con ellos—, redobla tu cuidado;

además de no aullar con los lobos, tampoco puedes mirar en silencio su obra destructora.

El vicio ya de por sí tiene muchísimos aliados: la calle, las películas, los malos libros, los propios instintos desordenados, los compañeros corrompidos... Alístate tú entre los ministros del bien, y ten hombría para levantar la voz por la causa de Cristo aun en medio de lobos... Más todavía: sufre si es necesario... por Jesucristo.

¡Señor: concédeme que sea magnánimo contigo, y que te sea fiel aun en las situaciones más críticas; que luche con denuedo y no sucumba por las heridas; que trabaje mucho sin pensar en el descanso; que no tenga mayor galardón en la vida sino el de saber que aun en medio de lobos logré ser oveja y cumplir siempre tu santa voluntad...!

“Prudentes como serpientes”

“Habéis de ser prudentes como serpientes y sencillos como palomas” (Mt 10,16).

La imitación de Cristo no significa cortedad ni falta de bríos para la vida; y una vida según Cristo puede compaginarse muy bien con la cultura más científica, con un hábil espíritu de negocios, con una recta libertad de movimientos y con modales juveniles y atrayentes.

JESUCRISTO no amonestaba tan sólo a sus discípulos diciéndoles: *Sed sencillos como palomas,* sino añadía:... y *prudentes como serpientes*.

Cualquier tomo que leas de mi colección de juventud verás cómo el ideal mío es justamente la juventud sencilla como la paloma, prudente como la serpiente, es decir, *la juventud que sigue las huellas de Jesucristo, pero que con todo sabe ser alegre, diligente, avispada, atenta, que sirve para la vida*.

Mi ideal es el joven que tiene siempre salida para los problemas del mundo, que no pierde la cabeza en las situaciones más peliagudas, que avanza por el camino real de la existencia confiado, con buen humor y con trabajo constante; pero, que no pierde por eso de vista un solo momento el objetivo único, verdadero, santo; más allá de todos los obstáculos, trabajos, luchas y desengaños, al final del camino ve a Jesucristo que le aguarda, y a Él —cueste lo que costare— es necesario llegar.

Uno de los pasatiempos predilectos de los *scouts* es la “carrera de obstáculos de los centinelas”. El grupo de centinelas, que consta de siete u

ocho miembros, recibe la orden: “Los centinelas del enemigo han aprisionado a nuestro mensajero, que nos traía un gran tesoro; sólo después de una sangrienta lucha lograron atarle, encerrándole en una cueva. A trescientos metros de aquí se ven las primeras huellas de sangre por el bosque. Allí recibiréis nuevas indicaciones para proceder a su liberación.”

Empieza la campaña, interesante a más no poder. El grupo de centinelas emprende su camino por el bosque... A unos trescientos metros encuentran hojas esparcidas por el suelo que significan huellas de sangre. ¡Ojo! ¿Qué es aquello? 8—>. Significa que a ocho pasos hacia la derecha hay escondida una carta. La encuentran realmente al pie de un árbol. La abren. Allí está el recado del mensajero preso.

“Escribo estas líneas mientras comen mis guardianes. Sólo esto conozco de sus planes: cuentan llevarme por una ladera en dirección norte-nordeste; después tendremos que pasar por un profundo barranco; una vez que lo hayamos atravesado quemarán el puente. Venid aprisa.”

El grupo se pone de nuevo en camino. Norte-nordeste. Ahí está el barranco. Pero ¿cómo pasar ahora? Con cuerdas hacen en un momento un puente y... ¡adelante!, a perseguir al enemigo.

A la otra orilla del barranco el camino está cerrado por una cuerda y hay una carta colgada de él: “¡Alerta! Cable de alta tensión. ¡Venid! ¡Aprisa!” Saltan los mayores por encima del cable, y después, levantando en vilo a los más pequeños, los pasan de una parte a la otra.

¡Adelante!, a seguir las huellas de sangre. Cuatro o cinco nuevos obstáculos. Después una carta. La abren. Puntos y rayas sin ton ni son, “¡Ah! —exclama uno de los exploradores—. Ya veo el secreto; está escrita con abecedario Morse.”

Empiezan a deletrearla, sin descubrir su sentido. Los más entendidos en el abecedario Morse sudan tinta. En vano.

Por fin exclama uno: “Claro. Está en latín; por esto no lo hemos entendido en seguida.” Ahora ya no cuesta leerla. *Maximum silentium. Meate triginta passsus. Custodes dormiunt. Venite! Properate*. Es decir: Silencio completo. Andad treinta pasos. Los guardianes duermen. Venid. Aprisa. El grupo se despliega en larga fila y con atención muda describe un círculo.

¡Ahí está! Uno de los muchachos descubrió a los guardias dormidos; todos acuden y los atan, mientras que sueltan las ataduras del mensajero cautivo. Acaba el juego. Se procede al juicio. El grupo de centinelas se

pone en fila para oír el fallo del capitán, que ha seguido con atención el juego y notado todas las irregularidades, como todos los percances.

Pues bien: la vida humana viene a ser también una carrera de obstáculos. Al final del camino nos espera Cristo; pero la senda que conduce a Él es ardua, empinada, llena de espinas, de precipicios y de obstáculos. La hace más ardua todavía el peso agobiador de la naturaleza humana, tan propensa al pecado.

Le vienen las espinas del áspero dominio de nosotros mismos, los precipicios son los pecados, los obstáculos las mil y mil preocupaciones del sustento, y, no obstante, es preciso encontrar salida en todas las circunstancias, y proseguir tu camino siempre, sin desalentarte; adelante, siempre adelante, allá donde aguarda Cristo. Ni el cansancio te agote, ni las espinas te detengan; evita el precipicio, trata de no tropezar con los obstáculos..., y al final, allí tienes a Cristo. *Habéis de ser prudentes como serpientes y sencillos como palomas.*

Luchar con prudencia

Siempre, ahora y más tarde, pero de un modo peculiar en los años de tu adolescencia, sentirás cuánto tienes que luchar contra tus propios instintos desordenados. Pero nunca desesperes. Es el mismo Señor quien dijo que habrá de luchar mucho el que quiera seguirle a Él. Mas aprende a *luchar con prudencia*.

No pongas en olvido que eres hombre; hombre compuesto de cuerpo y alma. Hay en tu naturaleza instintos briosos. Y uno de los principales es el instinto de la procreación, es decir, el sexo. Por tanto, cuando éste deje de oír su voz en tu interior, si despierta deseos o pensamientos, no por eso debes asustarte ni desalentarte.

Justamente suelen ser los jóvenes mejores los que se quejan de esta manera: No quiero pensar, y con todo me vienen pensamientos. Quisiera odiar de todo corazón estas cosas y, sin embargo, parece que allá dentro de mí me gustan. Quisiera no imaginarlas jamás, y a pesar de todo cien veces al día se me presentan tales imaginaciones. ¿Es que soy tan malo?...

¡Cómo vas a ser malo, estimado joven! Eres hombre, y basta. No eres ángel y por esto no puedes lograr que no saque su cabeza el instinto.

Aún más: ¿te parece que en secreto hasta te gustan estas cosas? ¿Y que hasta las cometerías si fuera lícito? También es verdad. Los médicos

prohíben al diabético el azúcar. Y el enfermo prudente se abstiene. Pero ¿podrá decir por eso que el azúcar ni es dulce ni le gusta?

No está obligado a decir tal cosa, porque de hacerlo mentiría. Algo semejante sucede con el instinto sexual. Notarás un día con espanto cuánto gustarían ciertas cosas a tu naturaleza, cuánto quisieras hacerlas. Pero dices: No importa; Dios las prohíbe; *entonces, ¡no y no!*

"Sí —me dice algún joven—; durante el día logro distraerme; pero por la noche, cuando en la cama no logro conciliar el sueño, o cuando me despierto más tarde, entonces me asaltan las tentaciones. ¿Qué debo hacer entonces? ¡No voy a saltar de la cama a esas horas!"

Muy bien lo sé, son éstos los momentos más difíciles de la lucha. Pero aun entonces es preciso vencer. La regla principal es: no asustarse. Antes de todo procura rezar, y acaso llegues a dormirte mientras rezas. En estos casos no importa que te duermas durante el rezo.

Puede ser que tal cosa no sea suficiente, que no te ayude, porque la tentación hace presa en tu alma y no te suelta. Entonces busca en tus pensamientos tu juego favorito, o algún otro pasatiempo predilecto, y procura pintarlos con todos los pormenores.

Pongamos, por ejemplo, que te gusta jugar al fútbol. Forma, pues, en pensamientos, los dos equipos. Contigo estarán Juan, Esteban, Pedro...; en el otro equipo Carlos, José Gedeón... Así... Ahora se alinean los dos equipos. Tú eres el delantero centro.

Suena el pito... Vuela la pelota... El medio centro pasa de cabeza al delantero centro, que manda el balón al extremo izquierda. Este se precipita con él; pero le hace salir fuera. El medio derecha efectúa el saque, que el extremo derecha tira a *corner*. El extremo izquierda saca el comer y manda el balón bien colocado delante del medio centro, que avanza unos pasos; pero en el área de *penalty* le dan una zancadilla.

El árbitro toca *penalty*. El juez de línea hace una señal indicando que el comer ha sido contra reglamento. El portero denuncia un *fuera de juego*. El árbitro se mantiene inexorable. El delantero centro se prepara para tirar el *penalty*; el portero se repliega para saltar luego como un tigre. ¡Chut! ¡Gol! ¡Gool!...

Intenta jugar así durante ocho o diez minutos a solas, en la noche oscura, y verás: los pensamientos que te torturan no resistirán este divertido juego y se quedarán atrás.

También puedes distraerte pensando en que estás en la cima de una inmensa chimenea de una fábrica y se desata un huracán de verano. Va a

arrancarte de allí, como una hoja seca y... Hay que bajar por aquellos trescientos clavos de hierro que hay fijados en el exterior de la chimenea.

Adelante, empieza... Deprisita: 300-299-298-297... Ahora sopla un recio vendaval; agárrate fuerte... 296-295-294... Empiezan a caer unas gotas... 293-292-291... Abajo, abajo, hasta el pie de la chimenea. Verás cómo antes de llegar a la base te has dormido. ¿Dónde se metieron las tentaciones atormentadoras? Se las llevó el huracán.

Es así como *se lucha con prudencia*. "Habéis de ser prudentes como serpientes."

Otro punto: cómo se ha de contestar con prudencia a los tentadores.

Hay jóvenes maliciosos que apelan a todos los medios para corromper a sus compañeros puros: —¿No te atreves a hacer esto? Pues no puedes imaginarte el placer que produce. Aquel que no lo ha probado no sabe lo que es la vida. Eres un tonto. De nada se puede hablar contigo... Hola. Adiós, ¡niño ingenuo!

Alerta,- hijo, porque tal modo de hablar es burla que duele mucho y corta siempre en la carne viva. "¿Niño ingenuo?" Nadie quiere serlo, Pero ¿qué puedes replicar?

Responde así al tentador: "Razón tienes en esto; que el que lleva una vida pura no tendrá el placer de ciertos experimentos, no conocerá el momento lleno de excitación y embriaguez del pecado ni el desaliento y hastío que lo sigue. Pero, en cambio, tendré como compensación otras satisfacciones mucho más valiosas; sentiré la alegría sana del propio dominio, el señorío absoluto sobre mí."

El pecado de la impureza es como el rayo repentino: deslumbra, da vértigo, obceca, para dejar en pos de sí una profunda oscuridad; la vida pura es una luz cálida, vital, bienhechora; es un gozo suave, lleno de bendiciones; es una alegría constructora. Al que nunca estuvo enfermo también le faltan cosas que probar: no sabe qué siente el hombre cuando está enfermo. Pero todos renunciamos gustosos a tal experiencia, con tal de estar sanos.

Tú has renunciado a la experiencia de la vida pura, yo renuncio a la del pecado. Así es que... estamos iguales. Tú tienes tu experiencia y yo la mía, incomparablemente más valiosa. *Yo me hago más hombre más hombre; y tú, hombre más animal. He ahí la gran diferencia.*

Ahí tienes la aplicación moderna de las palabras del Señor: "Habéis de ser prudentes como serpientes."

“Sencillos como palomas”

Es un hecho consolador y motivo de alegría profunda que hoy la vida espiritual de bastantes jóvenes es mucho más profunda y su religiosidad más sólida. A pesar de que pesa sobre el mundo, como una losa de hielo, la indiferencia religiosa, surgen diferentes grupos y movimientos apostólicos; por esto es exuberante la vida religiosa en el alma de muchos jóvenes.

Pero hemos de consignar también un hecho doloroso: la ausencia de práctica religiosa de muchos hogares. Muchos jóvenes me dicen con gran pena: “Padre, en mi casa nadie reza.”

“¿La confesión? Mi padre no se ha confesado desde su boda. Y no se pronuncia en casa una sola palabra de religión; no se habla de Dios. Esto me duele atrozmente. ¿Qué podría yo hacer?...”

Fíjate en el consejo que da el SEÑOR para estos delicados trances: *Sé prudente como la serpiente y sencillo como la paloma*. Sé muy bien que tú quisieras cambiar las cosas de casa. Sé que tu mayor satisfacción sería ver que tu padre fuese a confesar cuando vas tú, y que tu madre rezara. Pero, ¡alerta!, no fuerces nada. No te precipites. No podrás ganarlos más que con “prudencia” y “sencillez”, es decir, con mansedumbre. ¿Cuándo? ¿Quién sabe? Acaso sólo dentro de algunos años. Acaso después de muchos lustros. Pero no importa.

No desmayes en tu vida espiritual —oración, misa, comunión frecuente, amor entrañable a Dios—, aun cuando los tuyos no te alienten; todavía más, aunque te den ejemplo de lo contrario. Además, en tu obra evangelizadora no seas impaciente ni faltes al respeto que debes a tus padres y hermanos mayores.

¿Qué has de hacer para enfervorizar a las almas frías? Sé tú sinceramente religioso y al mismo tiempo muy amable, atento con tus padres, obediente. Cumple siempre sus más leves deseos. Y con alegría. Con alegría bulliciosa.

Cuando en la noche de Navidad, o al llegar de la clase con buenas notas, o el día del santo de tu padre sientes cierta emoción en el ambiente y notas que su corazón está conmovido, insinúate entonces, diciendo que toda la bondad y amabilidad que hay en ti, el amor filial que arde en tu pecho... la suavidad de tu alma, todo, todo lo debes a Nuestro Señor Jesucristo; que si no amaras tan acentuadamente a Dios, si no tuvieras un espíritu tan profundamente religioso, no sería tan dulce tu carácter, no rebosarías tanto de alegría...

Sí, estimado joven: tu propia alma tiene que ser argumento de la gracia y de la fuerza que da para toda lucha una vida religiosa de veras; casi diría: *has de ser a los ojos de tu padre reclamo de Jesucristo y de una vida verdaderamente cristiana*... Así llegará un día en que notes con el corazón conmovido cómo se va derritiendo en aquellas almas la corteza de hielo y cómo empiezan a interesarse de nuevo por las cuestiones religiosas.

Acaso ya recen en secreto por ti... Y tu padre se arrodillará de nuevo en el confesonario. Esto será el dulce galardón de tu prudencia y de tu mansa sencillez. "Habéis de ser prudentes como serpientes y sencillos como palomas."

"Mis palabras no pasarán"

Una noche silenciosa, en nuestro campamento de *scouts*, mis dos compañeros de guardia se durmieron...

Meditaba yo a solas, junto al fuego, en la oscuridad... Noche silenciosa, estrellada... A mi espalda, el campamento sumido en sueño. Delante de mí, a diestra y siniestra, bosque... y más bosque... Sobre mi cabeza, la multitud innumerable de las estrellas...

El pequeño globo terráqueo hace millares y millares de años que va rodando entre las estrellas. ¿Adónde va la Tierra y todo el mundo sideral? Nadie lo sabe entre los hijos de los hombres.

¡Qué fuerzas se agitan en aquellos lejanos cuerpos siderales y empujan y sostienen el universo! Innumerables y brillantes estrellas que hay encima de mi cabeza... Hace mil o dos mil años que los pueblos bárbaros vieron de la misma manera, y acaso desde el mismo punto que yo ahora, la bóveda celestial, cuando por la noche descansaban delante de sus tiendas.

El primer hombre que levantó sus ojos al cielo ya lo vio de esta manera. ¡Qué precisión! ¡Qué fuerza! ¡Qué orden! Y ¿no es esto bastante para otorgar a este mundo el privilegio de la eternidad?

¡No, no! Suenan en mis oídos las palabras del SEÑOR: *"El cielo y la tierra pasarán; pero mis palabras no pasarán"* (Lc 21,33).

Mis ojos bajan de la bóveda celeste y se fijan en la tierra. También ésta pasará... Allá lejos, muy lejos, allá abajo, en el horizonte, hay como una faja de suave claridad... Las luces de una ciudad dormida.

¡Cómo edifica, cómo trabaja el hombre laborioso! Levanta torres de piedra y rascacielos de hierro; inventos y progreso de la técnica...; trabajo incesante y agitado desde que amanece hasta las altas horas de la noche... ¿Todo esto habrá de acabar un día? Sí; lo ha dicho el Señor.

Vendrá un día en que se levantará el sol, pero no habrá nadie que marche a su trabajo; no habrá ojos humanos que se abran en éxtasis ante las creaciones del arte... "Cielo y tierra pasarán."

El sentimiento de mi propia pequeñez me conmueve y me hace estremecer hasta la médula de los huesos. "¿Y soy yo quien suelo ufanarme?" ¿Soy yo el hombre deslumbrado por su propia "grandeza", que sueña con "gloria inmortal", con una "fama imperecedera"?

Mas si en este mundo todo pasa, las palabras de Cristo no pasarán.

El testimonio de dos mil años aboga por esta verdad. Desde que Nuestro Salvador pronunció estas admirables palabras, ¡cuántas veces salió de sus quicios el eje de la historia humana, cuántas naciones han perecido, cuántas dinastías se extinguieron, cuántos imperios surgieron y se pulverizaron, cuántos célebres filósofos propusieron sus enseñanzas y fueron relegados al olvido...! Tan sólo las palabras de Jesucristo siguen resonando aún hoy con la misma fuerza que al oírse por vez primera: como si fueran de ayer.

Todo, todo cambia; en unas pocas centurias, ¡qué trastornos zarandean al mundo!; pero las palabras de Cristo viven aún después de dos mil arios y de ellas brota una vida pujante y heroica.

GÁRDONYI lo dice con galanura en una poesía sobre las Sagradas Letras: "Todo palidece, todo se deteriora; el palacio de mármol se derrumba, el manto de púrpura se deshilacha en harapos, todas las glorias terrenas pasan como el humo. Tan sólo este libro no se trueca en polvo, como si tuviese un alma celestial. Este libro es la zarza de Moisés: el corazón de Dios late en él. Este libro es el libro de los libros, la perla preciosa del pobre, rocío celestial para los afligidos, luz para el ciego. Es el camino de oro de la sabiduría: bienaventurado el que lo encuentra. Es fuente para las almas sedientas; a su vera está Cristo con el vaso en la mano para dar a beber."

Si cursas ya los últimos años de segunda enseñanza o secundaria, habrás oído rumores por lo menos de la filosofía de Kant; sus ideas causaron verdadera revolución en los dominios de la filosofía. Y he ahí que Kant hubo de ver, ya durante su vida, cómo le abandonaban sus

discípulos para alistarse, en nombre del progreso, bajo la bandera de Fichte.

La gloria de Fichte tampoco fue duradera; aún vivía cuando la nueva generación juraba ya por el nombre de Hegel. La filosofía de Hegel fue derrotada por la de Schelling, y la de éste sustituida por la de Schleiermacher; después vino Schopenhauer, Hartmann... He ahí cómo las enseñanzas de los espíritus próceres no sobreviven a sus autores. Pero las palabras de Cristo ya hace dos mil años que están en pie.

Todo cambia en este mundo: las palabras de Cristo no cambian. Todos los solios se desploman; el trono de San Pedro queda enhiesto hasta la consumación de los tiempos.

Todo reino crece, se desarrolla, después perece; pero el reino de Cristo, su Iglesia, no muere. "El cielo y la tierra pasarán, pero mis palabras no pasarán." Me parece oírlas como un eco inextinguible.

¡Y yo también soy hijo de este Cristo victorioso! Un gozo sin límites inunda mi alma con este pensamiento y miro con misteriosa emoción las estrellas que parpadean. ¡Estrellas!, vosotras también os extinguiréis un día. ¡Centelleantes estrellas!, llegará un día en que se apagará vuestra luz. Pero mi alma vivirá todavía entonces.

Quiero vivir de tal suerte que mi alma sea digna de brillar para siempre ante el acatamiento de Dios. El cielo y la tierra pasarán, pero las almas que siguen las palabras de Cristo, estos templos vivientes del Dios eterno, no perecerán...

Una suave brisa murmura entre el follaje de los árboles... Y a mis pies duermen tranquilamente los dos pequeños compañeros...

Templo viviente

"El *que me ame, observará mi doctrina; y mi Padre le amará, y vendremos a él, y haremos morada dentro de él"* (Jn 14,23).

Según la enseñanza de Jesucristo, el alma de cada hombre, si está libre de pecado, *es templo viviente del Dios eterno*. Sólo el pensarlo nos estremece, y al describirlo, tiembla la pluma. Yo, criatura terrena, débil, frágil; yo, estudiante desconocido en mi propia región, en la misma ciudad en que vivo... ¡yo soy templo viviente del Dios todopoderoso! Lo enseñan sin rodeos las palabras citadas del Señor.

Quiere Dios entrar en mi alma y hacer allí su morada. Esto es para mí, no una mera distinción, sino que al mismo tiempo me impone obligaciones de graves consecuencias.

Medita un poco estas consecuencias.

En el templo todo debe ser limpio, debe estar todo en orden. ¡Qué limpieza y orden han de reinar también en el templo de tu alma! El ojo del Dios que todo lo ve no tiene que descubrir en él la más leve telaraña, rincones cubiertos de polvo, inmundicias ni escombros.,

En el templo resuena el órgano con armoniosos acordes y pregona la gloria de Dios. En tu pequeño templo lanza el órgano torrentes armoniosos de oraciones; las plegarias hechas con fervor y confianza, toda tu vida, que parece un solo y continuo rezo, son los cánticos de alabanza entonados para gloria de Dios.

En la torre del templo tocan las campanas y convocan a los hombres para las divinas alabanzas. Tu vida ejemplar, tus ojos inundados de alegría, tu alma pura como la nieve, han de ser las campanas del Señor, para que otros, puestos en contacto con el fuego de tu piedad, también se lancen al servicio del Altísimo.

En el templo arden los cirios y disipan las tinieblas. Tu fe viva sea también antorcha que ilumine, para ti y para los otros, el camino que conduce a Cristo.

En el templo lo más honrado es el altar; y en éste, la Hostia y Jesucristo que mora en ella. Sin la Hostia consagrada es incompleto el templo, está vacío, le falta algo. El Señor imprimió en el alma rasgos de su santo rostro. El pecado deforma esta imagen. El tesoro sin par, insustituible, de tu templo, ha de ser el rostro de Cristo; en el interior del templo, hermoseado por la gracia santificante, ha de morar siempre Nuestro Señor.

Por nada del mundo permitas que se borre de ti tal imagen. Y procura dar vida a este pensamiento: *mi alma es templo de Dios, y en su altar está siempre presente Jesucristo*.

Hay otra verdad que debes conocer, sentir y vivir: que Cristo está junto a ti, no sólo en la iglesia, sino también en el campo de fútbol, en la clase, en la excursión. Está contigo cuando resuelves el problema de álgebra. Está contigo cuando te paseas por el bosque o por el campo bajo los rayos del sol o cuando vas trepando con gran fatiga por las rocas.

Es Él quien acaricia tu cabeza entre sus manos y te conforta cuando luchas en las múltiples tempestades de tu adolescencia. Tiene la misma

edad que tú. Te comprende. Si estás triste, te besa en el corazón; cuando los demás te desconocen, Él está completamente contigo; si le guardas fidelidad, Él nunca te abandona.

Todo esto significa la frase sublime: *Soy templo vivo de Dios*.



Los ojos de Cristo

Por los ojos del hombre podemos penetrar en su interior. Son los ojos el espejo y la ventana del alma. Expresan ira o cariño, están tristes o alegres, saben llorar y reír.

¿Cómo eran los ojos del Señor? En las páginas del Evangelio encontramos pasajes que hablan de la mirada, severa, compasiva, amorosa y alentadora de Jesucristo.

1. La mirada severa de Cristo.

Cuando expulsó a los mercaderes del Templo..., cuando fustigaba la hipocresía de los fariseos...

Un día de sábado curó el Señor a un hombre que tenía seca la mano (Mc 3,1-6). Se escandalizaron los fariseos de que infringiera el descanso del sábado. El Señor les contestó; pero el orgullo loco de aquellos hombres no quiso doblegarse. Entonces —cuenta el Evangelio— la mirada de Jesús resplandeció de indignación, de ira, y los fariseos, como jauría de perros al recibir latigazos, se apartaron de la mirada relampagueante del Señor.

Señor, Señor, ¡tus ojos divinos encendidos en ira! Todo lo ves...; también me ves a mí en todos los momentos... Me ves cuando junto al escritorio estudio la lección. Me ves cuando estoy solo en casa..., cuando descanso en mi lecho durante la noche silenciosa..., cuando me divierto en compañía de los amigos..., siempre...

¡Oh, Jesús! ¿Tu mirada no se tiñe a veces de tristeza cuando me contemplas? Aún más, ¿no brilla de ira, cuando ves alguna de mis obras o

escuchas ciertas palabras de mis labios? Concédeme, Señor, la gracia de no ser jamás causa de tu indignación.

2. La mirada compasiva de Cristo.

SAN PEDRO promete al Señor con ardoroso entusiasmo, y dispuesto al sacrificio:

“Aun cuando todos se escandalicen por tu causa, nunca jamás me escandalizaré yo” (Mt 26,33). *“Señor, yo estoy pronto a ir contigo a la cárcel y aun a la muerte”* (Lc 22,33).

Y, sin embargo..., la misma noche renegó del Señor. ¡Y de qué manera! ¿Hubo en el mundo negación más cobarde? Y el Señor no le apartó de sí. Sale de Anás... arde todavía en sus mejillas el vil bofetón... y ya mira un momento a Pedro que llora su pecado: *“Y volviéndose el Señor miró a Pedro”* (Lc 22,61). ¡Cómo debió de ser aquélla! Una mirada compasiva, llena de perdón.

Joven: es posible que tú también hayas de llorar pecados como el de San Pedro, o acaso mayores. Puede ser que hayas caído, no tres, sino innumerables veces; pero ¿sabes arrepentirte de tus pecados con tanta contrición como lo hizo el Príncipe de los Apóstoles?

Imagínate este cuadro: el Señor te atrae a su pecho con suave ternura y te contempla con una mirada llena de perdón..., si tú sabes decirle con toda sinceridad: Señor mío, he pecado..., he sido un hijo ingrato..., pero me duele, no lo volveré a hacer... nunca más.

3. La mirada amorosa de Cristo.

Llega un joven de carácter fogoso, se arrodilla en la presencia del Señor y le pregunta de todo corazón: ¡Maestro bueno! ¿Qué debo hacer yo para conseguir la vida eterna? Inculca Jesucristo al joven el cumplimiento de los divinos mandatos. Pero aquél contesta sin titubeos: *“Maestro, todas estas cosas las he observado desde mi juventud.”* Y según consigna la SAGRADA ESCRITURA: *“Jesús, fijando en el su mirada, le amó”* (Mc 10,21).

¡Qué amor debió de arder en los ojos de Jesús al oír esta res-respuesta!: “Maestro, observo desde mi juventud los mandamientos de Dios.” Por eso justamente vino Jesús a la tierra: para enseñar a los hombres a vivir según la ley de Dios. El Señor escudriñó con su mirada cálida, penetrante, hasta el fondo de aquella alma, encendida de santos ideales, blanca como la nieve; miró a aquel noble joven y “quedó prendado de él”.

Yo también quiero que Jesucristo me mire con amor. Sé que ha de costarme un sinnúmero de luchas, si le quiero decir con verdad: "Señor, aun en medio del mundo frívolo y relajado, he cumplido tus mandamientos..., todos, sin exceptuar uno solo". Me será difícil perseverar con toda fidelidad..., pero lo haré. Y Cristo me mirará con amor infinito.

4. La mirada alentadora de Cristo.

Uno de los primeros discípulos del Señor, el apóstol Andrés, participa con entusiasmo a su hermano Simón que ha encontrado al Mesías. *"Y le llevó a Jesús. Y Jesús, fijos los ojos en él, dijo: Tú eres Simón, hijo de Jonás, tú serás llamado Cefas, que quiere decir Pedro"* (Jn 1,42). El texto latino es muy expresivo: *Intuitus autem est eum Jesús*... "Intueri" es mirar a uno profundamente en los ojos. Es la primera vez que Pedro se halla en la presencia del Señor.

A Él alza su mirada tímida y el Señor le mira profundamente en los ojos. ¡Qué decisiva mirada para Pedro! En aquel momento empezaba en el alma de Pedro el proceso que había de trocarle de pescador débil en roca granítica de la Iglesia universal.

Joven: De la mirada del Señor brota una fuerza maravillosa. Sea cual fuere la desgracia que te hiera, el desaliento contra que hayas de luchar, por muy difícil que sea la empresa que acometas, reza fervorosamente mirando a los ojos de Jesús, y sentirás brotar el consuelo de su mirada y te será fácil tolerar la desgracia y sacarás fuerzas para la lucha y valentía para tus empresas y obligaciones.

Aprende a mirar con frecuencia y profundamente a los ojos de Nuestro Señor Jesucristo...

Jesucristo y los niños

En cierta ocasión fueron presentados a Jesús algunos niños para que les impusiera las manos y los bendijese. Los discípulos, empero, querían que el Señor descansara, y no permitían que se acercasen los niños. *"Mas Jesús les dijo: Dejad que los niños vengan a mí, y no se lo impidáis porque de los que son como éstos es el Reino de los Cielos. Y, después de imponerles las manos, se fue de allí."* (Mt 19,14-15).

"De los que son como ellos es el reino de los cielos." De labios de los hombres no resonó en la tierra encomio de los niños como el que hizo Jesús.

Sus amigos y discípulos más íntimos, los apóstoles, estaban a su lado, y Él les dijo que ellos, los apóstoles, habían de ser tan inocentes y tan humildes como los niños, habían de tener una fe viva y un amor a Cristo, como los pequeños.

En otra ocasión colocó a un niño entre los apóstoles y les dijo explícitamente: *"En verdad os digo que si no cambiáis y os hacéis como los niños, no entraréis en el reino de los cielos"* (Mt 18,3).

Ama Jesucristo entrañablemente a los niños. ¿Puede quererte con el mismo calor? Ya sabes que para Él no cuenta la hermosura del rostro, la elegancia del traje, la belleza exterior, la fortuna de los padres. Para Él no hay más que una cosa importante: ¿Es o no hermosa tu alma? ¿La conservas limpia de todo pecado? ¿Luchas con fuerza varonil contra tus malas inclinaciones? ¿Trabajas para que tu alma se asemeje cada día más al santo rostro del divino Maestro? Jesús abraza también hoy con amor a los jóvenes que luchan para moldear idealmente su alma, y también hoy les repite: *"De los que son como ellos, como los niños, es el reino de los cielos."*

"Luego ven y sígueme"

Si Jesucristo amó a los niños por su sencillez y candor, tuvo también amor especial a los jóvenes que luchan en grandes tempestades. Un joven rico y de buena voluntad se fue al Señor. No le bastaba el cumplimiento exacto de los mandamientos estrictamente obligatorios; ansias tenía de algo más: *"Maestro bueno, ¿qué obras buenas debo hacer para conseguir la vida eterna?"* (Mt 19,16) —preguntó al Señor.

Jesucristo le inculcó el cumplimiento de los mandatos divinos. Pero el joven quería pasar más adelante de la masa común de los hombres. Se siente todo el fuego de su noble alma cuando responde: *"Todos ésos los he guardado desde mi juventud. ¿Qué más me falta?"* (Mt 19,20). ¡Qué alegría debió de llenar el corazón del Señor al oír tales palabras! ¡Y cuán cariñosa debió de ser su mirada cuando replicó al joven: *"Si quieres ser perfecto, anda, vende lo que tienes y dáselo a los pobres, y tendrás un tesoro en el cielo: luego ven y sígueme"*! (Mt 19,21).

Pero, ¡ay!, esto ya era demasiado para el joven. No era capaz de tamaño sacrificio. Con gusto habría pertenecido al número de los discípulos íntimos del Señor; con gusto habría buscado su compañía; pero

tanto... Dejó al Señor, se volvió desilusionado... y Jesús miró al joven que se alejaba, con el corazón entristecido.

¡Cuán repetida vemos esta escena en nuestros días! Hasta los diez o doce años son muchos los que pueden decir: "Señor, yo he observado todos tus mandamientos." Después..., al llegar la adolescencia…, en torno de los catorce, dieciséis y dieciocho años, llegan también las tempestades, las tentaciones placenteras. El joven que lucha con la inmensa turba de sugestiones nuevas acude al Señor con su antiguo amor sincero y le dice: "Señor, también ahora quisiera ser tuyo, ¿qué tengo que hacer?"

Jesucristo le pide: "No dejes que te seduzcan las promesas agradables del mundo sensual. No escuches las falaces invitaciones de los instintos que se despiertan en ti. Evita toda tentación que lleve aneja la excitación de tus pasiones: amigos malos, películas, imágenes, libros. Y sé exigente contigo mismo, disciplinado, mortificado..."

"Oh, Señor; es mucho. No llegan a eso mis fuerzas. ¿No podría cumplir tus mandatos sin tanto sacrificio? ¿No podría ser hijo tuyo sin tener que refrenar mis instintos? ¿Me dices que no puede ser? Pues, entonces, no puedo comprometerme...; es demasiado lo que me pides...", y el joven se vuelve de espaldas al Señor; y el que había vivido hasta ese día honradamente se lanza sin freno por el camino de la vida sensual, el camino del pecado halagador... y Jesús mira al que se aleja, con el corazón entristecido.

Sé tú más prudente que aquel joven del Evangelio. La vida libre de pecado supone un profundo espíritu de mortificación, pero no importa: por Cristo y por tu alma no serán excesivos nunca los sacrificios.

Es posible, además, que Jesucristo tenga contigo designios más altos. Acaso no te invite únicamente a la santidad obligatoria para todos, que es una vida sin culpas —como lo hizo con el joven rico del Evangelio—, sino que te invite a fines más altos: *a ser su colaborador fiel, su ministro*. No te asustes de tal invitación del Señor. No vuelvas las espaldas a Jesucristo, como aquel pobre joven "rico", que no tuvo la valentía para desprenderse de su fortuna por amor a Dios.

Si te llama Jesús, no temas; Él sabrá compensarte con creces todo lo que hayas dejado por su amor.

En cierta ocasión dijo San Pedro a Jesús: *"Ya lo ves, nosotros lo hemos dejado todo y te hemos seguido; ¿cuál será, pues, nuestra recompensa?*

Jesús le respondió: *En verdad os digo que vosotros que me habéis seguido, en el día de la resurrección, cuando el Hijo del hombre se siente en su trono de gloria, os sentaréis también vosotros en doce tronos, para juzgar a las doce tribus de Israel.*

Y todo aquel que haya dejado casas, hermanos o hermanas, podre, o madre, o mujer, o hijos, o tierras por mi nombre, recibirá cien veces más y heredará la vida eterna (Mt 19,27-30).

La invitación del Señor

"Subiendo después Jesús a un monte y llamó a los que quiso; y viniendo donde él, escogió doce para que estuvieran con él, y enviarlos a predicar" (Mc 3,13-14).

El Señor escogió doce hombres para confiarles más adelante la misión de anunciar sus doctrinas. A éstos les dijo en el momento de su Ascensión: *"Se me ha dado todo poder en el cielo y en la tierra. Id, pues, e instruid a todas las naciones, bautizándolas en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo, enseñándoles a observar todas las cosas que yo os he mandado. Os aseguro que yo estaré siempre con vosotros, hasta la consumación de los siglos"* (Mt 28,18-20).

¡Encargo sublime! Pero... ¡deber penoso!

No hay trabajo más difícil que doblegar la voluntad del hombre y ganarla para el bien. Algunos oradores preclaros lograron mover la voluntad humana; pero los deberes que le imponían no eran tan difíciles como los que impone Jesús, y aun así no consiguieron más que un entusiasmo pasajero, y no un sacrificio continuo, tan largo como la vida.

He ahí los sucesores de los apóstoles, los obispos y sacerdotes, hace ya dos mil años que conquistan millares y millares de corazones para Cristo y los hacen sumisos a Él con una fidelidad que no se arredra ni siquiera ante las torturas del martirio.

"Es una gran ganancia encontrar un alma hermosa; ganancia más considerable es preservarla de la perdición; pero lo más hermoso y difícil es salvar un alma que ya estaba perdida." (HERDER.)

Jesucristo iba por los caminos, por los pueblos y por las ciudades de la Palestina, invitando con su mirada a unos pocos hombres que, dejando sus herramientas, abandonando su casa y familia, le seguían. De la misma manera pasa hoy entre los jóvenes y fija su mirada en un alma fervorosa y

la invita para que vaya en pos de Él... El joven invitado debe ir, tiene que seguirle.

Uno es todavía un niño que persigue las mariposas, cuando escucha la invitación del Señor...; otro, cuando ya está en secundaria...; al tercero le llega la voz después de las luchas de la adolescencia...

Hay otros que sólo la perciben en la universidad, cuando sienten posarse sobre su rostro la mirada del Señor, y resuena en su alma la palabra que fue dicha por primera vez en la orilla del mar de Tiberiades a Simón Pedro: *"Simón, ¿me amas más que estos?"* (Jn 21,15).

Joven, ¿me amas tú más que éstos? ¿Harías por Mí sacrificios mayores que los otros? ¿Sabrías recomponer la caña resquebrajada? ¿Sabrías avivar la llama del candil que se muere? ¿Podrías salvar la oveja atrapada entre las espinas? ¿Sabrías recoger la mies que aguarda un segador? ¡Joven! *¿Querrías ser sacerdote?*

También ahora pasa Jesús; si "fueres tú el elegido, si a ti te dirigiere su invitación, contesta dócil y agradecido. Sí; piénsalo bien; ve madurando el pensamiento durante años; pero si oyes distintamente la voz que te invita no la rechaces.

Medítalo antes bien. La carrera sacerdotal no es una carrera en el sentido en que lo son las demás; no es un alquilarse, no es un asegurar el sustento, no es un empleo, no es un modo de ganar el pan, sino fuego vivo, perfumado humo de incienso, sacrificio de la propia persona, trabajo, y trabajo hasta el más alto grado, trabajo intenso por amor a Cristo y las almas inmortales. Todo esto tienes que meditarlo antes de resolver.

Pero si te sientes de veras con ánimo, voluntad y entusiasmo, entonces, conmovida el alma por tan alta distinción, contesta como contestó San Pedro a la orilla del mar de Tiberiades: "Señor, tú lo sabes todo, tú sabes que te amo" (Jn 21,17).

Haz que sea yo el pastor que salva las ovejas aprisionadas entre zarzales; el pescador que, a tu mandato, aun después del trabajo infructuoso de largas noches, echa nuevamente su red con confianza. Haz que sea yo el imán, capaz de atraer a cuantos se aproximen a mi círculo de acción.

Sea yo el obrero que recoge la mies aquella de que Tú dijiste: La mies es mucha y los operarios pocos. Que sea yo chispa de fuego que sepa propagar el que Tú trajiste al mundo y lo encienda en el alma de cuantos encuentre por el camino.

Concédeme que al entrar en la escuela, ya sacerdote, descubra en los ojos de los niños —ojos azules como el mar— todo el tesoro de mis almas, y que sientan los niños algo así como si Tú mismo te acercaras a ellos.

Que al sentarme en el confesonario y abrir ante mí los hombres su vida más oculta, sus obras secretas, aquellas obras que quisieran ocultar, no sólo a los amigos y a los padres, sino a sí mismos y a Dios, pero que allí descubren con sinceridad admirable, sea yo entonces consejero, consuelo, amigo, médico, padre espiritual de tantas y tantas almas pecadoras que sufren, que se revuelven en miserias.

Que al dirigirme, con tu Cuerpo sacratísimo en mi mano, al agonizante, tenga yo arrestos para ayudarle a poner su mirada en el cielo. Que pueda sufrir con los que sufren, alegrarme con los que se alegran, serlo todo para todos, y que el fuego sagrado, que arde ahora en mi alma, no pierda nunca su intensidad...

Es lo que te suplico, Señor.

Y aún te pido algo más: la virtud de no esperar por estas cosas el aplauso de los hombres. Sino que al entrar, cansado por el trabajo del día, en el silencio de mi cuarto, donde no me aguarda nadie para distraerme, y al postrarme de rodillas en el reclinatorio, a los pies del crucifijo, vea en tu rostro vuelto hacia mí y en tus dulces ojos, todo mi consuelo, mi fuerza, mi felicidad, mi premio...

No temas, estimado joven; no te faltarán por ello alegrías y goces en la vida. ¡Qué alegría será la tuya, cuando millares y millares de hombres bendigan tus labios que derraman consuelo; cuando vayan a exponerte sus secretas congojas; cuando te confíen su gran tesoro, su felicidad eterna!

¡Qué alegría, cuando muchachos de corazón puro llamen a tu puerta y te pidan que guíes su vida espiritual, que les lleves a la santidad, hacia Jesucristo!" ¡Qué gozo para ti, cuando abras, a hombres apegados a la tierra, los horizontes de la vida eterna! ¡Qué satisfacción cuando defiendas a las mansas ovejas de los lobos crueles!

¡Qué alegría para ti: acallar ayes, y quejas, enjugar las últimas lágrimas de los moribundos, dar paz, romper ataduras, conducir a Jesús ovejas que se enredaron en los zarzales..., conducirlas al Buen Pastor!... ¿Para qué proseguir?... ¡Qué alegría para ti... *ser sacerdote de Cristo*!



Tengo que ir: me llamó el Señor

Querido amigo: ¡Si te hubieses visto en un espejo, con los ojos espantados que pusiste al final de la clase...! Cuando el profesor, por faltar ya pocas semanas para que acabe el año, antes de entrar en la universidad, nos ha preguntado a todos, uno tras otro, qué carrera pensábamos abrazar, y levantándonos hemos dado cada cual su contestación: médico, ingeniero, abogado, agrónomo, todavía no estoy decidido, comerciante, no lo sé aún..., me ha llegado el turno... he dicho:

—Seré sacerdote —y me he sentado--. Tú entonces te has vuelto hacia mí. ¡Vaya!. ¡Qué ojos de pasmo! Me mirabas como si hubiera caído un rayo junto a ti.

En el descanso me llamaste aparte, fuimos al hueco de una ventana, y entonces me soltaste cuanto tenías en el corazón:

—Hombre, Paco, esto pasa de castaño oscuro. No has dicho nada de tu decisión a tu más íntimo amigo. Creía que no era tan serio lo que andabas madurando. Y ahora ¿ya es definitivo? Piénsalo bien, Paco; piensa la carga que vas a imponerte. Eres el número uno de la clase; eres listo. Puedes hacer una carrera brillante. Sabe Dios dónde podrías llegar con tu talento. ¿Por qué quieres tú ser sacerdote?

Esto me dijiste, y me miraste con una tristeza tal, que parecías presenciar mis funerales.

—Mira, Pepe —te contesté—; realmente tú eres el mejor de mis amigos; quiero decirte la causa de mi resolución. Pero el breve descanso de unos momentos no es marco adecuado para tal tema. Te lo escribiré en una carta y te la daré mañana.

“Cuando escribo estas líneas son las nueve y media de la noche. Duerme ya toda mi familia, no hay en casa más luz que la de la lamparilla de la mesa de mi cuarto. Al contestarte por qué escojo ser sacerdote, me rodea un silencio solemne...

Acuérdate, querido Pepe, de aquellos paseos solitarios que dábamos los dos en las noches primaverales. En el cielo despejado brillaban silenciosamente las estrellas, en el espejo del río que pasaba a nuestro lado se reflejaban los faroles de la orilla; y nosotros, paseándonos de arriba abajo... hablábamos.

Nuestra conversación versaba sobre cosas importantes. ¡Lo corrompido que está el mundo! Por todas partes egoísmo, falta de carácter, claudicaciones, rivalidades, luchas, negación de principios, y entre los jóvenes, el desprecio de los ideales, la frivolidad, el dejar en olvido los compromisos más serios, la inmoralidad...!

Después recordábamos la oración que solemos rezar en la escuela antes de comenzar la clase: “... creo en la resurrección de Hungría”[2], y nos mirábamos como con silenciosa interrogación: Pero ¿podemos creer de veras, lo creemos nosotros, que la nueva generación, la que así se educa, tendrá la fuerza necesaria para recobrar la patria deshecha?

Acuérdate, que ya entonces te dije muchas veces:

—Amigo, hay que hacer algo. De nada sirve el lamentarse. Aquí se necesita esforzarse e ir contra corriente...

Esta mañana me has reprochado que nada te haya dicho de mis intenciones de hacerme sacerdote. Ya lo ves, te había indicado algo; por lo menos te hablé con toda la claridad que a la sazón era posible tocante a mi porvenir. La vocación iba madurando en mí poco a poco; hasta que llegué a sentir distintamente que me llama el Señor, que debo ir.

Hace pocos años este pensamiento era una cosa vaga, como un tímido llamar a la puerta; hube de luchar con innumerables escrúpulos, dificultades, dudas, y no obstante, de semana en semana oía cada vez más claramente la invitación del Señor.

---

[2] El autor alude aquí a una breve oración que se compuso en Hungría después del Tratado de Trianón y se recita en los actos solemnes. Es como sigue: “Creo en Dios, creo en la patria, creo en la eterna justicia de Dios, creo en la resurrección de Hungría. Amén.” (N. del T.)

¡Cuánto tuve que luchar en primer término contra mis propios argumentos y dificultades! ¿Podré cumplir los graves deberes? ¿No me quebrantaré? ¿No me será difícil la renuncia total que exige tal vocación? Todo esto lo veo ahora claramente.

Es interesante, acaso ni siquiera lo creas: los campamentos *scouts* fueron los que me brindaron la respuesta definitiva para mis cavilaciones. He vivido en el campamento durante cuatro vacaciones, y allí pude ver de cerca, la vida del sacerdote.

En casa siempre tenemos invitados de distinta posición social; en la mayoría de ellos no ves más que desconfianza, quejas, desesperación, amargura, desaliento. En cambio, nuestro capitán, el sacerdote, conserva siempre una expresión de serenidad, de sosiego y dulzura, de satisfacción silenciosa. Entonces se me ocurrió el pensamiento de que el sacrificio exigido por ser sacerdote no puede ser tan insoportable, y que el Señor seguramente recompensará el sacrificio que se hace por su amor, y me dará goces y alegrías que aún no puedo sospechar.

¿Que los hombres son malos? ¿Egoístas, fríos, materialistas? Pero ¿serán mejores acaso si no hacemos más que lamentarlo? No, esto para nada sirve.

Después de una comunión fervorosa me pareció como si el Señor me mirara con aire de interrogación y se quejase: “Mira, hijo, cuán abundante es la mies, pero faltan operarios.”

Un dolor indecible inundó mi alma: ¡Señor, Señor! ¿Son tan pocos los jóvenes abnegados que sientan el grito del amor heroico: *Heme aquí, mándame, tenme por operario*?

¡Cuánto trabajan, sudan, se cansan los hombres... por todo, menos por Ti! ¡Cómo cuenta, corre, se cansa el banquero! ¿Por qué? Por el dinero. ¡Cómo planea, calcula, mide un ingeniero! ¿Por qué? Por su familia. ¡Cómo trabaja el comerciante sin hacer distinción entre el día y la noche! ¿Por qué? Por los negocios. ¡Cómo corren los hombres por la calle, qué agitación por todas partes! ¡Y van gastando su vida! ¿Por qué? Por el pan de cada día.

Mas ¿quién trabaja por ti, Jesús mío? ¿Y por las almas, por la pureza de corazón, por la vida eterna? Con la misma energía llena de pasión, con igual ambición incansable que un banquero...; pero ¿por Ti? Con la misma precisión de cálculos que el ingeniero... Con la misma diligencia que el comerciante, sin descansar ni de día ni de noche...; pero ¿por Ti?

Cuando pensé seriamente en la tragedia de tantas almas que no saben para qué están en la vida, sentí de repente una luz que me llevó a tomar una decisión tan radical: Señor, ¡cuánto bien puede hacer en este mundo insensato un sacerdote fervoroso, un sacerdote católico! Pero son pocos los ministros del Señor.

¿Me admites entre tus operarios? ¿Quieres hacer también de mí un "pescador de hombres"? Sé que la tarea es difícil, pero no me arredra. Gran pesca se puede hacer en el mar del mundo; las calles y casas están llenas de peces; y yo seré la red, y la red ha de ser resistente para no romperse.

Tú, Señor mío, me darás fuerzas. No tendré un solo pensamiento, un sólo deseo que no sea para Ti. Todos mis esfuerzos y trabajos, todas mis noches y todos mis días, todas mis palabras y todos mis escritos, todos los latidos de mi corazón, serán para Ti, Jesús mío, olvidado, desconocido, menospreciado. Sólo por Ti... y por las almas. "Dame almas y quítame todo lo demás".

Amigo: creo que he sido sincero contigo, te he abierto mi alma.

¿Carrera brillante? Pero ¿puede haber misión más sublime que la de contribuir a que sean mejores los hombres? Tú serás médico. Haces bien. Es una noble misión curar el cuerpo enfermo. ¿Pero no es cien veces más noble curar el alma?

Otros compañeros serán ingenieros, agrónomos, abogados... Todas estas carreras son importantes para el bien de la sociedad. Pero juzga tú mismo, si hay exageración en mis palabras al afirmar que mi trabajo, aun desde el punto de vista terreno, será de tanta importancia como el que se pueda realizar en cualquier otra carrera.

Para la sociedad es un tesoro más valioso que la industria y el comercio, la buena conciencia, la honradez, el cumplimiento del deber, la solidaridad con los más pobres, lo cual ya entra en mi campo de acción.

¿Dices que siempre saqué buenas notas? ¿Crees tú, entonces, que podemos dar al Señor lo peor de la mies? ¿Piensas que sólo vamos a darle la paja?

¿Me dices que soy un muchacho listo y alegre? ¿Es que han de ser los tontos de capirote los que se comprometan a la empresa magnífica de salvar almas, justamente en la época moderna, cuando esta empresa resulta tan intrincada y difícil?

No, no; querido amigo. Todo el valor que Dios ha puesto en mi alma, quiero consagrarlo a su santa causa. No quiero lamentarme de que

“vivimos malos tiempos”, sino enfrentarme con el problema y poner todo lo que está de mi parte.

Alrededor de mí, detrás de mis obras ha de brotar por doquier gozo, consuelo, ganas de vivir, amor a Dios. Quiero ser luz del mundo; quiero sembrar la semilla de la verdad en este mundo tan confundido; quiero derramar el perdón y la divina gracia en los corazones quebrantados y arrepentidos. Quiero ser sacerdote.

Quiero ser antorcha que despide luz para los demás mientras va consumiéndose lentamente.

Viviréis para la familia, vuestro templo será el hogar. Cosa santa es.

¡Qué sublime es la misión de servir en el altar del Señor! Vivir crucificado para redimir a los demás de la esclavitud del pecado.

Siento que Dios me llama a vivir esta santa vocación, y siento que me impele con fuerza irresistible hacia mi objetivo. No hay poder capaz de detenerme.

Amigo: Me preguntaste por qué me hago sacerdote. He aquí mi respuesta: Amo mis hermanos los hombres y amo a Dios; por esto me hago sacerdote.

Tengo que hacerlo: me llamó el Señor.

No te sorprenda mi conducta. No tengas lástima de mí. Más bien alégrate con tu amigo leal que se siente inundado de alegría.

Paco.”

Carta de un seminarista

“A mi querido Padre y Director espiritual.

Perdóneme usted si no ha recibido hasta hoy carta mía, cuando hace ya dos semanas que partí.

El último día, se lo confieso con toda sinceridad, no me sentí bien. Jamás había yo abandonado el hogar, los amigos, el pueblo, para un año entero.

El día de mi partida me fui a la escuela en que pasé tantos años. Era justamente la apertura de curso y se cantaba el *Veni Creator Spiritus*. Acudieron también algunos de los antiguos compañeros de clase, y además había entre los estudiantes de ahora muchos conocidos míos. Muchos de ellos *scouts*, con quienes hacía excursiones el año pasado. Este mismo

verano estuve todavía con ellos en el campamento... ¡Cuánto me alegré de poderlos ver una vez más!

Después fui a casa. Pero ¡estábamos tan callados durante la comida!... Todos me acompañaron a la estación. Cuando el tren se puso en marcha, de repente tuve una congoja en el corazón. Entonces me di cuenta cabal de la importancia del paso que acababa de dar.

En el tren estaba, no sé cómo decirle. ¡Se apoderaron de mí sentimientos tan extraños!... Durante largo rato no hacía sino mirar delante de mí; después esbocé una sonrisa. Y el ambiente agobiador de la despedida se trocó en esperanza hermosa y radiante.

¿Qué decir cuando vi de lejos la gran cúpula de la basílica? ¿Por qué voy a estar triste? No voy a ningún entierro, mas me dirijo a una vida nueva. A la vida más hermosa que, con la gracia de Dios, puede caberle en suerte a un hombre.

Leí la inscripción de oro que hay sobre la puerta del seminario: *Pietati et scientiis*, "a la piedad y a las ciencias"; permanecer durante cinco años en esta casa, viviendo para este noble fin, para "la piedad y las ciencias", y después a empezar el trabajo en medio de las almas, por las almas...

Me bastaron unos días para llegar a querer el seminario... ¡Hay aquí tantas cosas nuevas, tras de las cuales andaba yo hace tiempo!

Voy mucho a la capilla. Antes no tenía tiempo de hacer tantas meditaciones como ahora. Y siento que cada nueva meditación y la comunión diaria me van acercando siempre a Nuestro Señor Jesucristo. Y me atrae más el altar.

La cercanía del Señor ¡me da tanta serenidad! Él quiere también esto: sonreír siempre, alegrarse de todo; soportar sin abatimiento las mismas desgracias, los pesares. ¡Cuán dichoso soy desde que lo he aprendido! Sin embargo, sigo pensando mucho en casa... ¡He dejado allí tantos recuerdos amados!

Pienso muchas veces en la familia. Mi padre —lo recordará usted— no quería que yo me hiciera sacerdote. Y le quedan aún dos hijos más. A mi madre lo que le dolía era que "así va a perder un hijo". Sin embargo, según mi parecer, ningún hijo les queda tanto a los padres como el hijo sacerdote. Los demás los abandonan, han de fundar una familia un día u otro y vivir para ella...

Pero mi fantasía no va tan sólo a casa. Sabe usted el entusiasmo que yo tenía por los *scouts*. Lo era con todo el corazón, con toda el alma.

Como ayudante tuve que tratar con muchos muchachos, pequeños hermanos *scouts*. ¡Cómo los quería! Como si hubieran sido mis propios hermanos. Algunos había que tenían un corazón de oro. ¿Quién sería capaz de no quererlos como a uno mismo?

Pero este amor no era siempre perfecto. Al principio no era raro que me dedicase más a los muchachos buenos, educados, que a los malos, a los menos simpáticos. Más delante aprendí a querer, en todos ellos, el alma, el alma inmortal y llamada “a la vida eterna”.

Le escribo de esto, Padre, porque los muchachos desempeñaron un papel importante en mi vida. Mi vocación también me une a ellos. Porque yo desearía ser pastor espiritual de la juventud. Por amor a ellos, el último año me lancé de lleno al estudio.; por amor a ellos he moldeado y pulido mi carácter de mes en mes, aun antes de venir a esta santa casa; quería ser digno de ellos.

Usted, Padre, comprenderá mejor que nadie que bien vale la pena de consagrar una vida a la juventud. ¿Puede darse cosa más noble que guiar, orientar hacia el Señor el alma del joven? Naturalmente sé muy bien que no he de atarme de modo exclusivo a la juventud. Jesucristo sabe dónde ha de mandar a su operario para recoger la mies. Si Él dispone de otra manera, si quiere que trabaje hasta el final de mi vida en otros campos, sea en una aldea, sea en una ciudad, yo acepto gustoso su mandato.

¡Cuán distinto era en otro tiempo mi modo de pensar respecto de mi vocación! No parece sino que el seminario me va distanciando por momentos de estas cuestiones, como si me inculcase cada vez más el pensamiento de que yo no puedo tener más que un solo deseo: hacer lo que me ordena Jesucristo... Me entrego por completo a Él...

Al pensar en estas cosas, doy gracias a Dios por haberme conducido al punto en que me encuentro. Si seglares inexpertos llaman prisión al seminario, yo puedo ver ahora cuán dulce cosa es ser “prisionero de Dios...”

Y otro asunto, Padre.

Cuando fui a despedirme estaba tan encogido que olvidé decir a usted el motivo propio de la visita... quería darle las gracias por su bondad inmensa...; darle las gracias por haberse dedicado a mí, a pesar de sus muchas ocupaciones, con el cariño de siempre y por haberme conducido aquí, mostrándome la alegría más pura y la felicidad más grande.

Le ruego acepte usted la fotografía que le incluyo. Pero la prueba mayor de agradecimiento ha de ser toda mi vida, mi vida sacerdotal, que

todavía no es más que una promesa; la prueba de mi gratitud será conservar la divisa que usted me dio en la despedida: *No ser traidor*... i No lo seré!

Mi deseo es que tenga usted, Padre, muchos seminaristas como este humilde servidor, que pensará durante toda su vida con amor agradecido en usted, su antiguo capitán de *scouts* y Padre.

Su amante hijo espiritual,

Carlos.”

Los setenta y dos

Sin embargo, a ti te parece que te llamaba el Señor a una carrera seglar. Quieres ser profesor, ingeniero, médico, abogado, comerciante, militar... Cualquier cosa, no importa. Abraza la carrera que se te antoje. Pero recuerda siempre que *en cualquier carrera cuenta contigo Cristo*.

Porque el Señor, después de la vocación de los doce apóstoles, escogió aún setenta y dos discípulos, que bien podríamos llamar “apóstoles seglares”: *“Después de esto eligió el Señor otros setenta y dos, a los cuales envió, delante de Él, de dos en dos, por todas las ciudades y lugares adonde había de venir Él mismo”* (Lc 10,1).

Es cosa sublime la vocación sacerdotal. Ha de saltar de alegría el corazón que siente posarse sobre sí la mirada de invitación que le dirige el Señor. Pero aun los otros, los que por voluntad de Dios han de abrazar otra vocación, también deben cooperar a la propagación del Reino de Dios, y el que no está con los doce apóstoles, necesariamente ha de figurar en el grupo de los setenta y dos discípulos.

—¿Yo, el estudiante? —preguntas acaso con sorpresa—. ¿Cómo puedo ser apóstol seglar? ¿Qué pedo yo hacer por Dios? ¿Voy a echar sermones? ¿Discursos?

No, no hagas discursos; *predica con el ejemplo. Sé un Evangelio viviente. Sé reclamo vivo de Jesucristo.*

Hay jóvenes que gracias a una conducta clara, franca, consecuente, ejercen gran influencia incluso sobre los malos. Podría citar nombres...

—“¡Ah! ¿Luis? No es como los otros muchachos. Todo el mundo le quiere, porque es bueno para todos. Si se trata de jugar, es él quien echa más lejos la pelota; si es cuestión de reírse, él es el más alegre. Hay que estudiar, es el más puntual; o hay que hacer algo en clase, es el más

servicial...; y con todo, es profundamente religioso, lo es con toda el alma; es decir, no sólo confiesa, sino que también vive su fe. Donde él está no parece sino que el Cristo invisible se hace presente en medio de los muchachos.”

—En la losa sepulcral de un niño se lee esta magnífica inscripción: “Aquí descansa un niño, del cual decían sus compañeros que les era más fácil ser buenos si estaban con él.” ¿Hay encomio mejor que éste?

El muchacho diligente, puntual, siempre amable, y que, además, vive la fe que profesa, ya es un apóstol.

Además, no faltan ocasiones en que una palabra dicha como sin pensarla puede salvar un alma para la vida eterna. Puedes tú ser apóstol del Señor en la escuela, durante el partido de fútbol, en la excursión, en la tertulia con los amigos..., en todas partes.

Tu compañero quiere cometer un pecado, pero tú le detienes. Empieza a contarte historias sucias; pero queda cortado al oír tu seria reprensión, y, aún más, acaso procura cambiar el rumbo de su vida.

Cinco o seis muchachos os encontráis reunidos en casa de uno de ellos. Hay entre vosotros un joven frívolo, que comienza a contar cosas obscenas. ¿Qué hay que hacer? A ti no te gusta, tampoco a los demás muchachos. Y, sin embargo, en la mayoría de los casos callan cobardemente aun los jóvenes de buena voluntad; aún más, se sonríen al oír las palabras sospechosas, porque... “¿cómo van a ofender al compañero?”

¿Tienes tú valentía en esos casos para salir a defender la moral cristiana y levantar tu voz con calma, pero también con firmeza? Callarse cuando es hora de hablar es un defecto tan grave como hablar cuando se tiene que callar. No temas a nadie más que al que no teme a Dios, y enfréntate con el osado.

“Sed temerosos de Dios y así no tendréis que temer a nadie”, dice SAN CIPRIANO.

En muchos lugares no puede penetrar el sacerdote; allí sólo podéis llegar vosotros, los apóstoles seglares. Y, por cierto, si tienes un poco de habilidad puedes hacer obra de apostolado, no sólo entre tus compañeros, sino también entre hombres maduros. “Pero ¿cómo? ¿He de reprenderlos si dicen algo?” No, no puedes reprenderlos; pero si sostienen una conversación frívola y tú no puedes marcharte, que tu rostro demuestre tu disgusto, y acaso se den cuenta de su falta.

El mal, el pecado, la inmoralidad, tienen un sinnúmero de apóstoles: las películas, los periódicos, los anuncios publicitarios, los libros inmorales, los hombres corrompidos... ¿No quieres tú ser apóstol de Cristo?

Vive en gracia, cuida tu oración, para que puedas aliviar la sequedad de alma de tus amigos y compañeros.

Mientras vas confortando a otros en la fe, tu propia fe ganará en firmeza. Porque la alegría que damos a otros vuelve después a nuestro propio corazón:

Lo mismo verás en tu obra de apostolado: el mejor modo de robustecer tu fe es convencer de su verdad a los demás.



Cristo en oración

"Después de despedir a la gente, subió (Jesucristo) a un monte apartado para orar. Llegada la noche estaba allí solo" (Mt 14, 23).

En rigor, Jesucristo no necesitaba orar, y, con todo, algunas veces pasaba noches enteras en oración. ¿Por qué? Para darnos ejemplo.

¿Amas tú la oración? ¿Sabes orar con fervor, con entrega completa del alma, y conversar así con el Padre celestial? ¿No juzgas perdido el tiempo dedicado al rezo de la mañana y de la noche, y a las cortas plegarias que se dirigen a Dios aun durante el día?

“Rezaría gustosísimo, pero no tengo tiempo. ¡Tengo tantas ocupaciones! ¡Tantos trabajos!...” En una palabra: ¿No quieres descuidar tus muchas ocupaciones? Pues mira: Un transatlántico encontró una vez en su camino un violento huracán, y, como todo buque, iba seguido de una bandada de gaviotas.

El barco se oponía tenazmente a las olas alborotadas, y, sin embargo, sentía el ímpetu del viento contrario; la máquina trabajaba, trepidaba, como temblando de fatiga, a pesar de lo cual lograba sólo avanzar muy poco. “¡Pobres gaviotas! —pensaba uno de los pasajeros—. Si el buque, con toda la potencia de sus máquinas, apenas adelanta nada, ¿qué podrán unas gaviotas tan frágiles?”

Sin embargo, las gaviotas extendieron sus alas, y cabalgaron, como quien dice, sobre el viento furioso, y mientras los hombres, con el trabajo de la máquina, de la técnica, no lograban avanzar, las gaviotas avanzaban sin problemas...

El buque significa el hombre que sólo quiere adelantar a fuerza de su propio trabajo. Las dos alas de la gaviota significa la oración que nos levanta hacia las alturas.

Dime, pues, ahora: ¿Aún te parece tiempo perdido el que dedicas a orar? ¿Sigues diciendo todavía que no tienes tiempo para ello?



Cristo camina sobre las aguas

Una noche, los apóstoles navegaban en medio de una furiosa borrasca; el Señor no estaba con ellos. A las tres de la madrugada ven cómo se acerca Cristo caminando sobre las olas del mar alborotado.

"Y viéndole los discípulos caminar sobre el mar, se asustaron y dijeron: Es un fantasma; y llenos de miedo comenzaron a gritar.

Pero al instante, Jesús les habló diciendo: «¡Animo!, que soy yo; no tengáis miedo.

Pedro le respondió: Señor, si eres tú, mándame ir hacia ti sobre las aguas.

Y Él le dijo: Ven. Y Pedro bajó de la barca y se puso a caminar sobre el agua, yendo hacia Jesús.

Pero viendo la fuerza del viento, le entró miedo; y, como comenzara a hundirse, gritó: ¡Señor, sálvame!

Al punto, Jesús, tendiendo la mano, le agarró y le dijo: Hombre de poca fe, ¿por qué has dudado?

Subieron a la barca y amainó el viento.

Y los que estaban en la barca se postraron ante él diciendo: Verdaderamente eres Hijo de Dios. (Mt 14,26-32).

¡Con qué facilidad se desbordaba el amor de Pedro al Señor! Pero también ¡con qué facilidad se tornaba miedoso a la vista del peligro!

Acaso tú también te hayas encontrado en un trance parecido. Tal vez sufriste la tempestad de al sentirte culpable y brilló después ante tus ojos la hermosura de una vida según Cristo y exclamaste contrito: "¡Señor, haz que pueda llegar a Ti!" Y el Señor extendió sus brazos hacia tu alma con gran amor: "¡Ven!"

Tú emprendiste con vigoroso impulso el camino que conduce a Cristo: prometiste nunca más fallar, no volver a cometer pecado grave. Sí...; pero apenas habías dado unos pocos pasos cuando las olas se encrespaban de nuevo a tus pies y el precipicio abría otra vez sus fauces con ademán de tragarte.

Cuando tu antiguo y pecaminoso deseo, que fue quemado en el fuego del amor, quiere nuevamente levantar su voz en tu alma, exclama como San Pedro, si notas que te empiezas a hundir: "Señor, sálvame." Y sentirás lo que sintió Pedro: "Al punto, Jesús, tendiendo la mano, le agarró y le dijo: ¡Hombre de poca fe! ¿Por qué has dudado?"

Cuando tiendes los brazos hacia Cristo en busca de ayuda, el viento de la tentación se apacigua.

“Señor, sálvanos.”

En la vida de Jesucristo leemos que también en otra ocasión luchaban los apóstoles con la tempestad. Quiero describir con más minuciosidad este segundo caso; de él brotará la fuerza para resistir las tormentas del espíritu, propias de la adolescencia.

Cristo, cansado de predicar, sube al atardecer a una barca con sus apóstoles... El cielo está sereno, despejado... No sopla brisa alguna, todo está tranquilo. Los remos de los apóstoles, que van golpeando con ritmo sosegado el agua, hacen deslizar la barca silenciosamente... Cristo, rendido de fatiga, se durmió...

De repente, se levanta la brisa... Se amontonan las nubes... El viento es más fuerte, ya sopla con violencia... ¡Una tempestad, un vendaval!... Cruje la barca, las olas la zarandean. Los apóstoles trabajan, sacan el agua de la barca; finalmente, llegan a despertar al Señor. El Evangelio consigna el grito de terror —quizá para enseñarnos a nosotros una manera de pedir socorro—: *“Señor, sálvanos, que perecemos”* (Mt 8,25).

¡Hombres de poca fe! Es la palabra que pronuncia el Señor cuando en torno suyo se desata el vendaval.

¡Hombres de poca fe! Y acaso piense: ¿Son éstos mis apóstoles? ¿A éstos voy a enviar yo para convertir al mundo? ¿Este Pedro ha de ir a Roma, este Santiago a España, este Andrés a Tracia? ¿Son éstos los que han de presentarse a las garras de las fieras?

Pues bien, para que no echéis en olvido lo que significa estar Dios con vosotros... Se levanta el Señor, se pone sobre la proa de la barca, que se tambalea... e increpa al viento y al mar. El mar alborotado se amansa; se calma, humillado, a los pies del Señor, como el galgo cuando ha corrido en demasía y su dueño le llama con un silbido... Pocos instantes después el espejo terso del mar brilla con admirable sosiego...

Este fragmento evangélico dibuja un rasgo nuevo de la fisonomía del Señor: Cristo está de pie con una majestad imponente en medio del huracán, manda a las olas alborotadas, y el mar —como el perro después del castigo— se pliega silenciosamente a los pies de Jesucristo.

¿Quién es este Cristo sublime, majestuoso? Jerjes, fuera de sí, en un arranque de cólera impotente y ridículo, hizo dar latigazos al mar; pero éste seguía echando espuma con el mismo furor que antes. ¿Y Cristo? Hace una leve señal, y la borrasca rebelde se calma sumisa.

¡Qué poder el de Cristo! Tú, Jesucristo, mandas a las fuerzas de la naturaleza. Tú, Jesucristo, dominas las olas embravecidas, el mar espumante, con una superioridad de fuerza que nos deja atónitos.

¡Oh, Jesús mío! Cuántas veces necesitaré yo recordar esta expresión tuya, este gesto tuyo, este poder tuyo, cuando en el mar alborotado de la vida se escape de mis labios el grito de angustia: ¡Señor, salvadme, que perezco!

S. O. S.

S. O. S... S. O. S...[3]

¿Qué significan estas tres letras? Tú también lo sabrás, aunque no estés ducho en las cosas de marinería. Pero de un modo particular lo saben todos los marinos. Y cuando estas tres letras emitidas por la radio tiemblan sobre el inmenso espejo del mar, todos los buques de las cercanías acuden con toda prisa para prestar auxilio a los pobres náufragos, a los que se hallan en trance de perecer.

S. O. S... ¡Oh, cuántas veces este grito de socorro se escapa de labios de los jóvenes, cuando, luchando con las tentaciones, llaman a Cristo!

Alrededor de los catorce o quince años, vientos misteriosos azotan el espejo antes terso del lago de tu vida. Tu barca iba deslizándose tranquila, no lejos de la orilla, en aguas de poca profundidad, en una luz de oro...; seguía su camino sin preocupaciones.

Ahora, repentinamente, como si lo hubiesen cambiado todo. Una niebla opaca envuelve tu alma; pensamientos, deseos antes desconocidos cruzan por tu cabeza... Un temblor de zozobra hace vibrar la superficie tersa de tu espíritu tranquilo... ¿Qué es esto?

¿Qué es lo que se prepara?

---

[3] Son las iniciales de la frase inglesa *Save our souls*, salvad nuestras vidas. (N. del E.)

La barca de tu vida ha penetrado ya en la zona de las tempestades de la adolescencia. Hace unos años todavía era fácil para ti vivir en gracia de Dios: la oración, la misa, el pensar en Dios, la confesión, la comunión...; todo, todo te resultaba sencillo. En cambio, ¿hoy? Confiésalo con sinceridad: hoy te resulta un poco fastidiosa la santa misa, tienes miedo a la confesión; muchas veces omites la oración de la mañana. ¿Qué es esto? ¿Qué pasa?

Un escritor afirma que a los quince años "los muchachos se vuelven incrédulos". No tanto. Sin embargo, hay en la afirmación algo de verdad. A medida que van creciendo, desarrollándose los muchachos, no parece sino que van enfriándose para con Dios. Tienen que hacer grandes esfuerzos para prestar atención al hacer oración, y las cosas espirituales no les interesan como antes.

¿Cuál es entonces el objeto de sus desvelos? El mundo. La vida terrena, que se abre misteriosamente a sus ojos. "¡Ojalá fuera ya un hombre hecho!" "Quisiera vestir a la moda, tener un rostro perfecto." Cosas por el estilo. ¿Qué te sucede? ¿Te has vuelto malo? Todavía no; pero estás en peligro.

Ya no eres niño, pero tampoco eres un hombre maduro. Estás en la época de transición. Una lucha formidable se libra en ti: el cuerpo y el alma luchan. ¡Ay de ti si vence tu cuerpo! Y, sin embargo, todas estas cosas no son más que preludios de la tempestad.

En torno a los dieciséis años, o a veces antes, estalla el verdadero torbellino. En tu cuerpo trepida, la vida, hierve la sangre, vibra la fuerza de la juventud. Limo, barro; toda la podredumbre posada de ordinario en el fondo del lago brota y se revuelve ahora hasta llegar a la superficie. ¿Qué será de ti? Atemorizado, preguntas: ¿Me perderé?

Hay momentos en que te parece que el Señor se ha dormido y se ha olvidado por completo de ti. El huracán, desatado de furiosas tentaciones, te azota y se presenta el pensamiento terrible: "¡No, no puedo resistir! ¡No puedo mantenerme en pie...!" No capitules. Agarra la mano del Señor, como lo hizo San Pedro, que estaba a punto de hundirse entre las olas, y exclama en tu oración: *¡Señor! ¡S. O. S.! ¡Salva mi alma...!*

Acaso has caído ya. Una terrible oleada de pecado llenó tu barca, y cuando baja el agua tú te ves cubierto de limo, de barro, has caído, has pecado... ¡Qué lástima! ¡Qué bien si te hubieras conservado puro! ¡Qué bien, si hubieras...!

Pero ya que te manchó la oleada del pecado, no consientas, por lo menos, en permanecer cubierto de lodo. Arrodíllate ante el Señor, en la santa confesión, y exclama: *¡Señor, salva mi alma! ¡Mi alma cubierta de inmundicias!*

Puede también que ya hayas caído varias veces... Pero deseas enmendarte... Y, a pesar de todo, reincides una y otra vez en la culpa ya inveterada. En estos momentos terribles de desesperación, ¿dónde hallarás refugio?

Arrodíllate una y otra vez en el confesonario y llama a Cristo, que parece que está dormido. Dile con espanto: *¡S. O. S.! ¡Señor, salva mi alma! ¡Salva mi alma, que perece!* En todas las confesiones Él posará sobre ti su mirada bendita. Manda El a las olas, y a su palabra se produce una bonanza bienhechora.

¡Alerta!... A medida que pasan los años, el vendaval va perdiendo fuerza; pero nunca se apacigua por completo. Vuelve a rugir la tempestad. No importa. Empuña con decisión santa el timón durante toda la vida, y de tus labios brote con frecuencia y tome por asalto el cielo, la oración, que ya es voluntad de victoria: *Señor, sálvame, que perezco.*

¡Cuántas veces quise reunir a tus hijos!

La vida humana está sembrada de desengaños, pruebas, tribulaciones; la tuya tampoco estará libre de tales peripecias. Aun en los momentos de tristeza y desaliento te servirá de consuelo la costumbre de acudir a Jesús.

Acaso has tenido ya tu porción en los desengaños. Has emprendido una obra grande y has fracasado. Estudias todo el día y, sin embargo, al tener que decir la lección, te quedas cortado, porque Dios te dotó de un talento menos brillante; y ¡cuánto te gustaría poder lograr un éxito más halagador!

Tenías un amigo íntimo, de toda confianza, y él te hizo sufrir amarga decepción. Muchos jóvenes, en tal caso, exclaman desesperados: “A mí me persigue la mala suerte. Inútiles son todos mis esfuerzos y planes; nada me sale derecho...”

En tales trances recuerda que ni el mismo Jesucristo vio colmados todos sus deseos. Oye cómo se queja, cuando prevé con su pensamiento la destrucción de la Jerusalén infiel: *“¡Jerusalén! ¡Jerusalén! ¡Cuántas veces*

quise reunir a tus hijos... y tú no has querido!" (Mt 23,37). Y ¡cómo habría salvado el Señor al mismo Judas!, y no lo logró.

Por mucho que te persiga la mala suerte; por muchas desgracias que hayas de sufrir en la vida, no tengas más que una sola preocupación. Procura que no se te puedan aplicar las palabras de Jesucristo: *"Y tú no lo has querido."* ¡Cuántas veces quise salvar tu alma, cuántas veces he llamado a la puerta de tu corazón, cuántas veces te invité a la enmienda! Y tú no lo has querido.

Todo menos este reproche; y entonces no te abatirá por completo el sufrimiento. Por muchos contratiempos que tengas en la vida, aunque notares con temor que todo se revuelve contra ti, ha de consolarte el pensamiento de que nunca el Señor te abandona.

"Aquel que traza el rumbo a las nubes y a los vientos, encontrará también el camino que puedan pisar tus pies."

—"Pero, si no comprenden mis mejores intenciones... Y todos mis trabajos y mejores esfuerzos fracasan..."

Aun así saca fuerzas recordando la suerte algo parecida que corrió Jesús, que también tuvo la mejor intención del mundo, y por ella fue crucificado.

Es una creencia equivocada el imaginarse que vivimos en este mundo para que todo nos salga bien y siempre estemos lo mejor posible. No; estamos en el mundo para que, cuidando nuestra alma según la voluntad de Dios y cumpliendo los deberes que la propia vida impone, lleguemos después de muertos a la felicidad eterna de los cielos.

Por tanto, si sé que Dios no me juzga por el éxito que haya obtenido en la vida, sino por haber hecho o no cuanto pude, entonces el fracaso no me desanimará.

Así he de animarme. "Mira al cielo, confía en Dios; después de los nubarrones, el cielo está despejado." Buena suerte o mala suerte, ambas las aprovecho para marchar imperturbable hacia la meta.

En el momento en que nos hiere un desengaño, el dolor, la desgracia, no sabemos por qué permitió Dios tal prueba. A medida que vamos avanzando en años, y volvemos los ojos hacia atrás, a los acontecimientos de los tiempos pasados, en su rumbo y orientación descubrimos la mano de la Providencia, que dirige sabiamente y con amor paternal el destino del hombre.

Vemos la sabiduría divina, que alienta en las cosas y acontecimientos humanos y rige el curso del universo. “La sabiduría divina juega en las cosas humanas.”

Entrégate por completo a Cristo y así podrás con toda seguridad resistir a las más crueles desgracias.

In Christo totus.

In Christo tutus.

“Todo en Cristo, seguro en Cristo.”

¿Cuánto vale mi alma?

“¿De qué le sirve al hombre el ganar todo el mundo, si pierde su alma?” (Mt 16,26).

¡Qué horizontes se abren ante mi vista al oír estas palabras del Señor! ¿Es verdad, Señor? ¿También a mí me has dado tan gran tesoro? ¿También a tu débil y frágil hijo confiaste una cosa de tan alto precio como es *el alma, llamada a la vida eterna*?

Imagínate que llegas al Señor en el cielo y le preguntas: “Señor, ¿por qué te humillaste hasta hacerte un recién nacido en la gruta de Belén? ¿Por qué fuiste obediente y trabajaste durante treinta años en Nazaret? ¿Por qué quisiste sufrir el dolor, los azotes, la corona de espinas, la muerte de cruz?” Y el Señor te mira y te dice: “Por ti. Por tu alma. *Por tu alma inmortal*.”

Medita bien las palabras del Señor. No dice que una finca de mil fanegas, o un palacio magnífico, o una tonelada de oro no iguala el precio del alma. No. Dice lo más que se puede decir: “todo el mundo”, todo cuanto hay en el mundo: fincas, palacios, oro y cuanto ha creado desde los comienzos del mundo el trabajo, el arte y la ciencia.

Desde el pequeño planeta llamado Tierra hasta los gigantescos cuerpos siderales que corren disparados por el espacio, desde la Vía Láctea hasta el último asteroide de las nebulosas, todo esto junto y además cuanto es capaz de mostrarte la fantasía exuberante, cuanta fama y gloria pueda anhelar tu alma sedienta... ¡todo esto en conjunto no equivale al precio de una sola alma, al precio de tu propia alma!

¿Qué dices? ¿Que es una afirmación incomprensible? ¿Increíble? Pues lo dijo Cristo, la sabiduría eterna; y Él bien sabía cuál es el valor verdadero.

Y más aún. No dijo: “Más vale perder el mundo que perder el alma.” No; no habló propiamente de “perder el alma”, sino, según el texto latino, de “sufrir detrimento el alma”.

Que el mundo cause algún detrimento a tu alma, aunque no la pierda por completo, es un mal mayor que perder todo el mundo.

¿De qué servirán todos los tesoros, la ciencia más penetrante, si sufre detrimento tu alma?

A la luz de tales principios da un repaso a toda tu vida: ¿Ha causado el mundo detrimento a tu alma?... Desde el bautismo..., desde la primera comunión..., desde la confirmación… ¿cuánto daño tuvo que sufrir tu pobre alma?

“Entonces, ¿se sigue de ahí que no puedo preocuparme de la vida terrena? —me preguntas—. ¿No me será lícito cuidarme de mi salud? ¿No puedo tener ambición, esforzarme en el trabajo? ¿No puedo tener planes de conquistar el mundo?”

No me has entendido. Se trata de que pases por esta vida y por todos los deberes de la misma de suerte que tu alma no padezca detrimento. Por lo tanto, ¿no podrás tener ambiciones? ¿No deberás trabajar seriamente? ¿No tendrás que estudiar con ahínco? ¡Ya lo creo que sí! Pero el que adelanta en la ciencia pero retrocede en su vida moral, retrocede más de lo que adelanta.

Aprecia tu alma. Hoy día la mayor parte de los hombres andan tan agitados en la lucha por la vida, que no les queda tiempo para tener alma. Como la mosca pegada en el papel engomado, así se agita el alma de tales hombres, pegada a la materia, al barro, al cuerpo. Trabaja tú incesantemente para hermosear tu alma.

El que tiene buen oído para la música no puede sufrir una sola nota desafinada; el que tiene un alma para recibir a Cristo no podrá consentir el más leve defecto en la propia persona.

“¿De qué le sirve...?”

Las palabras del Señor: “¿De qué le sirve al hombre ganar todo el mundo, si pierde su alma?”, nos llaman la atención sobre otro punto importante: el momento decisivo de escoger carrera. Nunca fue cosa fácil elegir carrera; y hoy resulta doblemente difícil.

La juventud es la época de los ensueños. Los jóvenes van tejiendo con hilos de mil colores los sueños del porvenir; van pensando qué rumbo tomará su destino. Está bien. Has de meditar con frecuencia y detenidamente —empieza a meditarlo cuanto antes, ya a los trece o catorce años— qué carrera te ha señalado la Providencia. Sigue después tu vocación.

Todas las carreras pueden ser honorables, aseguran la tranquilidad de tu vida en este mundo, y mediante ellas puedes merecer también la felicidad de la vida eterna...; pero con una condición: que, en el momento de escoger carrera y después, en el curso de toda tu vida, no pierdas de vista el aviso del Señor.

Lo importante no es en qué carrera, sino cómo pasas la vida. Lo importante no es la cantidad de oro y plata, el número de fincas, casas, autos que reúnas durante tu vida —acaso con medios ilícitos—, sino cómo cumples tus deberes para con Dios y tu posición.

En la inauguración de cada pontificado hay una ceremonia de profundo sentido. En medio de la mayor solemnidad, se quema ante el Papa un montón de estopa, y uno de los circunstantes, señalando el humo que se deshace, dice al Pontífice: *Beatissime Pater, sic transit gloria mundi*, “Santo Padre, así pasa la gloria del mundo”.

En los momentos en que meditas la carrera de tu vida terrena y estás para escoger, han de resonar también en tus oídos las palabras del Señor: “¿De qué le sirve al hombre el ganar el mundo, si sufre detrimento su alma?”

Señor mío, Jesucristo, estate conmigo durante toda mi vida, para que nunca tenga que sufrir detrimento mi alma.

“Para que tengan vida”

“Yo he venido para que tengan vida, y la tengan en abundancia” (Jn 10,10) —dijo en cierta ocasión el Señor.

El hombre moderno desarrolla unas actividades pasmosas hacia fuera; ojalá trabajara la mitad por lo menos hacia dentro; es decir, en la educación de su alma, en el robustecimiento de su voluntad.

La máquina es una colaboradora, un auxiliar inapreciable del hombre; pero se puede trocar en tirana cuando le instiga sin cesar, cuando le lanza siempre a una nueva superación. Cuando ya no le permite ser

hombre y pensar no sólo en las cosas terrenas, sino también en su propio espíritu.

Desgraciadamente, se podría resumir la vida de muchos hombres que trabajan frenéticamente, en esta sola estrofa:

"Los hombres en el mundo no se afanan más que por tener bienes y dinero; y cuando los tienen, se acuestan para morir."

Nunca tuvo el hombre tanta necesidad de las palabras citadas del Salvador como en la fiebre moderna del trabajo. Es necesario que los intereses del alma se aprecien sobre todos los demás. *Para mayores cosas he nacido*. He nacido para mayores cosas de lo que puedo encontrar en el marco estrecho de la tierra.

En la epopeya de todos los pueblos palpita este impulso, este deseo innato de la naturaleza humana: *¡Excelsior!* ¡Más arriba! Esta debe ser la divisa de la humanidad; pero no tan sólo en lo que se refiere a la cultura terrena —en esto no hace falta—, sino también en lo que hace a la cultura espiritual. Para esto ha venido Jesucristo: para que tengamos vida, una verdadera vida espiritual.

Te diré cuándo tendrás que recordar de un modo particular la sublime frase de Jesucristo.

Cuando ante ti, joven que sostiene las ásperas luchas del alma, se jacten los compañeros frívolos, de poco fondo, diciéndote: "Nosotros sí que vivimos la vida. Nuestros son los placeres, vivimos despreocupados, no conocemos freno. Tú estás luchando continuamente por una vida ideal..., estás siempre en guerra..., vigilia..., mortificación... ¡Ja, ja! Nosotros sí que sabemos vivir."

Joven: sigue tú creyendo la palabra del Señor. Lucha, ora, mortifícate..., y cree que tu vida trabajadora y austera es la verdadera vida, la vida digna de ti. Y no las juergas. Y no el desenfreno, ni la frivolidad. Y no el sexo que esclaviza.

Aún más: no lo creas tan sólo, sino que tu vida espiritual, llena de coraje y esperanza, sea el testimonio elocuente de que tan sólo cerca de Cristo puede haber una vida digna del hombre.

Leí una noticia en los periódicos. Al pie de los grandes montes de Suiza, por una carretera de montaña, corría veloz un auto. En un recodo brusco del camino había una gran mole... Ya no había tiempo de frenar... El auto pasó por encima del obstáculo. Después frenó y se detuvo. Los viajeros bajaron. ¿Sabes lo que había el auto arrollado? Un águila real.

El ave majestuosa que vuela sobre las nubes fue arrollada por un auto que corre por el suelo. ¿Por qué? Porque el águila descubrió una carroña en el camino, se posó sobre ella y en medio de su gran banquete se olvidó de todo cuanto la rodeaba: no vio el peligro que la amenazaba, no anhelaba ya las alturas, no miraba el Sol refulgente que la invitaba a remontarse...

¡Cuántas almas-águilas mueren arrolladas por la marcha vertiginosa del materialismo hedonista! ¡Cuántos jóvenes, a los dieciséis o dieciocho años, descubren una carroña por el suelo: la vida inmoral, la concupiscencia; carroña que antes no habían visto, pero que ahora los invita a bajar a la tierra, y ellos ya no se encuentran bien en las alturas serenas!...

Joven, no vaciles. No abandones por la carroña que yace a la vera del camino las alturas donde está Cristo.

Y no temas; si sigues fielmente a Cristo experimentarás la verdadera alegría.

Pero ¿no es verdad que una vida consecuentemente cristiana vuelve al hombre triste?

Cristo también desea que los jóvenes profundamente religiosos sean al mismo tiempo los más alegres.

El Señor ha venido para ser nuestra vida y nuestra alegría. Ama de verdad y estarás siempre alegre.

Jesucristo ha venido “para que tengamos vida y la tengamos en más abundancia”.



“Bueno es estarnos aquí”

Condujo Jesús a tres de sus discípulos a una alta montaña. Y *“se transfiguró en su presencia; de modo que su rostro se puso resplandeciente como el sol, y sus vestidos blancos como la nieve... Entonces, Pedro, tomando la palabra, dijo a Jesús: Señor, bueno es estarnos aquí”* (Mt 17,2-4).

No era más que un solo rayo de la majestad del Señor el que cayó sobre los apóstoles, y bastó para llenarlos de una dicha inefable. ¿Qué será entonces la felicidad eterna que Jesucristo tiene prometida a todo hombre que le siga con fidelidad? ¿Qué será cuando volvamos a casa del Padre celestial y podamos exclamar: ¡Bueno es estarnos aquí!?

¿Qué significa propiamente volver a casa después del destierro de este mundo? ¡A casa! Observa el bullanguero regocijo de los estudiantes cuando una mañana corre la noticia inesperada de un día de vacación: “¡Hoy no hay clase! ¡A casa!...” Observa a final de curso la cara de tus compañeros de universidad y que provienen de provincias: “Empiezan las vacaciones. ¡Nos vamos a casa!”

¿Qué será, pues, volver definitivamente a casa de nuestro Padre? Bien vale la pena de luchar y perseverar en medio de todas las tentaciones por la perspectiva de semejante dicha.

“Si yo quiero ser bueno, el principal motivo no es la esperanza del galardón; si huyo del pecado, tampoco es en primer lugar por el temor del castigo. Quiero ser bueno para demostrar así mi amor a Dios, que es la Bondad eterna y la Fuente de toda bondad; quiero evitar el mal, porque todo pecado me lleva lejos de Dios.

Todo esto es verdad. Sin embargo, muchas veces es acometido el hombre por tan seductoras y vehementes tentaciones que no le bastan los argumentos racionales, y ha de apelar al temor de la sanción eterna o a la esperanza del eterno galardón.

El invierno del año 1927 fue tan crudo en Hungría, que más arriba de Pozsony se aglomeraron los enormes témpanos de hielo del Danubio, y se temía que el río, pasando, más impetuoso que nunca, por encima de estos obstáculos gigantescos, se saliese de su cauce e inundase toda la ciudad. Se intentó romper la corteza de hielo. Si ésta hubiera sido menos dura y el frío menos crudo, algo habrían podido hacer. Pero tal como estaban las cosas fue preciso romper a fuerza de cañonazos la dura coraza de hielo...

Hay hombres de alma delicada cuya corteza de hielo se funde al calor del amor divino; pero puede llegar un invierno tan crudo de tentaciones que no sea capaz de romper la coraza de hielo sino la voz de trompeta del juicio final y el cañón ensordecedor de la condenación eterna.

El pecado siempre miente; promete goces y deleites; y muchas veces no podemos vencerlo a no ser contraponiendo a sus goces falaces el goce puro y real de una conciencia limpia de pecado y el galardón eterno de una vida ordenada; es decir, avivando la esperanza santa, que ya desde ahora nos llena de felicidad, de poder exclamar definitivamente: *Señor, bueno es estarnos aquí.*

Padre nuestro...

Según un historiador antiguo, en Cartagena, en tiempos del emperador Vespasiano, el senado romano se reunió en consejo para determinar cómo se habría de llamar el principal y el mejor de sus muchos dioses.

Uno propuso la denominación de "Dios de la Riqueza"; según la opinión de otro se le debía dar el nombre de "Dios de la Sabiduría"; un tercero abogaba por el nombre de "Dios del Poder"...

Por fin se levantó un senador y dijo: "Según mi parecer, tendríamos que llamarle "Dios de la Bondad". Porque si le llamamos "Dios de la Riqueza", ¿qué será de los pobres? Si le llamamos "Dios de la Sabiduría", ¿quién se cuidará de los sencillos? Si le denominamos "Dios del Poder", ¿quién pensará en los humildes? Por lo tanto, si queremos que este Dios sea el Dios de todos, no puede llevar otro nombre que éste: *Dios de la Bondad*...

He aquí cómo este noble pagano ya presintió que el concepto más hermoso del Creador y augusto Señor del Universo tendría que ser expresado dando a Dios el dulce nombre de Padre bondadoso.

Que sea Dios nuestro Padre, es un concepto natural y corriente para nosotros después de las enseñanzas de Jesucristo. Pero antes de Cristo ninguna religión descubrió la verdad tan alentadora, este nombre lleno del más profundo respeto a la vez que del más tierno cariño.

El mismo Antiguo Testamento habla más bien del Señor majestuoso y de su gran poder que infunde temor. Jesucristo, en cambio, nos enseñó

que Dios, no sólo es el Señor omnipotente, sino, además, Padre amoroso, que estrecha contra su pecho las más humildes criaturas.

Cuando en cierta ocasión los apóstoles le pidieron que les enseñará a orar, entonces les dio Jesús la oración, para siempre memorable del “Padrenuestro” (Mt 6, 9-13).

¿Qué significa este pensamiento: *Dios es mi Padre*? ¡Qué abismos de amor tan sin medida! ¡Qué inmensidad de sublimes pensamientos! Significa: 1.° Que yo pertenezco por completo a Dios; y 2.º Que Dios es completamente mío.

1. *Pertenezco por completo a Dios*. Soy suyo, porque Él es mi Creador, que desde la eternidad vio el número infinito de seres posibles y me creó a mí dejando en la nada millones y millones sin cuento.

¡A mí! ¿Por qué precisamente a mí? ¿Acaso yo le sirvo mejor de lo que le habrían servido tantos otros si los hubiera Dios llamado a la existencia? Examino mi vida pasada, y ¡ay!, no puedo contestar afirmativamente.

¿Acaso le amo yo más? ¿Acaso lucho mejor contra el pecado? ¿Soy más enérgico en la tentación? ¿Le doy más alegrías?... Hasta hoy no ha sido así, por desgracia. Pero ¡en adelante!...

Es lo que piensas, ¿verdad?

Porque tal es el significado propio de este pensamiento sublime: Dios es mi Padre. Significa que pertenezco por completo a Dios.

2. Significa también otra cosa.

Significa también que *Dios es completamente mío*.

La majestad infinita de Dios me rodea, me sostiene, me da vida, embarga mi entendimiento, mi voluntad, mi corazón; me embelesa, me cautiva. No hay pensamiento más consolador y sublime que aquél expresado por el salmista con estas palabras:

“Oh Señor, tú me escrutas y conoces; sabes cuándo me siento y cuándo me levanto.

De lejos penetras mis pensamientos: esté yo en camino o acostado, tú lo adviertes, te son familiares todas mis sendas.

No está aún la palabra en mi lengua la palabra, y ya tú, Señor, la conoces entera.

Todo lo conoces, Señor, lo pasado y lo venidero: tú me formaste, y pusiste sobre mí tu mano bienhechora.

¿Adónde iré yo que me aleje de tu espíritu? ¿Y adónde huiré que me aparte de tu presencia?

Si subo al cielo, allí estás Tú; si bajo al abismo, allí te encuentro.

Si tomo las alas de la aurora, si voy a parar a lo último del mar, también allí tu mano me conduce, y me hallaré bajo el poder de tu diestra" (Salmo 139,1-10).

Aunque quisiera, no podría huir de Dios. Y no quiero huir; antes al contrario, cualquiera sea la desgracia que deba soportar, inclinaré mi pobre y triste frente en las manos de Dios; colocaré mi corazón, mi pobre corazón angustiado, sobre el paternal de Dios, y entonces tendrá un ideal mi vida; porque quien se entrega a Dios, Dios le devuelve a sí mismo, a su vida, a su ánimo de trabajar.

Aspiro a Dios, abro mi alma, ensancho mi corazón. Él es mi aire, mi luz que me da vida. Así ha de ser siempre: ni un minuto sin Él, ni un minuto lejos de Él, ni un minuto... ¡en pecado!

Siempre que pronuncias en la oración estas magníficas palabras: *Padre nuestro...*, trata de penetrar su sublime contenido; rumia el pensamiento sublime de que Dios es tu creador, tu Sustentador, tu Protector, tu Bienhechor, tu Sostén, tu Todo y... tu *Padre*.

Tu Padre, que te ama aun cuando te aflige; que quiere tu bien aun cuando te castiga; que conoce todas tus penas, que sabe tus tristezas, que ve tus lágrimas, las noches que pasas en vela, tus pruebas, tus tribulaciones, y consuela tu alma, fiel y perseverante, con estas palabras: *"Yo soy para tu protector y tu galardón sobre manera grande"* (Gen 15,1).

Setenta veces siete

San Pedro preguntó a Jesús: *"Señor, ¿cuántas veces deberé perdonar las ofensas que me haga mi hermano? ¿Hasta siete veces? Le respondió Jesús: No te digo yo hasta siete veces, sino hasta setenta veces siete"* (Mt 18,21-23). "Setenta veces siete", lo que significa todas las veces, *siempre*.

Es punto menos que imposible vivir con otros sin que haya discrepancias de pareceres, disputas, rozamientos. Aun los mejores amigos pueden tener diferente criterio; y no es raro que haya disensiones aun entre hermanos. Tú has de hacer cuanto puedas para no dar motivo de discordia y no ofender en cuanto sea posible a nadie.

No seas fácil en empezar discusiones. Muchas veces empiezan, principalmente entre estudiantes, con cierta serenidad y acaban con enfado y ofensas. Son los jóvenes capaces de reñir por una fruslería; les pasa lo que a dos hombres calvos que se acometen por un peine: sea cual fuere quien tiene razón, ninguno de los dos saca provecho.

Puede darse el caso de que alguno se precipite sin advertirlo, y en un momento de agitación se le escape una palabra ofensiva, con que causa pesar al amigo o al hermano.

¿Qué suele hacer en tales casos el que se siente ofendido? O devuelve la ofensa, pero en tono mayor, y contesta tal vez a puñetazo limpio, o si es de temperamento más suave, se desespera y esquiva en adelante al que le ha ofendido.

Jesucristo no nos enseña que devolvamos la ofensa ni que guardemos rencor, sino que predica el perdón, y dice que se ha de repetir si es necesario setenta veces siete al día. Mira, estimado joven: si tu compañero te ha ofendido y tú le guardas rencor, bajas a su nivel rastrero.

Seguramente conoces este juego: un muchacho coloca el pie derecho en un punto: otro muchacho coloca también su pie derecho junto al del otro: "a ver quién puede a quién"; cada uno intenta con fuerza, mañas y artificios remover de su sitio al otro. Gana el que conserva su puesto; es vencido el que lo pierde. Pues bien: si contestas a la ofensa con ofensa, o acaso con odio, has perdido ya el suelo firme, ya te has movido de tu puesto.

¿Qué debes hacer? Recuerda las palabras de SÉNECA: *Vincit malos pertinaz bonitas*, "la bondad perseverante vence a los malos". Vence el que vence... en amor.

Sé fuerte, sereno, disciplinado aun en los momentos difíciles de la ofensa; cuando el otro ya se ha calmado, vete a él con suavidad, y pregúntale si piensa lo mismo que hace cinco minutos; si aprueba las palabras que te dirigió; si está todavía con ánimo de ofenderte; si retracta las frases de odio o de mofa.

Si obras así, con suavidad y prudencia, es muy fácil que te diga él avergonzado: "Te ruego que me perdones; he obrado con precipitación".

"El colérico, al apaciguarse, se enfada consigo mismo" —dice un adagio.

Si fuiste tú la causa de la discordia, no esperes a que venga el ofendido a buscarte, sino da una prueba de varonil entereza buscándole para reparar la ofensa. Hay jóvenes que luchan durante días,

reprochándose: “He sido vehemente, es verdad; pero ¿cómo arreglarlo ahora? ¿Tengo que humillarme y pedir perdón?”

No vaciles un solo momento. Lo primero que te aconsejo es esto: sé reposado, sereno, para que nunca se te vaya la lengua. Dice un adagio alemán: No hacerlo es la mejor penitencia.

La palabra que se nos escapa nos domina, la palabra que refrenamos la dominarnos nosotros. Pero si ha sucedido ya, si ya cometiste ofensa, ten fuerza para reparar el daño.

Precipitarse, ofender a otro en un momento de vehemencia, esto es defecto de chiquillo; pero reparar cuanto antes la ofensa, esto es virtud varonil.

Sí; ¡cuanto antes!

Jugando a la pelota riñeron dos jóvenes; pero al instante, así como estaban, con el cabello todavía pegado de sudor, hicieron las paces, Paréceme ver al Señor que se interpone, mira con amor a los jóvenes que, si faltaron, corrigieron en seguida su error.

Gallarda manifestación del espíritu varonil es el pedir perdón u otorgarlo. Errar es cosa humana, perdonar es virtud divina.

¡Hemos de perdonar hasta setenta veces siete! Tú no sabes por qué es tan vehemente, tan precipitado, tan “insoportable” tu compañero. Quizás tenga un temperamento más fogoso que el tuyo, y luche contra su defecto; quizás no recibió de sus modestos padres educación adecuada, y él no sea culpable más que en parte de su propio comportamiento, de sus modales rudos. Procura tú ser amable, suave, comprensivo con todos los que *quieren* ser mejores.

No hay más que un solo grupo de hombres del cual puedes y debes alejarte. El joven que sigue a Cristo no ha de tener otro enemigo que el pecado, y por lo mismo no ha de alejarse sino de aquellos que se jactan del pecado, de aquellos que quieren inducirle a pecado. De éstos has de huir. A ello te obliga el mandato de Jesucristo de que vamos a hablar.

“Si tu ojo es para ti ocasión de escándalo...”

Solamente sabiendo el valor que tiene a los ojos de Dios el alma humana podemos comprender de un modo cabal aquella severidad con que Jesucristo quiso defenderla de la perdición.

¡Ay del hombre que causa escándalo! (Mt 18,6). Las palabras del Jesús caen fulminantes como un rayo al decir: *“Mas quien escandalice a uno de esos pequeños que creen en mí, más le valdría que le colgasen del cuello una de esas piedras de molino que mueve un asno, y le hundiesen en lo profundo del mar...*

Si, pues, tu mano o tu pie te es ocasión de pecado, córtatelo y arrójalo de ti; más te vale entrar en la vida manco o cojo que, con las dos manos o los dos pies, ser arrojado en el fuego eterno.

Y si tu ojo te es ocasión de pecado, sácatelo y arrójalo de ti; más te vale entrar en la vida con un solo ojo que, con los dos ojos, ser arrojado al fuego del infierno” (Mt 18 8-9).

Según las palabras del Señor, pesa una responsabilidad terrible sobre el que escandaliza a otro con su comportamiento, o le enseña con palabras o con obras a pecar.

Sabía Jesús muy bien que la corrupción de los jóvenes tiene muchas veces por causa el mal amigo, la lectura inmoral; y por esto habla con tal severidad contra los corruptores de almas.

Alerta: no tengas amigos ni libros corruptores; y procura también no servir de escándalo a los demás.

Me interrumpe un joven: “A decir verdad, este amigo no es muy comedido en sus palabras; pero yo no me río de sus chistes obscenos y repruebo sus conversaciones de doble sentido. Mas prescindiendo de esto, realmente es un muchacho amable y tiene muchas cualidades, y además me ayuda mucho en los estudios... ¿Cómo puedo dejarle plantado? Aparte de que su ligereza a mí no puede dañarme...”

Juzgas por las apariencias, según el exterior. El joven valioso no es el que sabe mucho, sino aquel que tiene nobles ideales y una virtud sin tacha.

Puede ser que ahora todavía no te gusten sus frívolos chistes. Pero dentro de pocos meses ya los escucharás con gusto, y al cabo de un año ya te habrás sumergido hasta el cuello en el pecado. Si realmente le tienes por gran amigo, suplícale que en sus pensamientos, en sus palabras, en sus obras, sea más parecido a ti.

—¿Y si no lo hace?— Entonces... rompe con él. Porque para tales casos vale la palabra del Señor: Aunque te cueste desprenderte de él tanto como desprenderte de las manos y de los pies, sin embargo, rompe con ello, si es que te induce a pecado.

Porque no puedes tener por amigo a quien es enemigo de Jesucristo. Y lo es el que tiene un modo de hablar desvergonzado, el que lleva una vida frívola, el que hace profesión de incredulidad.

El que sea capaz de trabar amistad con un muchacho vano y frívolo se hará semejante a él. “Los que cooperan al crimen son semejantes.”

¿Cómo podrás conocer si una persona es digna de tu amistad? Observando si en su compañía te vuelves o no mejor. *Bonus intra, melior exi* —leemos en el pavimento de mosaico de una antigua casa romana—. *Entra bueno, sal mejor*. Esta debe ser también la señal de amistad digna: ¿Te hace mejor o peor?

Otro joven me dice: “Es verdad; sé muy bien que tal escritor contiene cosas inmorales; ¡pero tiene un estilo tan brillante!; y yo no lo leo porque me guste la porquería, sino por aumentar mis conocimientos tocante a la vida...”

Tú también te engañas, estimado joven. Si no buscas más que un estilo brillante, encontrarás —gracias a Dios— escritores de una moral intachable que, con todo, tienen un magnífico estilo.

Por muy brillante que sea una novela, una obra teatral, por muy perfecta que sea la técnica con que está hecha una u otra película, hazles cruz y raya si son escandalosas. Si te costare privarte de algo tanto como de tus ojos, has de hacer, sin embargo, tal sacrificio por tu alma, para no hundirla en el pecado.

Pon especial interés en no dar escándalo a los demás. Los hombres de poca cultura y estudios siguen sin darse cuenta siquiera la pauta de los intelectuales; y por esto la vida de los que tienen estudios universitarios es de mucha mayor responsabilidad que la de los hombres sin apenas estudios.

“¿Soy acaso yo guardián de mi hermano? —preguntó Caín con indignación al Señor, cuando Éste le pedía cuenta del hermano que había matado—. Sí, somos guardianes de nuestro prójimo y hasta cierto grado responsables de lo que hace.

Si le haces enfadarse a tu hermano, y empieza a decir palabras groseras y blasfemas, tú eres responsable.

Si pasas las vacaciones en un pueblo, y en vez de asistir a la misa del domingo te vas de excursión o te quedas dormido en casa, y siguiendo tu ejemplo otros jóvenes de menor edad que tú también dejan de ir a la iglesia, tú eres responsable.

Si eres médico, juez, notario, farmacéutico, propietario de un pueblo y la gente no te ve ir a confesar y comulgar; si eres profesor y tus alumnos ven que no estás con ellos en la iglesia, y oyen, en cambio, tus blasfemias, eres responsable de toda la mala influencia que ejerces en los demás.

Por lo tanto, ¡cuidado! El Señor confía en ti. Te dio ojos. ¡Qué bendición el don de la vista! Cierra los ojos y figúrate que te hubieses quedado ciego. ¡Qué terrible cosa sería! Hiela la sangre de espanto. Si Dios te dotó de vista, no abuses tú de este don, no pierdas tu alma ni le causes detrimento con miradas pecaminosas, con lecturas inmorales.

Y te dio manos el Señor. No abuses: no las emplees para cometer pecado.

Y te dio lengua. No abuses de ella: no digas cosas que prohíbe la ley de Dios.

Y te dio la facultad de pensar. No abuses de ella: no pienses cosas prohibidas. Vale más entrar en la vida eterna cojo, manco o con un solo ojo, que con dos manos, o dos pies o dos ojos ser arrojado al fuego del infierno.



“Joven, levántate.”

Junto a la Ciudad de Naín encontró el Señor un cortejo fúnebre. Iban a enterrar al hijo único de una viuda.

“Al verla el Señor, tuvo compasión de ella, y le dijo: «No llores. Y, acercándose, tocó el féretro. Los que lo llevaban se pararon, y él dijo: Joven, a ti te digo: Levántate.

El muerto se incorporó y se puso a hablar, y Jesús se lo entregó a su madre.” (Lc 7,13-15).

Un entierro siempre es triste; pero lo es doblemente cuando han de colocar en la fosa a un joven, cuya vida se tronchó en la flor de la edad. ¡Una vida truncada en sus primeros brotes! ¡Tantas esperanzas malogradas!

Y ¿qué decir cuando no es el cuerpo del joven, sino el alma lo que corre a la tumba: a la tumba de la corrupción espiritual y de una degradación abominable?

¡Qué ruina tan espantosa el alma que un día, en los años de la niñez, perteneció al Señor, siente ahora el yugo de una maldición, es esclava de una costumbre depravada!

¿Has visto una iglesia en ruinas?

Durante un verano estuve de campamento con mi grupo de *scouts* en el paraje más romántico de la sierra de Bükk, junto a las ruinas del convento del Espíritu Santo.

Allá dentro, en el corazón silencioso y solitario del Bükk, al oeste de Diósgyör y del lago de Hámor, a la altura de 700 metros aproximadamente, están las ruinas del antiguo claustro y templo de los paulistas.

Durante siglos resonó en esos lugares el rezo común y fervoroso de los frailes de blanca vestidura; y cuando envolvía la noche la región y el alba no despuntaba todavía en las cimas, a la luz mortecina de las candelas marchaban en larga fila los paulistas hacia la iglesia para alabar a Dios. La mirada de Dios Padre se posaba complacida sobre el pequeño claustro.

Así fue durante siglos...

Y ahora mi pequeño ejército está aquí, en el patio del convento derruido, y nos paseamos con silenciosa emoción por las ruinas.

Aquí estaban las celdas en que los frailes, después de una jornada de pesado trabajo, se reclinaban para un corto descanso. ¡Qué poco lugar le bastaba a un hombre! Más allá los cimientos del refectorio, donde tomaban su frugal comida.

Aquí la iglesia. Las paredes están todavía en pie; pero el tejado se desplomó sobre el pavimento de rojas piedras, rompió el techo de la cripta...; y nosotros hoy ya no estamos en la iglesia, sino en esa cripta rellena de tierra... Al remover un poco los terrones con el bastón... aquí y allí sale a la superficie un trozo de cráneo, o un hueso del brazo de algún fraile que fue sepultado allí hace siglos...

Silencio por doquier...; un silencio que hace pensar, como si algo estrujara mi alma...

Aquí antaño se alzaba, en este mismo punto en que yo piso ahora, el altar mayor con su marmórea blancura, y todos los días se celebraba la santa misa, para expiación de los pecados del mundo...

Un día reinó en estos parajes la alegría... Todo resonaba con el trino de los pájaros... Cada palabra de los frailes con sus blancas capuchas era un rezo, cada gesto un acto religioso, cada alma una imagen de Dios... ¿Qué vemos hoy en su lugar?

¿Tengo todavía necesidad de proseguir y de pintarte cómo devasta el pecado las almas más hermosas?...

En este momento acaso contemples con estupor tu alma, y quizá te veas obligado a exclamar: ¡Señor, Señor, también está mi alma para que la entierren, la que estaba tan limpia en otro tiempo! Señor, también mi alma es un templo en ruinas... Y salta una lágrima de tus ojos...

He ahí que el Señor te toca con suavidad: “Muchacho, a ti te lo digo: levántate.”

¡Puedo sanar todavía! Jesucristo está dispuesto a acogerme de nuevo. Puede mi alma renacer de las ruinas.



En pie de nuevo

Un fariseo invitó a Jesús a un banquete. “Había en la ciudad una mujer pecadora pública, quien al saber que estaba comiendo en casa del fariseo, llevó un frasco de alabastro lleno de perfume, y poniéndose detrás, a los pies de él, comenzó a llorar, y con sus lágrimas le mojaba los pies y con los cabellos de su cabeza se los secaba; besaba sus pies y los ungía con el perfume.” (Lc 7,37-38).

Y como el fariseo, el dueño de la casa, se escandalizase de que Cristo tratara con tal bondad a la pecadora, dijo el Señor: *"Le son perdonados muchos pecados, porque ha amado mucho"* (Lc 7,47). Y dijo a la mujer: *"Tu fe te ha salvado: vete en paz"* (Lc 7,50).

¡Cómo se escandalizaron los orgullosos fariseos! ¡Qué miradas tan duras! ¡Con qué desprecio contemplan ellos a los hombres pecadores, al pecador arrepentido que se pone de rodillas! Sólo Jesucristo no vuelve la espalda a los pecadores. ¡Cristo, la santidad viviente! ¡El Hijo de Dios, que bajó a la tierra!

¡Qué consoladora escena también para mí! No tengo más que dieciséis, dieciocho años, y ya me sería imposible hacer la lista de mis pecados. Acaso un vicio me esclaviza.

Mas el Señor ve una lucecita débil en mi voluntad; Él no ha venido a romper la caña resquebrajada, ni a extinguir el candil que parpadea todavía.

Sea cual fuere la costumbre pecaminosa que te atenace, tú puedes emprender nueva vida, por muy triste que haya sido la pasada. Pero no lo olvides: María Magdalena no pidió perdón más que una vez y… *guardó fidelidad al Señor hasta la muerte*.

Después de la confesión, mira el Señor a ver si te corriges. Tras un largo invierno despunta por vez primera el rayo de sol primaveral, y miramos con expectación los árboles: a ver si brotan o no sus yemas. Del mismo modo Jesús mira tu alma después del invierno del pecado: a ver si nacen en ella los capullos de una nueva vida.

"Si un hombre tiene cien ovejas y se le descarría una de ellas, ¿qué os parece que hará entonces? ¿No dejará en los montes las noventa y nueve, para ir en busca de la descarriada?

Y si llega a encontrarla, os digo de verdad que tiene más alegría por ella que por las noventa y nueve que no se le han perdido.

De la misma manera, no es voluntad de vuestro Padre celestial que se pierda uno solo de estos pequeños." (Mt 18,12-14).

¿Lo oyes? Dios no quiere que uno solo perezca. Se inclina su corazón compasivo hacia ti, a su hijo pródigo que se revuelve entre las espinas de las zarzas, que tiene su alma desgarrada, y te abraza contra su pecho con un amor lleno de misericordia.

¡Es la mano de Jesucristo misericordioso!

Líbrame, Señor, en la confesión; sácame de entre las zarzas y llévame sobre tus hombros, para que sea siempre tu ovejita que te siga donde quiera que vayas.



“Señor, que vea.”

Un mendigo ciego estaba sentado a un lado del camino de Jericó. Pasó el Señor por allí y el ciego, implorando misericordia, empezó a gritar diciendo: *“¡Jesús, Hijo de David, ten compasión de mí! Y le preguntó Jesús: ¿Qué quieres que te haga? Señor, que vea. Jesús le dijo: Ve; tu fe te ha salvado.” Y al instante recobró la vista y le seguía glorificando a Dios”* (Lc 18, 38, 41-43).

Por la súplica del ciego, veo que podemos implorar del Señor, no sólo gracias espirituales, sino también bienes materiales. Puedo rezar para recuperar la salud del cuerpo, por mis negocios terrenos, por el éxito de mis estudios, por el bien de mis padres, hermanos y amigos.

En el santuario mariano de fama universal, en Lourdes, se reza una letanía que no tiene otra igual en todo el orbe. Sacan a la gran plaza de la basílica la muchedumbre de enfermos tendidos y llevados en camillas, enfermos que fueron conducidos allí de todas las partes del mundo.

Bajo las especies sacramentales emprende su ruta de milagros el Cristo del camino de Jericó; y resuena entonces una letanía que conmueve el alma hasta sus más profundos pliegues, letanía que cantan centenares y millares de enfermos y también hombres sanos: *“¡Jesús, Hijo de David, ten piedad de nosotros!* Jesús, autor de la vida, ten piedad de nosotros. Señor, el que amas está enfermo. Señor, que vea. Señor, que oiga. Señor, haz que pueda caminar...”

Sí; también es lícito rezar por nuestra salud corporal.

Pero reza con más fervor y con mayor frecuencia por los bienes eternos: por tu alma.

Señor, cuando me acosa el huracán furioso de mi adolescencia, haz que yo descubra el camino recto que me conduce a Ti.

En el joven domina el sentimiento hasta el punto de sofocar con frecuencia la voz de la razón. Y, sin embargo, la brújula justa de la vida cristiana es la voluntad orientada por la razón y no por el sentimiento.

La razón es la guarda del corazón. ¡De cuántos pecados te librarías si de veras tu razón ejerciera vigilancia sobre tu corazón!

“Señor, que vea.” Que vea con claridad la vocación profesional que me tienes señalada en la vida. Que vea cuál es el puesto que me destinas. Y en cualquier lugar que me encuentre, que vea y nunca pierda de vista mi destino eterno.

Señor, cualquiera que sea mi carrera profesional, haz que vea claramente que al final de todas me aguardas Tú. Padre bondadoso, Tú esperas al hijo fiel, que vuelve a tu casa...

“...Y los nueve, ¿dónde están?”

En una población curó el Señor a diez leprosos; pero de los diez no hubo más que uno que diera las gracias al Señor por el beneficio recibido.

JESÚS se lamenta de la ingratitud de los otros nueve, y dice: *“¿No quedaron limpios los diez? Los otros nueve, ¿dónde están? ¿No ha habido quien volviera a dar gloria a Dios sino este extranjero?”* (Lc 17,17-18).

El alma de los jóvenes está adornada por lo común de muchas virtudes; pero —¡qué cosa más extraña!— la flor noble de la gratitud echa raíces en ella sólo contadísimas veces.

En un niño todavía se comprende; él no puede darse cuenta del sinnúmero de penas y fatigas que cuesta su educación; pero ¿no sería natural que tú, muchacho ya “crecido”, demostraras tu gratitud a tus padres, profesores, bienhechores, con tanta más atención y cariño cuanto más veas el sacrificio que han de hacer por ti?

Sé agradecido.

Sé agradecido en primer término a Dios. No quiero extenderme ponderando todo cuanto debes a Dios. Tus buenas cualidades, así corporales como espirituales, tu misma vida, tu alma inmortal..., todo lo has recibido de manos de Dios. Compréndelo bien: *¡todo!*

¿Sueles dar gracias a Dios por todas las cosas? ¡Hay jóvenes que rezan con tanto corazón siempre que les agobia un apuro...! Pero sólo entonces.

¿Sabes tú rezar, no con el fin exclusivo de implorar mercedes, sino para mostrar tu agradecimiento al Señor?

¿Mostrar agradecimiento? ¿Y por qué?

Pues, pongo por ejemplo, por haber nacido católico, porque habrías podido nacer salvaje o en una familia o creyente; por ser hijo de padres honrados; porque no eres tullido y ciego, que podrías serlo; por poder estudiar y trabajar; por poder ir a confesarte y comulgar (¡pobres jóvenes de otras religiones que no pueden hacerlo!); porque vas desarrollándote magníficamente..., y por otras mil razones.

Muestra tu agradecimiento a Dios, no sólo con oraciones, sino principalmente con el cumplimiento fiel de sus mandatos, con tus palabras y con tus obras.

Sé después agradecido a tus padres. ¡Cómo delatan su modo de pensar frívolo y superficial los jóvenes que no ven en las órdenes de sus padres más que “ganas de dar la lata”, y se sonrojan de manifestarles afecto y cariño!

¡Cuánto dinero, tiempo y bienestar hubieron de sacrificar por ti! ¡Cuántas noches de insomnio te han consagrado durante los dieciséis o diecisiete años, en que de niñito llorón, caprichoso, obstinado, débil, te hiciste joven desembarazado, alegre y educado!

Hasta hoy siempre te han amado, siempre han procurado tu bien; y ¿ahora, justamente ahora, cuando tienes dieciséis o diecisiete años, se les ocurre “darte la lata”, “torturarte”, “no dejarte vivir”?

Puede ser que sus órdenes te hagan el efecto de un yugo severo y pesado, que pienses que te tratan como si fueses todavía un niño. Pero en realidad no es así. Puedes estar convencido de que te miran a ti, joven ya "crecido", con el cariño de siempre; por lo tanto, demuéstrales tú la gratitud que les tienes.

¿Cómo? Siendo amable, atento, cortés, servicial para con ellos.

Y sé agradecido a tus educadores. Hay estudiantes aplicados a quienes nunca se les ocurre que acaso deberían agradecer cálidamente el gran cuidado que les dedican sus profesores.

Fíjate un poco. Ellos empiezan, un año y otro año, siempre con el mismo aliento, este trabajo duro y fastidioso... por amor a ti; bien merece que te muestres agradecido con ellos.

A lo mejor hasta tienes un director espiritual. Siempre tiene tiempo para escucharte, para que le abras el alma de par en par; y a él puedes hablarle de tus luchas, de tus problemas, sin disimulo; y puedes seguir con seguridad sus indicaciones. ¿Sabes mostrarte agradecido por las medias horas u horas enteras que le has robado? ¿Sigues sus consejos? ¿Y rezas por él?

¿Eres *scout*? Scout entusiasta. Bien. ¿Pero has pensado alguna vez que toda la alegría y fuerza educadora que te da el escultismo lo debes en último resultado al capitán de tu grupo?

Al capitán, que, hombre ya maduro, está dispuesto a dormir con vosotros en la tienda de campaña (cuando para él no es tan fácil como para los jóvenes), que come vuestros guisados, no muy delicados por cierto, y aguanta con vosotros el calor del sol.

Todo esto pasa como la cosa más natural del mundo para la mayoría de los muchachos.

Tú, empero, has de tener un corazón agradecido y dar pruebas de gran respeto, de amabilidad, de atención, de obediencia a aquellos que de un modo u otro influyen en tu educación y desarrollo espiritual y corporal.

"El que se ensalce... "

Napoleón, durante la guerra de Rusia, ya soñaba con la conquista de la India, y en su orgullo ilimitado hizo acuñar medallas con esta inscripción: *Tuyo es el Cielo, mía es la Tierra*.

Ya sabes que la guerra de Rusia fue la causa de su perdición. Después de su derrota, uno de los generales rusos hizo acuñar otra medalla; de entre las nubes sale una mano y da golpes con un azote sobre la espalda de Napoleón; la inscripción reza de esta manera: *Tuya es la espalda, mío es el azote*.

El emperador engreído pudo al poco tiempo meditar en la soledad de Santa Elena sobre la verdad que encierran estas palabras de CRISTO: *"El que se ensalce será humillado, y el que se humille será ensalzado"* (Mt 23,12).

El peligro del orgullo no merodea tan sólo en torno de los conquistadores. Muchas veces nos encontramos con jóvenes orgullosos, que miran con desprecio a todos los demás hombres.

¿Qué es lo que produce tanto orgullo en estos jóvenes? A uno el tener un padre rico, ropa cara, una moto de último modelo. A otro el tener un hermoso rostro y un *buen tipo*. Al tercero ser muy inteligente, tener ocurrencias agudas y facilidad para el estudio.

Todo esto no es mérito tuyo. Ni tiene verdadero valor, porque es efímero. Y, además, sin la belleza del alma es mera exterioridad, algo así como el vestido vuelto del revés: no se nota por fuera lo gastado que está por dentro.

Se debería escribir en la mesa de estos muchachos engreídos la frase que susurró al oído del triunfador romano el esclavo que estaba sentado detrás de él: *Cave, ne cadas!*, "¡Cuidado con caerte!"

Había un hombre de familia muy modesta, que merced a su diligencia y constancia se abrió camino y escaló los más altos puestos del Estado, de modo que el rey le hizo conde por sus merecimientos.

¿Qué hacía este nuevo conde para no enorgullecerse demasiado? Se llamaba con frecuencia "Conde Nadaporsí", y con esto se recordaba continuamente la virtud de la humildad.

Todos somos barones, condes y príncipes de "Nadaporsí". *"¿Qué tienes tú que no lo hayas recibido? Y si lo has recibido, ¡de qué te vanaglorias como si no lo hubieses recibido?"*, escriba San Pablo en una de sus cartas (I Cor 4,7).

“El que se humille...”

Sé, pues, sencillo, atento y humilde, porque *“el que se humille será ensalzado”* (Mt 23,12).

Hay jóvenes que no entienden lo que es la humildad cristiana; la entienden erróneamente.

“Si Dios me dio un entendimiento despejado, no puedo estar en el mismo grupo que los chicos más negados de la clase. Si Dios me dotó de tantas cualidades y de un porte agradable, no me toca desempeñar el papel de la puerca Cenicienta...”

Así suele hablar algún que otro muchacho con cierto aire de indignación. ¿Cómo entienden la humildad? El joven humilde ¿no puede conocer su propio valer? ¡Y tanto que puede!

Cuando después del áspero trabajo de todo el año obtiene sobresaliente en todas las notas, ¿no puede gozar con la conciencia de su propio mérito? ¡Y tanto que puede!

Pero *son cosas muy distintas la conciencia del propio valer y el orgullo*. Una cosa es la satisfacción y otra el engreimiento. “El orgullo no es grandeza, sino hinchazón —escribe SAN AGUSTÍN-. Lo que se ha hinchado parece grande, pero no es algo sano.”

A los jóvenes les amenaza el peligro de que su legítima satisfacción y la justa conciencia del propio valer se deformen y truequen en orgullo insensato y engreimiento que a los hombres maduros los mueve a risa.

Es interesante: este peligro justamente acecha de un modo especial a los jóvenes frívolos y superficiales, que en resumidas cuentas muy poco derecho tienen a la jactancia. Pero es natural: cuanto más vacío es el balón, tanto más lo levanta el viento.

Si el joven orgulloso es una figura ridícula, una especie de espanta-pájaros, se gana en cambio las simpatías un joven listo, sanamente ambicioso, avispado, pero... modesto.

Aquél cree poder encubrir con su altanería su vaciedad espiritual y su ignorancia; éste delata por su misma modestia y discreción los tesoros que tiene ocultos.

Aquél se cree centro del mundo, éste no tiene tiempo de admirarse de sí mismo, porque estudia, se está formando y va siempre siendo cada día mejor.

Aquél es un ganso que promueve gran ruido al levantarse con su pesado cuerpo a un metro de altura sobre el suelo; éste es águila que, como flecha, se lanza con silenciosa rapidez a las alturas.

Aquél tiene por divisa: “Mucho ruido y pocas nueces”; éste tiene como lema: “Siempre adelante, nunca atrás”.

Con esto ya entenderás las palabras del SEÑOR: *“El que se ensalce será humillado, y el que se humille será ensalzado.”*

“Sabía Él mismo la que hay dentro de cada hombre...”

En la parte superior de la catedral de Milán hay muchas estatuas de santos esculpidas en mármol blanco. El escultor estaba muy atareado en su trabajo y uno de sus amigos le apostrofó de esta manera:

No comprendo por qué derrochas tu arte en semejante trabajo. Allí arriba, en la cúspide del templo, nadie verá las estatuas de cerca y así no será posible apreciar tu trabajo.

—A mí me basta que tú reconozcas su valor —contestó el artista.

—¿Y si yo tampoco hubiese visto tu obra?

—Amigo, siempre la habríamos visto Dios y yo.

Contestación profundamente cristiana. Aunque nadie vea mis buenas obras, mi fervor en el cumplimiento del deber, mi lucha tenaz contra el pecado, los ve Dios y los ve mi propia conciencia; es valioso el galardón.

Si nadie presenció mi caída y la traición que hice a mis principios, pero las vio Dios y las vio mi conciencia, no es pequeño el castigo.

SAN JUAN EVANGELISTA escribe que muchos se entusiasmaron por Jesucristo, pero *“Jesús no se fiaba de ellos porque los conocía a todos.*

Y no necesitaba que nadie le diera testimonio acerca de hombre alguno, porque sabía Él mismo lo que hay dentro de cada hombre” (Jn 2,24-25).

A Jesucristo no le engaña el vestido elegante, el peinado de moda, el bonito rostro. La mirada de Cristo penetra en lo profundo y descubre tras el exterior modesto el alma bella.

Pues aunque al exterior sea insignificante la concha, puede ocultar la perla preciosa, como el cuarzo tosco puede contener oro valioso.

Si, el Señor todo lo sabe. ¿Todo? ¿Aun los pensamientos más ocultos? También éstos. “Nada queda oculto ni sin castigo a los ojos de Dios”.

MARBOT, el general francés, cuenta en sus Memorias que Napoleón, le confió a él, cuando no era más que capitán, una empresa difícil. Se trataba de que una pequeña patrulla de exploración pasara de noche el Danubio y volviera con un prisionero del ejército austríaco que acampaba a la otra orilla. El prisionero había de sufrir después un interrogatorio y descubrir las posiciones del enemigo.

Por el Danubio flotaban enormes troncos de árboles, la corriente había crecido y era tan fuerte que Napoleón no se atrevió a ordenar aquella acción, sino que la confió a los que voluntariamente quisieran comprometerse.

El joven capitán quiso afrontar el peligro. Heroica fue la empresa, ruda la lucha con la corriente, pero la pequeña patrulla logró atravesar el río y cautivar a tres austriacos.

Habían ya empujado la barca, y se alejaban de la orilla, cuando... el río hizo chocar un tronco contra la lancha. El crujido sospechoso llamó la atención de los centinelas austríacos, que dieron la señal de alarma...

Siguió un tiroteo terrible y en aquel justo momento se asomaba la luna por detrás de las montañas.

Entonces —escribe el general Marbot—, en la ladera de una lejana montaña, noté un débil rayo de luz: la ventana del emperador iluminada.

Miró aquella luz..., y he ahí que la luz crece en intensidad. Napoleón oyó el ruido, los tiroteos, y abrió su ventana.

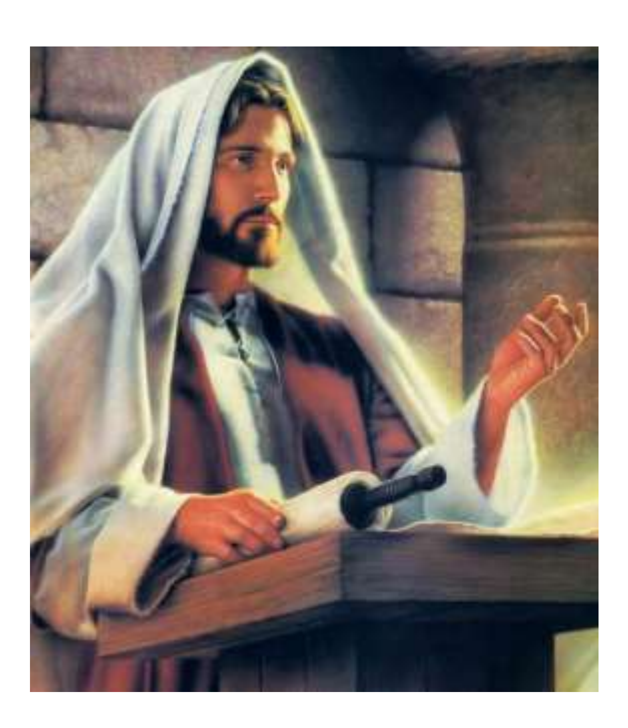
¡Ah!, el emperador está allí, a la ventana, y preocupado observa el río. Allí están delante de él sus doscientos mil soldados; pero ahora no se preocupa de ellos..., sino sólo de mí. Siento que sus ojos me miran y me dirigen una mirada de aliento.

Este pensamiento de que “el poderoso emperador me ve” —escribe el general— me infundió bríos. Con un esfuerzo supremo arengué a mis hombres, éstos desplegaron todas sus fuerzas para vencer la corriente y por fin... pudimos desembarcar en nuestra orilla.

La vida también es un río salido de madre, que hiere con los troncos peligrosos de luchas y dificultades tu pequeña embarcación, mientras que el fuego de un sinnúmero de tentaciones te toma por blanco. Pero Nuestro Señor Jesucristo lo ve todo, lo sabe todo; nunca quita de ti su mirada

alentadora; y toma nota de tus luchas espirituales, ocultas a los ojos de todos los demás.

El capitán Marbot arriesgó la vida para lograr una condecoración; ¿verdad que tú tampoco encontrarás excesiva la constante lucha espiritual para lograr la vida eterna?



Las vacaciones de Jesucristo

Leemos una cosa interesante en el capítulo cuarto del Evangelio según San Lucas.

El Señor interrumpe su viaje apostólico y vuelve a visitar a su Madre, y a descansar tal vez un poco en Nazaret:

"Habiendo ido a Nazaret, donde se había criado, entró, según su costumbre, el día del sábado en la sinagoga, y se levantó para hacer la lectura... Y todos daban testimonio a favor de él y estaban admirados de las palabras llenas de gracia que salían de su boca." (Lc 4, 16,22).

El Señor está en casa de vacaciones. Pero el amor encendido que tiene a las almas no le deja descansar tampoco aquí. Según su costumbre, va a la sinagoga para enseñar a sus paisanos las verdades eternas.

¿Pasas tú las vacaciones de un modo semejante? A final de curso miro los corredores de la escuela. Rebosan de muchachos..., entrega de diplomas..., entusiasmo..., caras encendidas..., adioses. Al cabo de unas

horas un silenció mudo reinas en los corredores..., los estudiantes han tomado ya el tren y vuelan hacia su casa.

La madre que hace tiempo no ha visto a su hijo, le aguarda con el corazón enternecido. ¡Cómo has crecido desde que te vi por última vez!... Los hermanitos menores corretean en torno suyo..., el perro fiel, meneando la cola, salta sobre su joven dueño.

Y empieza el regocijo: han llegado las vacaciones.

El que cumplió su deber durante el año, bien merece su descanso, el juego, las alegrías de las vacaciones sin preocupación alguna.

Pero ¡cuidado! Para ciertos jóvenes las vacaciones son tiempo, no de refrigerio, sino de perdición espiritual; y no faltan quienes durante el corto lapso de tiempo de las vacaciones cometen más pecados que durante los diez meses del curso.

Durante el curso no sólo estudiabas sino que trabajabas con tesón por hermosear tu alma; sería lástima echarlo todo a perder en los meses de vacaciones y caer de las alturas que has logrado escalar a costa de dura fatiga.

¿Qué necesitas hacer? ¿Cómo pasarás con provecho las vacaciones? Siguiendo el ejemplo de Jesús.

Leemos en primer lugar que “según su costumbre” iba al templo. Durante el curso tal vez los profesores observan si asistes o no a la misa dominical y si cumples la obligación de confesarte las veces que lo manda el reglamento del colegio.

¡Qué frívolos son aquellos jóvenes que durante las vacaciones se descuidan de sus obligaciones en punto a religión, porque..., porque nadie los vigila! ¡Pobres espíritus superficiales que sólo son cristianos aparentemente!

Uno de los mayores males de nuestra época y de nuestra sociedad es, que muchos que se dicen cristianos no lo son más que en la iglesia y no hay rastro de cristianismo en su manera de vivir.

Un *scout* tenía pereza de levantarse una mañana. Su madre le reprendió: “¡Pero, hijo mío! ¿Cómo dice vuestro reglamento, el *scout* es amable con los demás, severo consigo mismo?” “Madre —tal fue la respuesta inaudita del muchacho—, yo soy *scout* en el campamento, pero en casa dejo de serlo.”

Esta salida serviría muy bien a muchos hombres ya hechos. Podrían decir también: Yo soy católico en la iglesia, los domingos durante la misa.

¿En casa? ¿En la oficina? ¿En mis diversiones? ¿En mis lecturas? ¿En mis pensamientos? ¿En mis conversaciones...?, entonces no demuestro ni por asomo mi catolicismo.

¡Alerta! Justamente las vacaciones muestran a las claras tu amor a Dios. Son el tiempo de la gran prueba espiritual. ¿Sigues a Cristo con toda el alma, o sólo has fingido una vida de piedad cuando te vigilan?

Quiero creer que a ti no es preciso inculcarte el principio de que las vacaciones significan solamente la suspensión de clases y no la suspensión de tus obligaciones para con Dios.

Tú vas puntualmente cada domingo a participar activamente de la misa (aún más, ahora tienes tiempo de hacerlo todos los días), cumples diariamente tu obligación de rezar por la noche y por la mañana. Y vas a confesarte y comulgar por lo menos una vez al mes, y si tienes ocasión, muchas veces más.

La fuerza auxiliadora y preservadora de la santa confesión y comunión te son más necesarias que nunca en medio de las tentaciones más peligrosas de las vacaciones.

Es lo primero que debemos aprender de las vacaciones de Jesús.

Otra pregunta no menos importante es: *¿Cómo pasaba el Señor los días de vacación?* No sólo iba al templo, sino que, además, enseñaba a sus paisanos.

Tú tampoco debes pasar inactivo las vacaciones; hazte planes de trabajo. No te asustes. No quiero que sigas estudiando como durante el curso escolar, aunque bien podrías tener una hora diaria de trabajo serio incluso durante las vacaciones.

Al hablar de plan o programa de trabajo, apunto tan sólo a la necesidad de tener alguna que otra ocupación durante los meses de descanso. Lee, juega, haz deporte, paséate al aire libre, vete al campamento de los *scouts*, nada, haz pequeños trabajos manuales..., cualquier cosa; pero *ten siempre alguna ocupación*.

No te aburras un solo momento, no estés ocioso. Porque si un muchacho se está sentado sin hacer nada, ya empieza a pisar el camino que conduce al pecado. El holgazán aprende cosas malas. Y el que nada tiene que hacer, está a las órdenes del diablo.

Siguiendo el ejemplo de Jesucristo, enseña a tus compañeros a practicar el bien; que se te brindan entonces ocasiones favorables. Si amas

sinceramente a Dios, te servirá de satisfacción el poder encender este fuego en el alma de los demás.

¿Puede arder el fuego en la chimenea sin despedir calor? ¿Puede una lámpara dejar de iluminar? Así también tu vida alegre y sencilla debe calentar en el amor de Dios a tus compañeros, tu conducta ejemplar debe iluminar a cuantos te rodean.

Circe transformó en puercos a los compañeros de Ulises. Con tristeza observamos cómo los muchachos perversos ensucian y transforman a sus amigos en inmundos animales, en perros que ladran furiosamente, en bestias indómitas. Tu buen ejemplo, en cambio, puede hacer de ellos seguidores de Jesucristo, obedientes y limpios de corazón.

Los planes del Señor para cautivar y conquistarse almas están llenos de misterio; muchas veces el ejemplo magnífico de un estudiante profundamente religioso, que pasó las vacaciones en una granja, en una aldea, con una familia conocida, fue causa de que algunas almas frías volviesen a Cristo.

“A la hora que menos penséis...”

“Velad, pues, porque no sabéis qué día vendrá vuestro Señor... Estad preparados, porque en el momento que menos penséis, vendrá el Hijo del hombre.” (Mt 24, 42.44).

Jesucristo no quiso pintar de sombríos colores nuestra vida; y si nos llama la atención sobre la incertidumbre de la muerte no es para que predomine en nosotros el espíritu de temor. No hemos de vivir temiendo siempre la muerte, sino *estando preparados para ella en cualquier momento.*

Mors certa, hora incerta, así reza la inscripción del reloj de la torre de Leipzig; la muerte es cierta, incierta es su hora.

Una vieja y hermosa leyenda nos cuenta cómo en un claustro situado a la vera de un bosque, el hermano portero oyó una vez el canto seductor de un pajarillo. Abandonó su puesto por unos momentos, salió del claustro y escuchó de cerca los deliciosos trinos.

Cuando volvió al claustro encontró la puerta cerrada. Llama, le abre un fraile desconocido. Se miran con sorpresa...

En el claustro todo ha cambiado. Son nuevos todos los hermanos, y miran con extrañeza, como si fuese un espectro, al fraile viejo. No saben

su nombre, sacan antiguos folios y buscan datos de su vida y así descubren que hace cien años desapareció un hermano portero del mismo nombre que él...

Pasaron cien años sobre el fraile; cien años que le parecieron a él no tener más duración que el canto de un pájaro.

El tiempo huye, vuela sin notarlo nosotros. Pasan los años. Entró el año nuevo..., otro año..., otro año más... ¿Cuántos nos quedan todavía? ¡Cuán aprisa llegará el último, corriendo como corre el tiempo!

Estás preparado en todos los momentos para le llegada de la muerte.

—”Yo apenas cuento dieciséis años. Me quedan aún muchos años de vida por delante”—. Así te lo imaginas al sentirte en la plenitud de la juventud. Pero no te fíes demasiado. Sí; es lícito pedir a Dios que nos conceda una larga vida terrena; pero no sabes si esto es lo que Dios juzga más provechoso para ti.

En el templo de Bergheim se lee la siguiente inscripción sobre el sepulcro de un joven: “La muerte no es cortés, muchas veces hace preceder los jóvenes a los viejos”. ¿Y si el Señor te llamara ahora en los años de la juventud como a uno de mis discípulos predilectos, un año después de acabar el bachillerato?

Se bañaba en un lago. Sus padres estaban a la orilla. Pero el muchacho no volvió. Sacaron su cadáver al día siguiente. ¡Qué tragedia! ¿Sabes cuál fue el consuelo de los padres apesadumbrados? Que su hijo se había confesado y comulgado aquella misma mañana.

¡Es la tranquilidad del alma recta!

Cinco minutos

En un libro espiritual se leen estas líneas sobre el valor de esta pequeña porción de tiempo, cinco minutos:

“Cinco minutos. Son un tiempo tan corto, que muchos hombres ni siquiera lo consideran tiempo. “Sólo cinco minutos” —suelen decir—. Esperar cinco minutos, sufrir cinco minutos es algo que no está todavía por encima de las fuerzas del hombre. Sin embargo, cinco minutos son mucho tiempo. ¡Cuántas cosas pueden suceder en cinco minutos!

Muchas veces se falla en cinco minutos una cuestión de guerra o de paz, y sufren después las consecuencias durante la vida entera muchas

viudas y huérfanos. Bastan cinco minutos para decidir la estrategia de una batalla, y sobre la vida de millares de hombres.

En cinco minutos puede volverse criminal el hombre honrado. En cinco minutos los mejores amigos pueden trocarse en enemigos. Y los cinco últimos minutos de nuestra vida deciden el negocio de nuestra felicidad o condenación eterna.”

En una vieja tumba cristiana están grabadas estas pocas y expresivas palabras: *Decessit in osculo Domini*, “Murió con el beso, con el abrazo del Señor”. Aprende la hermosa costumbre de recitar al final del rezo de la noche un Avemaría más para conseguir una muerte tranquila y feliz, para que en cualquier momento que te llame el Señor, te encuentre preparado.

“En la hora que menos penséis...” ¿Estás preparado tú en cualquier momento para el último viaje? Es una tremenda desgracia que cometa un joven pecado grave; pero es un atrevimiento aún más inconcebible vivir durante semanas y meses con el reato de culpa en la conciencia.

Cuando Margarita de Alacoque agonizaba, sus hermanas de religión le preguntaron si tenía que tomar aún algunas disposiciones. “No —contestó ella—; ya estoy lista.” ¡Ojalá tú también pudieras decirlo en cualquier momento!

¿Qué sería si tuvieras que comparecer ante el Señor hoy mismo? ¿Estás preparado? ¿No tendrías que pedir perdón antes a tus padres? ¿No hay alguno entre tus amigos con quien has sido duro y con quien deberías hacer antes las paces?

¿No has omitido deberes que antes tenías que cumplir? ¿No hay ningún pecado que antes deberías lavar con el sacramento de la penitencia? Si hubiere algo, pon orden hoy mismo, porque “a la hora que menos penséis vendrá el Hijo del hombre”.

Prudente cosa es hacer en la oración de la noche un pequeño examen de conciencia e ir a descansar con el alma purificada por sincero arrepentimiento.

En otra tumba de la época del cristianismo primitivo se leen estas palabras: *Decessit in albis*: “Murió con blanca vestidura”, es decir, cuando todavía llevaba la túnica blanca impuesta en el bautismo.

¡Ojalá pudiesen decirse de mí las mismas palabras! ¡Que también mi alma fuese blanca cuando el Señor viniese a buscarla! Entonces podrías grabar también sobre mi tumba estas palabras: *Non moriuntur, sed oriuntur*, “No mueren, ahora empiezan a vivir”.

Así, la vida terrena no es más que un viaje nocturno por mar; al final me aguarda la luz espléndida del sol que se levanta.

EI Cristo del Juicio

"Cuando el Hijo del hombre venga en su gloria acompañado de todos sus ángeles, entonces se sentará en su trono de gloria. Y hará comparecer delante de Él todas las naciones...

Entonces dirá el Rey a los de su derecha: "Venid, benditos de mi Padre, recibid la herencia del Reino preparado para vosotros desde la creación del mundo." (Mt 25,31.32.34).

Entonces dirá también a los de su izquierda: "Apartaos de mí, malditos, al fuego eterno preparado para el Diablo y sus ángeles... E irán éstos a un castigo eterno, y los justos a una vida eterna." (Mt 25, 41.46).

¡Palabras que asombran, palabras del Cristo del juicio final! El angustioso esclarecimiento a los ojos del mundo, el pensamiento de quitar el velo que cubre las almas, quizá levante en nosotros sentimientos aún más eficaces que la importancia e incertidumbre del momento de nuestra muerte, de que tratamos antes.

El día de Navidad del año 1541 se descorrió el velo que cubría el cuadro colosal de Miguel Ángel: "El Juicio Final". Produce una impresión de asombro en el alma de cuantos lo contemplan.

La figura de Cristo que viene para el juicio no es ya la del dulce Redentor; tiene algo su majestad de la majestad del rayo. No parece sino que la misma Virgen se estremece a su vista. Hay en el cuadro más de trescientas figuras: profetas, apóstoles, mártires, santos padres...

Los ángeles tocan la trompeta y a su voz se levantan de la tumba los muertos...; los padres abrazan a los hijos, el amigo al amigo...; pero en todos los rostros se pinta el terror, y todos reflejan la impresión de una conmoción jamás sentida.

Y no es más que un cuadro concebido por el artista. ¿Qué será en la realidad?

Los hombres suelen tranquilizarse y envalentonarse para el pecado, diciendo: "Dios es *bueno, bueno, muy bueno...*; no puede castigarnos para toda una eternidad."

¡Cómo se equivocan! La belleza no es blandura, la bondad no es falta de fuerzas, y Dios no es impotencia. No sería Dios si no pudiera cumplir su voluntad. La sublimidad lleva consigo la fuerza.

"El tilo no es tan sólo fragancia, sino también energía; el roble no es tan sólo follaje, sino un poder que se resiste al hacha; el pino no es únicamente resina, sino también palo; el león no es tan sólo pelo blando, sino diente y garras que destrozan; el aire no es tan sólo suave brisa, sino huracán deshecho; el mar no mece únicamente conchas, sino que barre continentes enteros." (PROHÁSZKA.)

¿Y Dios? Dios no es tan sólo Padre tierno y amoroso, sino *también Juez, que cuando es necesario castiga con mano firme y sanción eterna la infidelidad.*

El artista, mientras va esculpiendo la estatua, no la deja ver al público. Pero cuando ya la tiene acabada, la presenta con solemnidad: la descubre. En el juicio final caerá el velo de nuestra vida, y se fallará la cuestión decisiva; o se acusa en ti la semejanza con Dios, o la has desfigurado... irremisiblemente.

Los hombres procuran encubrir durante su vida terrena su verdadero espíritu; echan un velo sobre su alma. ¿Quién es humilde hasta confesar ante otros sus debilidades?

Escondemos nuestros pensamientos. Un velo cubre nuestra vida aun a los ojos del amigo más íntimo. Pero en el momento del juicio el velo se descorre.

Los ejércitos de Otón, rey de los checos, y del emperador Rodolfo estaban frente a frente, para empezar la batalla, cuando Otón se asustó de la fuerza del enemigo, muy superior a la suya, y prometió prestar juramento de fidelidad a Rodolfo.

Pidió por favor no tenerlo que hacer públicamente, sino en secreto, sin ser visto de nadie, en la tienda imperial. Cuando estaba hincado de rodillas ante Rodolfo, las cortinas de la tienda, según plan preconcebido, cayeron al suelo repentinamente, y todo el ejército vio como se arrodillaba Otón ante el emperador...

¡Estimado joven! Así caerá el velo en el juicio final, y aparecerán todos tus pecados no perdonados, todo lo que hayas pensado, hecho y hablado durante tu vida... Sí; tengo sobrado motivo para mirar con recelo el momento de esta revelación. Allá no habrá excusas, no servirán las historias.

He aquí el momento decisivo: compareces ante Dios; no te pregunta cuánto tiempo has vivido, sino *cómo has vivido*

A su mandato abre un ángel el libro de la vida. Cuantos días, tantas páginas... Ahí están los días de tu niñez... Están registradas todas tus oraciones, las que decías aun en el regazo de tu madre, quizás comprendiéndolas sólo a medias, pero con fervor.

La primera confesión. ¡Con qué sincera contrición te arrepentiste de tus faltas leves!... El ángel sigue hojeando; tu cuerpo se ha desarrollado; ¿y tu alma?

Mira: están consignadas todas tus palabras..., aun los pensamientos están registrados. Ya no te acordabas de aquel día en que Paco, tu vecino, te instigaba a cometer pecado, y tú resististe. Ni de aquel otro en que después de una excursión, al llegar cansadísimo a casa, no dejaste de rezar tus oraciones. Sí; tus obras buenas, aun las más insignificantes, todas tus victorias están consignadas.

El ángel sigue todavía hojeando: su rostro se pone sombrío... y tú te pones intranquilo. Ahora viene una página negra —el primer pecado mortal—. Y otras páginas... negras. Y ¡cuántas de esta clase! La última página —el día de tu muerte— también es negra.

El ángel cierra el libro, que contiene la suerte de una vida entera, de una vida que empezó con tantas esperanzas y que acabó tan sombríamente.

Tu ángel de la guarda se aleja llorando; pero ahora ocupa su lugar el ángel caído.

—Tú, Juez divino, te hiciste hombre por éste, has sufrido en un establo frío. Has vivido por él pobremente durante treinta y tres años. Tú y no yo. Has sufrido por él en el monté de los Olivos. Has consentido que te coronaran de espinas, que te crucificaran..., a Ti y no a mí. Has muerto en medio de los tormentos más atroces... Todo esto lo has hecho por esta alma, lo has hecho Tú y no yo; y *ella, sin embargo, no te sirvió a Ti, sino a mí*.

Falla, pues: ¿a quién ha de pertenecer para toda la eternidad? ¿A Ti, de quien ha renegado, o a mí, a quien sirvió con fidelidad?...

—*E irán aquéllos a la felicidad eterna y éstos al suplicio eterno*. Y DANTE graba sobre la puerta del infierno las palabras espantosas de la desesperación: *“Abandonad toda esperanza los que entráis aquí.”*

Arrodíllate ante el crucifijo y pronuncia con alma conmovida las palabras de la secuencia *Dies irae*:

“Recuerda, amante Dios de mi vida
que fui yo causa de tu venida.
No se pierda mi alma afligida.

Tú por buscarme te has fatigado,
por redimirme fuiste clavado.
No quede inútil tanto cuidado.

Esto te pido, puesto de rodillas,
contrita el alma y lloroso el rostro,
no sea objeto de tus enojos.”

CAPÍTULO III

Jesucristo en la pasión

Tanto amó Dios al mundo, que nos dio a su Hijo unigénito, a fin de que todos los que creen en él no perezcan, sino que tengan la vida eterna. (Jn 3, 16)

Como hubiese amado a los suyos que estaban en el mundo, los amó hasta el extremo. (Jn 13, 1)

Me amó, y se entregó a sí mismo por mí. (Gál 2, 20.)



Amaos los unos a los otros

Es noche del jueves. El señor celebra la última cena con sus los. Su corazón está enternecido. Se despide.

Hijitos míos, por un poco de tiempo aún estoy con vosotros... Un nuevo mandamiento os doy, y es éste: que os améis unos a otros; y que del modo que yo os he amado a vosotros, así también os améis unos a otros. Por esto sabrán todos que sois mis discípulos, si os amáis unos a otros" (Jn 13, 32.34.35).

Esta es la herencia del Señor: el gran mandamiento del amor.

Ama en primer lugar a los de casa, sé con ellos amable, atento, servicial. Es esto más difícil que ser amable con los otros, con la gente de fuera.

Nos encontramos muchas veces con jóvenes que, en ajena casa, en una reunión con gente extraña, no saben qué hacer de puro corteses y atentos; pero en casa están de mal humor y son tercos para con sus padres, insoportables con los hermanos y gritan groseramente cuando hablan a la empleada del hogar.

Si a tu madre se le cae una cosa, levántala en seguida. A tu hermanita le cuesta levantar una cesta, ayúdala. Meriendas con tu hermano, déjale lo mejor. Se ha perdido algo en casa, sé tú el primero en buscarlo. Cumplirás de verdad el gran mandamiento del amor si cumples con cara sonriente las menudas obligaciones de la vida diaria.

Sé amable y atento también con tus compañeros. No solamente con aquellos que llamas "amigos", sino con todos sin excepción. Todos los compañeros, claro está, no pueden ser tus "íntimos" amigos; pero puedes tratarlos a todos bien. Aun a aquellos que "son tan antipáticos", que son más pobres, menos listos.

Más: con éstos debes extremar tus atenciones. Porque si logras vencer tu antipatía natural —ésta brota regularmente de meras exterioridades— no sólo cumples el mandamiento del amor, sino que además trabajas de un modo eficacísimo en la formación de tu propio carácter, en el robustecimiento de tu voluntad.

"Este es mi cuerpo"

"Mientras estaban cenando, tomó Jesús pan y lo bendijo, lo partió y, dándoselo a sus discípulos, dijo: «Tomad, comed, éste es mi cuerpo." (Mt 26,26).

La historia que voy a relatar sucedió el año 1870, en tiempo de la guerra francoprusiana.

En una humilde aldea se declaró un incendio, y el primer edificio donde hicieron presa grandes llamas fue justamente la casa del Señor. Los habitantes, aterrados, corrieron a la iglesia con la cara lívida; pero allí se quedaban como clavados en tierra, porque veían que ya no había manera de salvar el edificio. Enormes lenguas de fuego salían del templo; el párroco no estaba en casa, y allí, en el interior de la iglesia... *estaba encerrada la Santísima Eucaristía*.

Se reunieron los feligreses en consejo: ¿Quién entrará para sacar la Sagrada Hostia? Todas las miradas se volvieron al juez. "El es la primera

dignidad de la aldea, a él le corresponde hacerlo.” “¿Yo? Yo no puedo —exclamó el juez—. Yo, pobre pecador, ¿voy a coger en mis pianos el Santísimo Sacramento, a Nuestro Señor, a Nuestro Divino Redentor? No; no puede ser.”

Entonces designaron a otro, a un tercero, a un cuarto...; pero la respuesta era siempre la misma: “Yo, gran pecador, ¿yo podré tocar el Santísimo Sacramento? No; no me atrevo.”

Entre tanto el fuego iba extendiéndose; todo el edificio era ya como un mar inmenso de llamas. No había tiempo para esperar. En el trance de mayor apuro se le ocurrió al juez una idea salvadora: “Hombres —exclamó—, yo tengo un hijo de cuatro años, un alma inocente, angelical. El Salvador amó siempre a los pequeñuelos, los amó por su alma sin mancilla.”

Cogió al niño en sus brazos, entró en el templo incendiado, abrió la portezuela del sagrario: “Hijito, mira, en este copón está el Niño Jesús; cógelo bien.”

Al cabo de unos instantes, en medio de las vigas que crujían, humeantes, en medio de tizones encendidos, bajo una lluvia de chispas, con el vestido chamuscado aparece en la puerta el juez, con su hijito en brazos, y el niño estrechando contra su pecho el Santísimo Sacramento. El Santísimo estaba salvado...

¡Cómo sabía esta gente sencilla con qué amor, gratitud, ternura se ha de comportar el hombre para con el Santísimo Sacramento!

Si el alma de todos los hombres ardiera con el amor de los querubines; si los labios de todos cantaran incesantemente los cánticos de gratitud de los serafines; si cada latido de nuestro corazón se dirigiese al Santísimo Sacramento, ni aun así podríamos tributar la debida acción de gracias por el amor inmenso que movió al Salvador para entregarse a nosotros por completo, sin reservas en este sacramento.

Nos dio más que si nos hubiera dado el mundo entero, porque nos dio a Sí mismo, que creó todo el universo con todo su poder, bondad y méritos.



Desciende a nosotros para unir su cuerpo con el nuestro, para mezclar su sangre con la nuestra, para fundir con la nuestra su alma.

“Como hubiese amado a los suyos que estaban en el mundo, los amó hasta el extremo.” (Jn 13,1).

¿Y a quién se da? ¿Acaso mandó que sólo fuese la Virgen bendita quien recibiese su santísimo cuerpo? ¿Quizás dejó instituido que sólo fueran almas puras, almas angelicales las que pudieran acercarse a su mesa, hombres no manchados por pecados graves?

Humanamente tal cosa se podía esperar. Pero no es así. Invitó a todos los hombres, sin excepción, a todos los fieles de todos los tiempos y de todas las naciones.

No hizo excepción para nadie; aún más, dejó una orden severa: *“Si no coméis la carne del Hijo del hombre, y no bebéis su sangre, no tendréis vida en vosotros”* (Jn 6,54).

No quiere morar en la lejanía, en un lugar apartado, sino en medio de nosotros, completamente a nuestro lado.

Levanta sus tabernáculos entre las viviendas humanas, para que no haya nadie que no encuentre en Él medicina y consuelo en los trances de dolor y de tristeza.

Hace dos mil años que habita entre nosotros y como el Sol hace vivir al mundo de la naturaleza, así Él da vida, calienta, conforta nuestro mundo espiritual.

¡Se hace presente todos los días en miles y miles de misas, para calmar, levantado entre cielo y tierra, el enojo de su Padre e implorar su bendición para nosotros!

Se hace presente en la sagrada comunión, en que se entrega con el mismo amor a pobres y ricos, a viejos y jóvenes.

“Haced esto...”

Imagínate que hubiera dado el Señor a sus apóstoles y a los sucesores de éstos el poder limitado de hacer uno de ellos cada cien años lo que hizo Él en la última cena: recitar las misteriosas y santas palabras sobre el pan y el vino, y hacer que éstos se trocasen instantáneamente en cuerpo y sangre del Salvador.

Si la santa misa se celebrara solamente cada cien años en un solo punto de la tierra, imagínate cómo correrían en tropel los pueblos, acudiendo aun de los lugares más distantes del orbe, para poder participar en el sacrificio sublime.

El amor de Nuestro Señor Jesucristo instituyó el Santísimo Sacramento de muy otra manera. Encargó a sus apóstoles: *“Haced esto en memoria mía”* (Lc 22,19); invistió así a todos sus sacerdotes del poder de llamarle a Él en cualquier lugar y en cualquier tiempo en medio de los hombres.

¡Qué facilidad dio al milagro sublime de la transustanciación! ¡Unas breves palabras y se realiza una cosa infinitamente sublime!

Cuando en la santa misa, en el momento de la consagración, el celebrante coge la hostia, ésta no es más que pan de trigo. Después el celebrante se inclina sobre la hostia y el vino, recita las palabras del Salvador: *Este es mi cuerpo: Esta es mi sangre*, y en el momento están allí el cuerpo sacratísimo y la preciosísima sangre del Señor; allí está Cristo todo entero.

Entonces levanta el celebrante la hostia consagrada; en el mismo momento la frente de los fieles se inclina en homenaje de adoración.

Y si preguntamos por qué motivo hizo Jesús tan fácil transustanciación, la respuesta es así: lo hizo para que nosotros podamos llegar a Él con más facilidad, para que Él pueda estar con nosotros en todas partes y recibir en un sinnúmero de altares el homenaje de los hombres y hacer una entrada triunfal en muchas almas.

Para que sea mayor el número de quienes nos hincamos de rodillas con amor y gratitud ante su acatamiento. *“Como hubiese amado a los suyos, que estaban en el mundo, los amó hasta el extremo.”*

Cuando medito el amor sin fronteras de Nuestro Señor, se dibujan en mi fantasía los contornos de una visión admirable (Inspirada en KLUG).

Por la mañana, cuando el Sol nace y los primeros rayos rozan con suave caricia una parte de la tierra, allá abajo, en el punto que ahora me imagino mirar desde las altas nubes, se encienden millares y millares de velas, su luz pasa por los ventanales de los oratorios, templos, catedrales...

Sacerdotes revestidos de ricos y recamados ornamentos suben al altar para murmurar con santo temor las palabras misteriosas de Jesús sobre la pequeña hostia blanca y el vino vertido en el cáliz de oro.

Para levantar después aquel cuerpo sacratísimo que estuvo con los brazos extendidos pendiente de la cruz entre el cielo y tierra allá en el Calvario y aquella sangre que entre atroces dolores derramó el Salvador para redimirnos.

A medida que va rodando la Tierra, nuevos y nuevos continentes se colocan bajo los rayos del Sol, en nuevos y nuevos países despunta el alba... y en nuevos templos y capillas enciéndeme las velas, empiezan las misas.

Cuando aquí las campanas tocan el mediodía y se acaban las misas, en América no son más que las seis de la mañana, y entonces empiezan allí el santo sacrificio. En otros puntos de la tierra son las cuatro, las tres, las dos, media noche.

No pasa una hora, ni un minuto, ni un segundo de las veinticuatro horas del día sin que se celebre en uno u otro punto de la tierra la santa misa, y sin que los fieles devotos rodeen con amor, con agradecimiento e hincados de rodillas el sacrificio del santísimo cuerpo y de la preciosísima sangre del Salvador.

Y cuando toca la campanilla que anuncia la Elevación, parece que la lengua de plata de estas innumerables campanillas lanza a los grandes espacios el himno de gratitud y de amor de la humanidad...

Vuela el tintineo de las campanillas sobre campos, montes, valles, ríos, mares..., sobre ciudades y aldeas, sobre dilatados países. Vibra sobre las verdes islas, sobre los picos que se yerguen hacia los cielos.

Su último estremecimiento muere allá en las costas del Glacial Ártico, donde en pobres chozas de nieve se arrodillan los esquimales solitarios en la misa que celebra el misionero.

Y emprende su camino la voz triunfal de las campanillas también hacia el sur; vuela por encima de las vetustas catedrales de Italia y España, sobre las costas septentrionales del África...; sigue su camino más hacia el sur. Atraviesa los mares inmensos y recoge en su gran armonía la débil voz de la campanilla que resuena en el camarote de un trasatlántico.

Por toda la redondez de la tierra se realiza el mismo acto sagrado, se ofrece a Dios el mismo culto, el mismo Redentor, el mismo Hijo de Dios se hace presente, se sacrifica por nosotros; brota el mismo cántico de gratitud y alegría de labios de los negros que en un rincón perdido del bosque de palmeras, allá en África, oyen la misa celebrada por el misionero, en una tienda rústicamente construida.

El mismo cántico de gratitud y alegría suena entre las paredes blanqueadas de las sencillas capillas campestres, y también en aquellos santuarios cuyas ventanas contemplan, como los ojos asustados de un rapaz, los campos de nieve, los campos helados, rígidos, inanimados del polo norte...

Y esto va repitiéndose de momento en momento, de hora en hora, de mes en mes. Nuestra Tierra va rodando de continuo en este misterioso y sublime sacrificio de acción de gracias; no parece sino que el Salvador pasa de nuevo por la tierra como lo hizo hace dos mil años, cuando recorrió la Palestina de un modo visible.

Extiende los brazos para bendecir, y sobre los pueblos y naciones, arrodillados a sus plantas, pronuncia como hace dos mil años su oración: *"Padre santo, cuida en tu nombre a los que me has dado, para que sean uno como nosotros... No te pido que los saques del mundo, sino que los preserves del mal"* (Jn 17, 11.15).

Estimado joven: pensando así de la santa misa, ¿no participarás de ella con mayor fervor? ¿No buscarás todas las ocasiones que puedas para asistir a ella?

¿Podrías faltar tú en esta grandiosa oración de gratitud de pueblos y naciones? ¿Podrías faltar en el número de los fieles devotos que día tras día se arrodillan a los pies del Señor, presente tras el humilde velo de la pequeña y blanca hostia?

Reservas de energía

Existen todavía muchas cosas que los sabios no lograron descubrir. Saben ellos lo que con más urgencia necesita la humanidad; y buscan la solución de tales problemas mediante complicados cálculos y experimentos de laboratorio.

No sabemos, pongamos un ejemplo, transformar con la debida economía las diferentes fuerzas de energía...

No sabemos alumbrar todavía con la electricidad de tal modo que la mayor parte de la energía no quede desparramada en forma de calor.

No podemos aún almacenar el gran calor, del verano; no sabemos recoger —valga la expresión— en tarros de compota las energías irradiadas, por el Sol y abrirlas en los días helados del invierno dentro del cuarto para calentarlo así... Y, sin embargo, ¡qué incomparable invento sería éste! ¿Verdad?

Pues mira: el que se confiesa y comulga con frecuencia va almacenando las más preciosas energías espirituales para los días en que un viento glacial de pecado y de tentación quisiera matar la vida del alma.

Cada comunión bien hecha es un acopio de energías para los días y semanas de lucha. *"Yo soy el pan vivo bajado del cielo"* (Jn 6,51). *"Quien come mi carne y bebe mi sangre tiene vida eterna; y yo le resucitaré en el último día"* (Jn 6,55).

Jesucristo con su divina omnipotencia hizo que Belén, Nazaret y el Calvario no estén más lejos de mí, hombre del siglo XX, que lo estaban de los contemporáneos del Señor. Aún más: mi unión con Cristo es más íntima.

Cuando comulgo me uno a Cristo de un modo más íntimo que abraza el mar al pez que se mueve en el agua, o que el aire al pájaro que vuela en él. *"Quien come mi carne y bebe mi sangre, habita en mí y yo con él"* (Jn 6,57).

Fíjate cuánta fuerza da el calor al agua. Mientras está fría el agua, no tiene fuerza. Pero ponla sobre el fuego, caliéntala hasta hervir para trocarla en vapor; entonces mueve trenes enteros, levanta toneladas de peso, lleva buques a través del océano. Tu alma es el agua fría, y la comunión es el fuego que ha de hacerla hervir.

Después de la comunión el Señor está en mí y yo le llevo a casa. Ojalá meditaras una vez siquiera con seriedad y de un modo consecuente lo que significa: *yo llevo al Señor a casa*.

Me voy a casa... y el Señor está en mí. Aquellos anuncios de desnudos me hacen muecas y señales en los kioscos de las calles; pero ahora me resulta fácil pasar junto a ellos sin tentación; claro está: *llevo al Señor conmigo*.

Mi hermano es tan testarudo y tan vehemente como de costumbre, pero ahora me resulta fácil ser comprensivo con él; claro está: *llevo al Señor conmigo*.

Mi padre tiene la misma expresión de inquietud y seriedad de siempre; pero ¡qué dispuesto me siento ahora a distraerle y alegrarle el día!; claro está: *llevo al Señor conmigo*.

El álgebra es tan aburrida como de costumbre..., y la conjugación de los verbos alemanes irregulares es tan difícil como siempre..., y mi cuarto de estudiante es tan pobre y mi comida tan frugal como los otros días, y, no obstante, veo con otros colores el mundo que me rodea; claro está: *llevo al Señor conmigo*.

Y principalmente, cuando me acometen las tentaciones, ¡cuánto más fácil me resulta vencer, porque *llevo conmigo al Señor, fuente de vida*!

Dijo Jesucristo: *“Así como el Padre, que me ha enviado, vive, y yo vivo por el Padre, así quien me come, también él vivirá por mí”* (Jn 6,58).



Hágase tu voluntad.

Después de la última cena el Señor se fue al Monte de los Olivos y allí *“se postró en tierra, caído sobre su rostro, orando y diciendo: Padre mío, si es posible no me hagas beber este cáliz; pero, no obstante, no se haga lo que yo quiero, sino lo que Tú”* (Jn 26,39). *“Y le vino un sudor como de gotas de sangre, que chorreaba hasta el suelo”* (Lc 22,44).

¡Momento denso de emociones! El Señor carga sobre sus hombros todos los pecados del mundo, para expiarlos ante el Padre celestial.

Cuando la inmensa muchedumbre de culpas se desploma sobre el alma del Señor que nunca, conoció pecado, se apodera de Él una

repugnancia indecible. Padre, líbrame de esta prueba, pero... que se haga como lo quieres Tú.

El asombroso acontecimiento del Monte de los Olivos brinda muchas enseñanzas. También al joven. Acaso a ti te aguarden en la vida muchas desgracias y pruebas, pues no hay vida humana sin sufrimientos.

¿No te será lícito llorar? ¿No podrás mostrar a Dios tu corazón herido? Sí. Pero una cosa debes evitar siempre: la desesperación.

No has de murmurar contra Dios. No has de rebelarte, no has de abatirte. Sino..., aunque tengas que derramar gotas de sangre, recita, sin embargo, la oración: "Padre, no se haga lo que yo quiero, sino lo que Tú".

¡Qué magnífico ejemplo del cumplimiento fiel de la misión plenamente conocida nos da Cristo en el Monte de los Olivos, cuando suda gotas de sangre, pero no falta a su misión!

Perseverar en el cumplimiento del deber, permanecer fiel a los principios, aceptar con paz y serenidad la mala suerte y a las desgracias: todo esto nos enseña el ejemplo del Señor.

Sigues al Cristo que lucha en el Monte de los Olivos y mitigas su dolor, si cumples religiosamente tu deber a pesar de todos los obstáculos, a pesar del desaliento, del fracaso, de que te rechazan y te dejen solo.

Mitigas el dolor de Cristo cuantas, veces cumples tu obligación aunque te dé náuseas y estudias aun cuando no te apetezca.

Mitigas su dolor siempre que venciendo tropiezos asistes a la misa dominical..., si permaneces fiel a tus principios a pesar del ejemplo contrario de la sociedad..., si en los momentos de tristeza, de prueba y de fracaso sabes pronunciar con humilde corazón estas palabras: *"Padre mío, si es posible no me hagas beber este cáliz; pero no se haga lo que yo quiero, sino lo que quieres Tú".*



Judas

“Entonces, Judas Iscariote, uno de los doce, fue a verse con los príncipes de los sacerdotes, y les dijo: ¿Qué me daréis si os lo entrego? Y se ajustaron con él en treinta monedas de plata” (Mt 26,14.15).

Las lenguas en general juntan el concepto de lo más abyecto con el nombre de Judas. La infidelidad y la traición al amigo era ya en la edad pagana un crimen deshonroso, y Judas cometió la traición en circunstancias que aumentan en gran manera la villanía de su acto.

Hoy a todos nos dan escalofríos estas simples frases: “beso de Judas”, “alma de Judas”, “salario de Judas”.

Pues bien: cuando seguía Judas al Señor, tenía ante sí un porvenir brillante; pero acariciaba una pasión muy arraigada: la avaricia; y de ésta brotaron las otras: la mentira, el engaño, los planes secretos.

La vida nos enseba que muchas veces una sola pasión dominante, si se desarrolla con exceso, es causa de nuevas pasiones pecaminosas, hasta que llega la ruina total.

La experiencia nos ofrece abundantes datos de jóvenes irreprochables en su tierna edad, firmes de carácter, religiosos, alegres, y a medida que crecen, a medida que va desarrollándose su cuerpo, en vez de crecer y desarrollarse también las buenas disposiciones del alma, se vuelven cada vez más rudos, empiezan a ser remisos en el cumplimiento de sus deberes religiosos, se someten cada vez más a sus pasiones.

Judas también empezó con un leve defecto. Su primer pecado no era tal vez más que un pequeño engaño o robo. Era él quien manejaba el escaso caudal común de los apóstoles. Con este cargo despertó en su alma la pasión del dinero, y *porque no resistió a la primera tentación, porque se dejó subyugar por las pequeñas tentaciones*, éstas poco a poco se adueñaron de su espíritu, y ya sabemos adónde le condujeron: a cometer el mayor pecado, a ser perjuro y vender a su Dios.

Los grandes criminales no empiezan en seguida con el asesinato. Al principio no hacen más que satisfacer su gula con pequeños robos caseros; engañan en un punto o en otro a sus padres; pero al primer pecado le sigue el segundo, al segundo... el décimo; después de los pecados pequeños vienen los grandes.

El comer aumenta el apetito. El alcohólico no empieza en seguida con la borrachera. Primero bebe unas copas más de lo prudente, se va después acostumbrando y bebiendo cada vez más.

El que ha dado el primer paso por la pendiente difícilmente se podrá parar. Basta una grieta de poca importancia en el dique para que las aguas lleguen a inundar todo el pueblo. Basta una sola chispa para que el viento pueda promover un incendio.

El ejemplo de este desgraciado apóstol es para nosotros amonestación viva; un terrible aviso para no coquetear con los pecados pequeños, para no considerarlos como pequeñeces.

Judas tenía también otro defecto: *no hacía oración*. La oración es una fuerza contra las tentaciones; pero Judas no rezaba. Cuando se da cuenta de su crimen, corre a todas partes en busca de ayuda...; pero no acude a Dios. *Para él no existe Dios, porque se ha olvidado de orar*. Hemos de rezar para saberlo hacer bien en las horas difíciles, en las horas decisivas.

La conciencia no dejaba descanso a Judas. Se fue de la ciudad. Lo describe el poeta: "Gritando se tiró por el suelo, y aullaba durante toda la noche. Pisoteaba con sus talones las treinta monedas de plata, mesaba sus cabellos desgreñados. Chocaba su cabeza contra las rocas agudas, y desgarraba enloquecido su túnica. Con sus uñas hacía brotar sangre de su pecho y sofocado caía en el polvo."

¡Qué cuadro más abrumador! ¡En el Gólgota el Hijo de Dios agonizando...; aquí en el campo de Hacéldama el traidor suicida!

Y desde entonces es odiado y maldito el nombre de Judas por todas partes. "¡Judas!" Así se llama aún hoy al hombre que apostató de sus principios, de sus convicciones, de su fe.

Judas se ahorcó. Si hoy se ahorcaran todos los modernos Judas, ¿habría bastante soga en las tiendas y bastantes troncos en los bosques para servir de palo de que colgarse?

Señor mío, Jesucristo, dame fuerzas para no ser tu Judas... Señor, no quiero serte traidor.



Pedro

Uno de los hechos más instructivos de la historia de la Pasión es la negación de San Pedro. ¡Qué carácter tan recio tenía Pedro! ¡Y con todo cayó! Cayó porque se había fiado mucho de sus propias fuerzas.

Aunque tengas muy buena voluntad, aunque hayas permanecido con firmeza en el camino del bien hasta el presente momento, no te fíes demasiado... Esta es la moraleja que nos brinda la negación de Pedro.

Por tercera vez le echan en cara su carácter de discípulo de Jesús. Pedro *"entonces se puso a echar imprecaciones y a jurar: ¡Yo no conozco a ese hombre!"* (Mt 26,74).

Y en aquel momento, estando aún hablando, cantó un gallo. El Señor se volvió y miró a Pedro... Y saliendo fuera, rompió a llorar amargamente" (Lc 22,60.61.62).

¡Cuántas cosas debió decir aquella mirada muda, llena de reproches, de Jesucristo!

¡Pedro! ¿De veras no me conoces? Yo soy el Maestro, que te escogí para apóstol (cf. Mt 4,18-22).

Yo soy el que me acerqué a ti un día caminando sobre las olas, y tu amor ardoroso no pudo soportar más larga espera y caminando también sobre las aguas te lanzaste hacia mí (cf. Mt 14,25-33).

¿No me conoces todavía? Yo soy Aquél de quien dijiste en Cesárea: *"Tú eres Cristo, el Hijo de Dios vivo"* (Mt 16,16). ¿No me conoces, Pedro? Yo soy el que hace pocas horas estaba de rodillas ante ti y te lavaba los pies (cf. Jn 3,6).

Yo soy Aquél de quien decías y repetías que antes morir que negarme (Mt 26,35). Pedro, ¿no me conoces?

¡Cuán honda debió de ser la mirada del Señor que muda se posaba sobre Pedro!

¡Ay, Pedro, Pedro! ¿Cómo has podido ser tan cobarde? —dices acaso tú en tono de reproche.

No hables de un modo tan categórico. ¿Tú no has sido aún cobarde al tratarse de confesar abiertamente tu fe? ¿Nunca has negado todavía a Cristo?

Pasas por delante de una iglesia: ¿te persignas haciendo la señal de la cruz con valentía, o sólo apenas te rozas con la mano para que nadie lo note? ¿O te entretienes acaso en leer con gran interés un anuncio de la otra parte de la calle?

Niegas a Cristo cuando por respetos humanos abandonas tu convicción religiosa.

Niegas a Cristo cuando por ventajas terrenas, por arrimarte al fuego que más calienta, no te atreves a practicar tu religión.

Niegas a Cristo cuando por consideraciones fútiles no te atreves a levantar la voz por tus convicciones religiosas.

Niegas a Cristo cuando estando con tus amigos, tú, también te mezclas en la conversación deshonesta, sólo para que no digan que eres un "mojigato", un "beato", ni te cuenten en el número de "los discípulos de Cristo".

Y niegas a Cristo todas las veces que bajo la influencia de las pasiones cometes un pecado.

¡Ojalá sintieras en la tentación con qué cara de tristeza te mira Cristo! Cuando la seducción de compañeros frívolos te instiga y la inspiración diabólica de los instintos desenfrenados te empuja al pecado.

Cuando los cómplices innumerables de los placeres sensuales te ofrecen la copa llena de goces embriagadores y sientes arder en ti el fuego consumidor de deseos infernales, ¡quiera Dios que en estos momentos críticos llegues a ver el rostro contristado de Jesús!

"El Señor se volvió y miró a Pedro... "Y saliendo afuera, rompió a llorar amargamente."

Estimado joven: aprende de la triste caída de San Pedro y no te fíes orgullosamente de tus propias fuerzas. No basta la buena voluntad: se necesita también cautela.

Pedro confió demasiado en sí mismo, y se expuso al peligro sin razón bastante. Pedro no quería renegar del Señor. Todo lo contrario. Unas horas antes él era justamente quien con más vehemencia protestaba: *“Aunque todos se escandalicen de ti, yo nunca me escandalizaré.”* (Mt 26,33). *“Aunque tenga que morir contigo, yo no te negaré.”* (Mt 26,35).

¿Cómo, sin embargo, llegó a caer? No rezaba como debía y no evitaba las ocasiones peligrosas que inducen a pecado.

El Señor amonestó a los apóstoles que se dormían en el huerto de Getsemaní: *“*Velad *y orad, para que no caigáis en tentación; que el espíritu está pronto, pero la carne es débil.”* (Mt 26,41). Es una orientación perenne para las almas que luchan.

En vano anhelará el bien nuestra alma, si tiene que luchar sola con los instintos que nos empujan al pecado. El que no implora el auxilio de Dios en sus oraciones para triunfar en la lucha, caerá por la debilidad del cuerpo.

¡Cuántos jóvenes luchan con denuedo, con todas sus fuerzas, contra una inclinación pecaminosa ya inveterada, y, sin embargo, no pueden vencer! ¿Por qué? Porque no rezan bastante, con el debido fervor y confianza.

Creen que las fuerzas humanas bastan para poner orden en el pantano de los instintos desenfrenados de la naturaleza. Se compromete a una empresa imposible el joven que quiere pasar incólume entre los peligros morales de la juventud, pero... sin orar.

Porque aun orando... Porque aun queriendo permanecer fieles, con todo la seducción... Aunque podamos contar con una fidelidad de varios lustros..., no podemos fiarnos demasiado, de nosotros mismos. El ejemplo de San Pedro nos muestra la terrible posibilidad de que quien hoy es confesor de la fe, mañana reniegue de Cristo.

¡Qué misterio es el hombre! “No conozco el corazón del criminal, tan sólo sé cómo es el corazón del hombre honrado, y el de éste ¡es terrible!” —dijo un profundo conocedor de los hombres—. ¡Ay, cuando las fieras rompen sus cadenas y abren sus fauces, y rechinan sus dientes, en el fondo del alma humana!...

En el alma de Pedro esta fiera se llamaba “respeto humano”, y cuando éste rompió sus cadenas, mira ¡cómo destrozó la fidelidad y el honor!

La fiera que se agazapa en tu alma tal vez sea la incredulidad, la sensualidad, la envidia, la avaricia... ¡Alerta! Tenlas fuertemente sometidas.

Los que cometieron el pecado se disculpan muchas veces así: “Pedro también cayó”. Bien. Pero esto es sólo una parte de la verdad. Porque la otra dice así: Cayó, pero hizo penitencia.

Judas cayó también... y quedó tendido en el suelo. Pedro también..., pero se asió de la mano auxiliadora de Cristo y se puso en pie otra vez. Caer es cosa humana; pero permanecer tendido en el suelo... es cosa diabólica.

Mira: es el día 29 de junio del año 67; hay una cruz izada en la colina del Vaticano, y en ella pende con la cabeza hacia abajo...

El mismo Pedro que un día renegó del Señor, pero después, *durante toda su vida*, le guardó fidelidad y expió su única caída con una incesante labor apostólica, coronada con el martirio.

Hijo de Dios crucificado, haz que yo también pueda expiar con una vida fiel y constante todo cuanto he pecado contra Ti durante mi juventud.



Pilatos

En Cesárea, a la orilla del mar Mediterráneo, estaba situado el palacio de los procuradores puestos por los romanos para regir al pueblo israelita. Poncio Pilatos desempeñaba el cargo de procurador en tiempos de Nuestro Señor Jesucristo. Años 26 a 36 de nuestra era.

Del relato de la Pasión del Señor se podría colegir que Pilatos no era un malvado, hasta quería salvar al Señor de las garras del pueblo judío amotinado. Pero tenía un defecto: *era cobarde*. No se atrevía a mantenerse

recio en sus principios. Y, sobre todo, no tenía valor para sacrificarse por ellos.

Para salvar al Señor se necesitaba *una voluntad varonil, inflexible*, dar un golpe con el puño y exclamar: No condeno yo al inocente.

Pilatos era cobarde, hombre-veleta, comedido con los poderosos, despectivo con los sencillos. Como los ciclistas: que con el pie dan golpes, pero se inclinan de la cintura para arriba. Pilatos también aullaba con los lobos. Iba con la mayoría, era capaz de todo..., menos de salir al palenque por la verdad.

Han pasado desde aquel tiempo diecinueve siglos y Pilatos no ha muerto, sino que vive todavía. ¿En quién? En todos aquellos que por amor a una carrera brillante, para poder progresar, reniegan de su fe y de sus convicciones.

En aquellos que tienen este principio: "Se encumbra el hombre naciendo muchas veces la vista gorda"; o este otro: "No seas tan insensato que dejes escapar la ganancia; si tu mano y tu alma se manchan un poco, no importa."

En aquellos que dicen encogiéndose de hombros: "Comamos y bebamos, divirtámonos, hagamos negocios, aullemos con los lobos. ¿Carácter? ¿Convicciones? ¿Honor? No nos importan un bledo."

En aquellos que pisotean al inocente y se lavan después las manos.

Al navegar el turista por el lago de Vierwaldstâtt ve una montaña enhiesta, de forma muy extraña; y si pregunta por su nombre, le contestarán: "Pilatos".

Es que, según la leyenda, Pilatos no pudo descansar jamás desde la muerte del Señor. Por las noches despertaba espantado…; delante de él estaba Cristo cubierto de sangre y le preguntaba: Pilatos, ¿por qué has consentido que se me condenase a mí, al inocente?...

No pudiendo soportar esta terrible visión, Pilatos huyó cobardemente de aquella tierra...; pero en cualquier lugar que se encontrara veía siempre ante sí a Cristo ensangrentado. Finalmente, para huir de los atroces zarpazos de la conciencia, se arrojó al lago de Vierwaldstâtt.

El lago no quiso recibir su cuerpo; una montaña gigantesca se adelantó y se posó sobre los despojos del criminal como un monumento funerario espantoso: es la llamada "Montaña de Pilatos".

Es una leyenda.

Pero no lo es en el monumento funerario aún más espantoso, que fue erigido a Pilatos en el Credo. Donde hay cristianos, el nombre de Pilatos resuena de continuo, quedando como símbolo de perjura debilidad y negación de todos los principios.

Los mismos niños conocen su nombre como el de un cobarde que, por respetos humanos, condenó a Jesucristo.

Estimado joven, cuando leas estas páginas medita las palabras del Señor: *"A todo aquel que me reconociere delante de los hombres, yo también le reconoceré delante de mi Padre, que está en los cielos. Pero a quien me negare delante de los hombres, también le negaré yo delante de mi Padre, que está en los cielos"* (Mt 10,32-33).

"¿Conque tú eres Rey?"

Estaba Jesucristo ante el tribunal de Pilatos y decía: *"Mi reino no es de este mundo...* Entonces Pilatos le dijo: ¿Conque tú eres Rey?» Respondió Jesús: Así es como dices: soy Rey." (Jn 18,36-37).

"Como tú dices", o con otras palabras: "lo dices bien": soy Rey, pero no rey de esta tierra. Mi reino no es de este mundo, no es poder político, no tengo soldados ni armas...; pero mías son las almas, las almas inmortales de los hombres.

Tu alma también es de Cristo, Cristo es también tu rey. Y es rey de todos los hombres, porque dio su vida por todos. Pero alerta: no seas de Cristo tan sólo de palabra, según la partida de bautismo, sino mediante una vida llevada con espíritu de Cristo, una vida consecuentemente cristiana.

Justamente en esto estriba el mayor mal de la moderna sociedad cristiana: son muchos los que de nombre pertenecen a Cristo, y muchos los que de Él reniegan por su manera de vivir; creen en Cristo, pero no viven según su fe; confiesan a Cristo, pero no siguen sus mandamientos.

Cuando, en la primavera del año 1919, el comunismo asoló Hungría, resonaron los grandes relojes despertadores de la historia universal, y nosotros miramos asustados qué hora era. Era ya muy tarde: era hora de levantarnos.

Y nos levantamos... Tañeron también las campanas de la conciencia, y a la luz de la hoguera en que se quemaba la existencia de una nación que luchaba con la muerte, aprendimos a estimar nuestra fe cristiana, ya milenaria.

Al borde del sepulcro, recogiendo las últimas fuerzas que le quedaban, se levantó de nuevo la nación húngara, y después de la caída del comunismo con la fuerza cósmica de una vitalidad asombrosa, gritó a la faz del mundo sorprendido:

—¡Este país será de nuevo cristiano!

Cuanto mayor era la alegría de cada ciudadano húngaro por esta decisión noble, tanto fue más triste su despertar.

Vimos que no se puede crear un país cristiano, una vida social cristiana, sólo con mandarlo en un alarde de entusiasmo.

Vimos que hay algo más necesario para un país que la industria y los adelantos tecnológicos; y este algo es el honor, la justicia, la moral. En suma, vimos que no se puede lograr esto con la propagación de meras divisas cristianas, sin una vida correspondiente, sin una vida profundamente cristiana de todo el pueblo...

Entonces vimos que reina en el campo de la moral una frialdad de hielo: las grandes masas apenas practican la vida cristiana.

Hemos de pronunciar la gran verdad: un país cristiano, una opinión general cristiana, una vida cristiana, una felicidad cristiana... *no son realizables sin una profunda vida religiosa*.

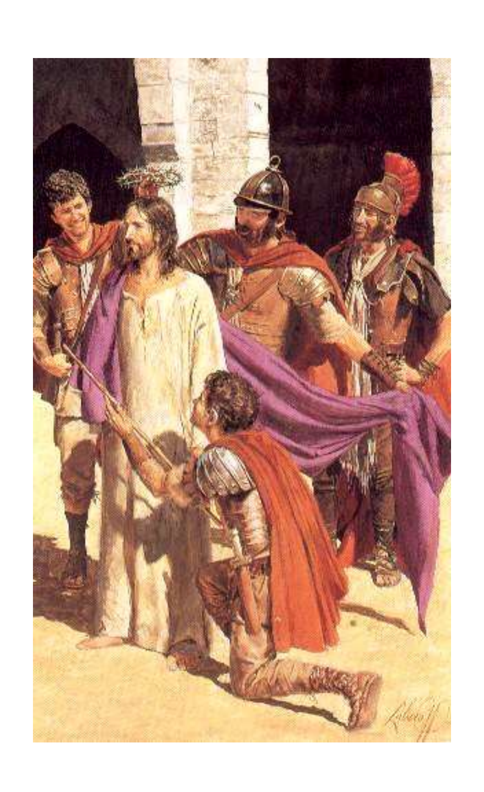
Así podemos comprender la contradicción, al parecer extraña, de hombres que se dan golpes de pecho y pregonan a voz en grito que son cristianos, y, sin embargo, no tienen fe; es decir, tienen fe, pero no tienen una fe viva. Ellos dicen: Si yo tuviera fe, no me preocuparía de mi alma. Es verdad. Pregunto: ¿Si tuvieras una fe viva, te preocuparías tan poco? Dicen: Si no tuviera fe, no rezaría. Cierto. Si tuvieras una fe viva, ¿rezarías tan distraído?

No iría a confesarme. Bien. Si tuvieras una fe viva, ¿irías tan raras veces? No iría a comulgar. Es verdad. Pero si tuvieras una fe viva, ¿quedaría tan fría tu alma después de la comunión?...

He ahí *nuestro ideal*. Somos cristianos, somos católicos, somos muchos en número; pero tan sólo de palabra y no por las obras.

¿Cristianos de palabra, paganos en la vida? ¿Cristianos de palabra, gentiles en las obras? ¿Creemos de palabra y somos descreídos en la conducta?

No, no. Nosotros tenemos a Cristo por Rey. Vivamos, pues, hablemos, obremos de tal manera que no sólo demuestre esta verdad nuestra partida de bautismo, sino que la pregone, además, toda nuestra vida.



Azotes y espinas

Antes de cargar con la cruz sobre sus hombros, el Señor había de sufrir dos penas crueles: la flagelación y la coronación de espinas.

Para la flagelación le despojaron de su vestido y le ataron a una columna. ¡Desnudan al Cristo pudoroso! Imagínate ¡qué rubor se debió de pintar en sus mejillas! ¡Cómo debió de alegrarse cuando le azotaban, y le desangraban; así, por lo menos, la sangre le cubría su desnudez!

Si nos adentramos en el secreto conmovedor de esta escena, se nos clava un pensamiento: este Cristo, violentamente despojado de sus vestiduras y envuelto en el manto de su propia sangre, fue azotado por aquellos que por propia voluntad visten trajes indecentes... por seguir la moda.

Azotó a Cristo el vestido escotado, le azotaron los trajes de baile, los anuncios que ostentan desnudos…, las escandalosas obras teatrales..., las películas pornográficas..., las obscenidades de las salas de fiesta..., todas aquellas terribles inmoralidades cuyas garras destrozan el alma del hombre lujurioso.

¿No tienes lástima de Cristo, de este pobre Cristo que tiembla, que se agita, que tirita de fiebre? ¿Podrías mirar con indiferencia cómo descargan sobre su cuerpo los azotes y cómo los tolera Él para librarte a ti, su hermano, de las exigencias desenfrenadas del cuerpo?

¿Qué hace quien tiene compasión a Cristo? Cuando atisba en su interior la llama de los deseos ilícitos, mira a este Cristo ensangrentado para que el horror del espanto enfríe los bajos instintos que le atenazan.

Y si ya has caído en la inmoralidad, colócate junto a la columna donde chorrea la sangre de Cristo: que caiga también sobre ti la sangre preciosísima para purificar tu pobre alma, e infundirle nueva vida.

Pero es éste sólo el primer peldaño de la humillación de Cristo. El segundo es el amontonamiento de las ignominias.

"Le desnudaron y le echaron encima un manto de púrpura; y, trenzando una corona de espinas, se la pusieron sobre su cabeza, y en su mano derecha una caña; y doblando la rodilla delante de él, le hacían burla diciendo: ¡Salve, Rey de los judíos! Y escupiéndole, tomaban la caña y le golpeaban en la cabeza." (Mt 28-30).

No me queda más que hincarme de rodillas y rezar al saber que este Rey escarnecido, escupido, es el Señor de cielos y tierra, que reina sobre los ángeles y que se viste de rayos de sol.

Señor, en tono de befa te dijeron que eres Rey, y lo eres de verdad: eres mi Rey, que te humillaste para enaltecerme a mí. Rey que no escatimaste tu sangre para librarme a mí, tu hermano. Rey que consentiste ser coronado con espinas para que yo pudiera levantar mi frente, arrepentida de mis pecados, hacia Dios...

Los soldados que te escarnecieron no sabían quién era Aquél a quien coronaban de espinas. Nosotros lo sabemos. Sabemos que el pecado es la espina, que hiere más tu frente que aquella corona que pusieron sobre tu cabeza.

Siguen los hombres coronándote de espinas. Te coronan de es pinas los que no creen en Ti. Te corona de espinas el orgulloso. Te corona de espinas el hombre frívolo. Te corona de espinas el hombre inmoral.

Señor, Jesucristo, ¡cuántas veces he puesto también yo la corona de espinas sobre tu frente ensangrentada...!



Cristo carga con la cruz

Acompaño en espíritu al Señor por el camino regado de sangre: por el camino de la cruz. Los Evangelios no nos brindan muchos pormenores respecto de este camino, No leemos más que lo siguiente: *"Y Él cargando con su cruz, salió hacia el lugar llamado Calvario, que en hebreo se llama Gólgota, y allí le crucificaron."* (Jn 19,17-18).

La piedad cristiana, siguiendo la tradición, señala en este camino catorce "estaciones", desde la casa de Pilatos hasta la sepultura.

Una de nuestras devociones más hermosas es la devoción del "Vía Crucis". Nos colocamos junto a Cristo, que anda su postrer camino, y procuramos con alma compungida aprender de Él en este trance doloroso.

Cristo carga con la cruz; con la cruz cuya imagen flotaba siempre ante sus ojos, durante toda su vida. ¡Qué sentimientos se debían agolpar su mente en aquellos instantes!

Cristo es también hombre, como nosotros; lo que nos duele a nosotros le dolía también a Él; y lo que nos da escalofríos le causaba terror a Él. También en Él protestaba el instinto de la vida cuando vio la cruz con sus espantosos brazos.

Detengo mi pensamiento ante este cuadro: *Cristo lleva la cruz sus hombros*. *La cruz pesada*. ¿Qué es lo que pesa? ¿El leño? "'No. El cúmulo de pecados por los cuales cargó con la cruz. Los pecados de todos los hombres. El tuyo como el mío. ¿No te da lástima Cristo, que sufre a mares?

Si hay quien mira con despreocupación el pecado y el cumplimiento del deber, quien descuida su alma sin luchar contra sus malas

inclinaciones, a éste le dirijo esta súplica: mira un momento los ojos de Cristo. Y veremos si puedes resistir la triste mirada del que te muestra su cuerpo acardenalado y sangrante.

Cuando casi toda España gemía bajo el yugo de los musulmanes, éstos levantaron en Córdoba una mezquita de una magnificencia fabulosa; y para que la festividad resultase aún mayor, encadenaron en una de las columnas a un esclavo cristiano, un noble distinguido. Este se mantuvo recio en la fe hasta la muerte. En su abandono y en sus luchas espirituales, ¿de dónde sacaba fuerzas? Con gran trabajo iba grabando con sus uñas una cruz en la columna de piedra a que estaba encadenado.

El poder de la Media Luna hace tiempo que fue abatido en España, la mezquita es ya iglesia católica; pero los hombres miran aún hoy con respeto una cruz grabada en una columna, de la que manó tanta fuerza, tanto aliento, tanto consuelo para los sufrimientos de un héroe.

¡Señor! Cuando yo tenga que enfrentarme con la cruz de la vida, cuando vea fracasados mis planes por obstáculos que me cierran el paso, enséñame a recibir el sufrimiento con alma fuerte, sin una palabra de queja, y a sentir que Tú eres el que trazas mis caminos.

¡Cruz bendita de Cristo, marcada con cinco rosas de sangre! ¡Santa Cruz! Extiende tus dos brazos ensangrentados. ¡Cruz santa de mi Cristo adorado, quiero mirarte cuando me tiente la culpa: sé entonces mi fortaleza!

¡Oh, cruz santa! Quiero mirarte cuando me abrume mi propia cruz, la cruz de la vida; ¡sé entonces fuerza para mí ¡Oh, cruz santa!, quiero mirarte cuando mis ojos vidriosos vean acercarse la muerte; sé entonces mi *esperanza*, mi *consuelo*, mi *galardón*!



En el camino del Calvario

Cristo cae bajo el peso de la cruz. Las desgracias de la vida arrancan a muchos esta queja: “No puedo, no puedo más...” Ojalá mirasen todos en tales ocasiones a Cristo caído bajo el peso de la cruz.

Joven: si en la vida todos te abandonan, si no encuentras una mano amiga que te levante, el ejemplo, la paciencia, la mansedumbre del Señor ha de ahuyentar de tu espíritu la desesperación.

C*risto encuentra en el camino a su Madre, la Virgen Santísima*. Sienten las madres con aguda viveza el dolor del hijo. La tristeza, la más leve indisposición del hijo, las sienten ellas más que nadie. ¿Qué debió de sentir entonces el alma delicada de la Virgen Santísima?

Tu madre vive todavía. Viven tus padres, tus hermanos. Da gracias, por ello, a Dios. Vendrá el día en que alguno de los seres más queridos guarde cama por una enfermedad mortal… y llegará el momento terrible... de la despedida.

Recuerda entonces que también el Señor sintió y vivió este momento terrible; y en el punto culminante de tus tristezas busca consuelo junto a Cristo, que se abraza con la muerte; junto a Jesús, que también tuvo que despedirse de su madre afligida.

Y piensa también otra cosa cuando repases esta escena: El alma de Jesús debía de ser un mar de pesares. Tenía que despedirse de la madre, ¡de aquella madre sin igual! ¿No había otra solución? ¿No podía Jesús permanecer junto a su madre...? ¡Con sólo ceder un poco de sus principios...! ¡Con que no tomara tan seriamente su misión!

No. En el Señor no pudo encontrar cabida tal pensamiento, ni siquiera por un momento fugaz. Él siguió siempre con pasos firmes el camino santo del deber, aquel camino ensangrentado y sembrado de espinas... ¡adelante, hacia el Gólgota!

En nosotros puede hacer mella semejante pensamiento. Las tentaciones más difíciles de la vida son aquellas en que la cabeza y el corazón, el deber y los sentimientos, luchan entre sí a brazo partido.

El domingo por la mañana toda la familia irá de excursión. ¡Será estupendo! —así se regocija el sentimiento—. Sí, pero ¿y la misa? —pregunta la razón. Pues bien: sea la razón la que oriente tus actos y no el sentimiento.

Tienes tu título, has logrado un buen empleo, eres hombre ya maduro; tu joven corazón salta de amor por una muchacha; es una joven amable, hermosa; pero hay un inconveniente: no tiene la misma religión que tú. ¿Qué debes hacer? Bien sabes que no será feliz vuestra vida si en la cuestión más importante y más santa no tenéis la misma convicción. Cuidado: sigue la razón y no el sentimiento.

Sientes en tu alma el sentimiento del Señor: has de ser sacerdote. Ha llegado el momento. Te llama el seminario. Pero ¡es tan amarga la despedida! ¡Abandonar el hogar, tan dulce, tan íntimo! ¡Abandonar a los amigos queridos, a los pequeños *scouts*! Todo te detiene y te cautiva... Cuidado: sigue el deber y no el sentimiento. Mira a Jesucristo: cómo hubo de despedirse de su Madre por cumplir su misión.

Simón, el de Cirene, ayuda a llevar la cruz. Ha caído el Señor otra vez en tierra bajo el peso de la cruz; y como sus verdugos temen que muera por el camino, obligan a un hombre que viene del campo para que le ayude a llevar la cruz (cf. Mt 27, 32).

Le obligan. Simón lo hace de mala gana. ¡Si supiera que durante millares de años millones y millones de hombres le tendrán envidia por aquella fatiga de unos momentos! Le tendrán envidia porque pensarán: ¡Ojalá hubiéramos podido nosotros ayudar a Cristo a llevar la cruz!

—¡Oh, Cristo abandonado! ¿Por qué no pude yo estar allí con mis francos? —así exclamó Clodovico, el rey de los francos, empuñando su espada al oír hablar por vez primera de la crucifixión del Señor. Su exclamación significa que si él hubiera estado allí no habría permitido que Jesús padeciera.

Considera que todo pecado es la repetición del suplicio del Señor.

¡Qué quisquilloso soy yo! Basta que alguno me mire de reojo, que se le escape una palabra impensada... y ya viene la chamusquina. Me han llamado la atención con la mejor voluntad del mundo, y yo no veo en ello más que una ofensa. ¡Cuántas amarguras me causo a mí mismo y cuántas amarguras causo a los demás!

De hoy en adelante quiero ayudar al Señor a llevar la Cruz. ¿Cómo? Muy fácilmente. Siempre que venzo las tentaciones, contribuyo a la perfección de otro, aligero en mayor o menor grado el peso de la cruz de mi Jesús.



Crucifixus…

Un escritor tuvo un pensamiento extraño, que le atormentaba continuamente y no le dejaba descansar: quería escribir un libro que no tuviera más que una sola página, la página una sola frase, la frase una sola palabra, y esta palabra había de contener todo lo que el autor quería expresar... Caviló mucho sobre este problema, hasta que, por fin, vio que la lengua humana no era capaz de colmar sus deseos.

Lo que fue imposible para el escritor lo realizó el Credo cristiano. Hay en él una palabra que contiene revelación, dogmas, plan de Dios, destino del hombre,, alegría, fuerza, filosofía, fe..., y esta sola palabra es: *crucifixus, crucificado*.

El misterio de la crucifixión de Cristo impresionó tanto a Napoleón I que vio en ella la prueba más espléndida de la divinidad de Jesús...

"Ahora estoy en la isla de Santa Elena —escribe—. ¿Dónde están, en mi desgracia, mis aduladores? ¿Quién piensa en mí? ¿Dónde están mis amigos? Sí, vosotros, dos o tres, vosotros sois fieles hasta la muerte, y compartís conmigo el destierro.

Un poco más de tiempo y volverá mi cuerpo a la tierra, para servir de pasto a los gusanos... ¡Qué gigantesca distancia entre mi profunda miseria y el reino eterno de aquel Cristo de quien se predica hoy todavía, a quien aman, a quien adoran, quien vive por toda la redondez de la tierra! ¿Es esto muerte? ¿No es más bien vida? Tal muerte no pudo ser sino la muerte de un Dios" (NICOLAS: *Etudes sur le Christi*, III ch. 2).

Arrodíllate con frecuencia delante del crucifijo, levanta tus ojos a Jesucristo, que te mira con amor entrañable, y medita en silencio, ton adoración muda, esta palabra: *Crucifixus, Jesucristo fue crucificado por mí..., por mí...* ¿Dónde está la fantasía más fogosa, dónde late un corazón

materno, capaces de imaginar siquiera el amor que clavó a Cristo en la cruz... por nosotros?

La sangre derramada de Jesucristo en la cruz cubre mi alma pecadora y me esconde de la ira de Dios, implorando perdón para mí.

Todos han de tomar posiciones de uno u otro modo ante la cruz.

Mira al Padre celestial: recibe el sacrificio de su Hijo. Mira a los ángeles: conmovidos, adoran a Nuestro Señor crucificado.

Mira a sus enemigos: ¡cómo blasfeman de Él, cómo le maldicen!

Mírate a ti mismo... ¿En qué bando estás? Dímelo: ¿Entre los enemigos de Cristo? ¿Entre aquellos que le odian, que le maldicen? No lo creo.

Quizá estés entre los soldados que se sentaron al pie de la cruz y mientras a su lado se desarrollaba el acontecimiento más importante de toda la historia del mundo, ellos —como si nada ocurriera— estaban jugando a los dados.

"Cristo murió por mí. Pues ha muerto. ¿Qué me importa?" Quizá no hables aun así; pero piensas, obras, vives, como si Cristo te fuera completamente ajeno; como si Cristo no te importara.

No te importa que le hayan azotado durante la noche; pero sí te importaría tener que mimar un poco menos tu cuerpo y no poderle conceder todo cuanto pide, aunque sea cosa prohibida.

No te importa que por hacerle blanco de befa del mundo entero hayan presentado a Cristo ante la turba blasfema como un loco; pero te importaría mucho si se burlaran algunos de ti porque te tomas en serio la fe.

No te importa que a Cristo le hayan puesto en la cabeza una corona de agudas espinas; pero sentirías mucho tener que dominar los caprichos que te aprisionan.

No te importa que haya Cristo derramado su última gota de sangre por ti; pero te pesa dedicar media hora cada domingo para participar de la santa misa.

No te importa que Cristo haya tenido que subir casi a rastras, chorreando sangre, por el camino pedregoso del Calvario; pero sería una lástima que tuvieses que pisar tú el árido camino de la virtud.

No te importa que un Cuerpo sacratísimo, hecho una sola llaga, haya sido clavado al árbol de la cruz y su corazón traspasado por la lanza; pero te resultaría muy duro padecer algo por Él y cumplir sus preceptos.

¿Hay algún joven que piense así? ¿No hay entrañas de misericordia para con este pobre Cristo doliente?

Señor: Tu pobreza será mi pobreza. Será tu dolor la fuente de mi enmienda. Tu corona de espinas unirá dos corazones: el Tuyo y el mío. Tus lágrimas y tu sangre preciosísimas trocarán en tierra fértil el duro camino de mi vida. Tu amor abrasado derretirá el hielo de mi corazón.

¡Oh, Señor! Cuando Tú sufriste mi alma quedó limpia. Cuando Tú derramaste tu sangre, mi castigo se mitigó. Cuando Tú te sumergías en el abismo del sufrimiento, yo me salvé de mi eterna ruina. Cuando Tú moriste, entonces empecé a vivir yo.

Me importa tu Pasión; me importan los golpes y latigazos que recibiste; me importa la cruz en que fuiste clavado...

Y no me importa si tengo que luchar para vivir sin pecado. Aunque la lucha sea pertinaz, no cejaré, Señor, y espere el triunfo con tu ayuda soberana, de Ti, ¡mi Rey crucificado!

Porque fuiste crucificado... ¡por mí!

La fuerza de la cruz

En el Coliseo romano existen todavía las ruinas de la *meta sudans*. Cuando, en la época de las persecuciones, las garras de las fieras destrozaban a nuestros hermanos condenados a muerte —así lo leemos en las actas de los mártires—, sentían ellos cierto alivio si el viento salpicaba su rostro con el agua pulverizada y libre de polvo de la *meta sudans*...

Hoy día ya no son arrojados los cristianos a las garras de las fieras; pero a medida que vayas creciendo te darás cada vez más cuenta que quien quiere vivir constantemente según Jesucristo tendrá una vida de continuo martirio. Sé que tú lo aceptas.

Tu entusiasmo no titubea un solo momento; no temes las dentelladas de león que puede darte la frivolidad del mundo presente,' o la ironía de los hombres, o la fiera de tus mismos instintos; y estás dispuesto a padecer por amor a Cristo, por vivir como cristiano.

¿Sabes cuál es la fuente de que brotan fuerzas para la perseverancia, y que tos ayuda para lograr el triunfo propio de los mártires? La preciosísima sangre de nuestro Salvador.

La cruz es nuestra *meta sudan*; las gotas de sangre que la empapan rocían nuestro rostro y nos hacen invulnerables en las luchas de la vida.

¡Qué fuerza tan colosal es para nosotros la cruz del Señor!

Cuando el médico desahucia al enfermo, echa éste todavía una mirada de esperanza a la cruz. Si la conciencia del pecado casi aplasta al alma pecadora, ésta abraza los maderos de la cruz, que se extienden para perdonarnos.

En suma: el hombre que lucha y está ya a punto de anonadarse bajo el peso de la vida, para implorar la postrer ayuda, alza sus ojos al Crucificado.

El día 23 de mayo de 1927, China fue devastada por un terremoto tan terrible que la Humanidad no conocía otro igual. Aldeas enteras fueron arrasadas, y millares de hombres perecieron bajo los escombros.

Las monjas de Sisiang, según lo consignó un semanario, precisamente se preparaban para la santa misa cuando empezó el terremoto y se desplomó la capilla.

Al sacar después de los escombros el cadáver de la superiora, fueron encontrados debajo del mismo dos niños aún vivos, a quienes defendió con el muro de su cuerpo la monja heroica en el momento de su derrumbamiento. La muerte de la superiora salvó la vida de los pequeños.

Así te salvó Cristo, a costa de su vida propia. Aprende, pues, a honrar de un modo consciente la santa cruz.

Siempre que te santiguas, todas las veces que ves la cruz en las torres de las iglesias, en las tumbas de los cementerios, a la cabecera de tu cama, en tu escritorio..., enciéndase tu corazón en amor y gratitud hacia ella.

¡Oh, santa cruz, solio real de Cristo! ¡Oh, santa cruz, esperanza de los cristianos! Santa cruz, consuelo del afligido, fortaleza contra las tentaciones. Santa cruz, auxilio de los pobres, aviso para los ricos.

¡Santa cruz, tú, que levantas a los humildes y humillas a los engreídos! ¡Santa cruz, pan de los hambrientos, fuente refrigerante de los que mueren de sed! ¡Santa cruz, educadora de los jóvenes, corona de los hombres maduros, anhelada esperanza de los ancianos!

El Crucifijo en la mesa del estudiante

Procura tener un crucifijo. Colócalo sobre tu mesa. No por mera exterioridad, sino con plena conciencia de su significado.

Es necesario que eduques tu alma y adquieras madurez al pie del crucifijo. Que Cristo crucificado te mire justamente allí donde haces lo pesado de tu trabajo diario, donde pasas las horas de estudio.

El crucifijo nos enseña gratitud y sacrificio.

Gratitud.— Un joven contempló con el alma conmovida a Cristo clavado en la cruz. "Mi horrendo pecado le forzó a tal exceso", pensó. "Antes morir que cometer otra vez un pecado grave."

¡Cuánto estoy dispuesto a dar a Cristo crucificado! Todo, todo, te lo debo a Ti, mi Rey, crucificado por mí.

El crucifijo enseña sacrificio.—Jesús escogió para sí el suplicio más ignominioso: la cruz. Y desde entonces damos el nombre de "cruz" a toda prueba, lucha, sacrificio.

Puede ser que ya en los años de tu juventud sientas la "cruz" pesada de la vida; puede ser que nadie te comprenda, que nadie se fije en tus méritos, que tus planes más hermosos fracasen y que tus esfuerzos por el ideal sufran bancarrota; que teniendo que luchar con un cuerpo enfermizo notes con tristeza cómo adelantan los otros, cómo te dejan atrás los que gozan de una salud robusta:

Puede ser que "te persiga la mala suerte", y que "no salga bien nada de lo que emprendes...". Echa entonces una mirada al Cristo crucificado, y sentirás cómo inunda tu alma de fuerza y de consuelo para seguir luchando y perseverando.

Cuando veas que tus compañeros se hunden en los placeres y se mofan de tu vida coherentemente cristiana, entonces alza tus ojos al Cristo crucificado y no te parecerá excesivo cualquier sacrificio que por Él hubieras de hacer.

En las persecuciones de la Iglesia primitiva, un día cogieron a un niño de siete años.

—¿Quién eres? —le pregunta el tirano.

—Soy cristiano —responde con firmeza el pequeño, y se pone a recitar en voz alta—: Creo en Dios Padre, Todopoderoso...

Le azotan cruelmente delante de su madre, pero él no ceja. Su carne cuelga ya en pedazos..., todos los circunstantes lloran... y el niño, después de haber perdido mucha sangre, dice a su madre: "¡Madre! ¡Tengo sed!"

La madre, heroica, le contesta: "Hijo mío, sufre un poco más 'y llegarás a Aquél que apaga la sed para siempre." El tirano se enfurece,

salta de cólera..., y no tarda mucho en rodar por el suelo la cabeza del niño...

El Señor no exige tanto de ti. Pero en los momentos difíciles de la vida nunca olvides la fuerza que brota de la cruz de Cristo.

Si el estudio te viene cuesta arriba, si te resulta duro cumplir tus deberes; dirige a la cruz una mirada y tendrás fuerza para el sacrificio.

Si algunas veces te resulta muy difícil obedecer, si no puedes con ciertas lecciones, si alguna que otra disposición de tus padres te parece “incomprensible” y “pueril”, mira al crucifijo.

La sangre de Cristo nos fortalece…

Ni un día sin sacrificio. No ha de pasar un solo día que no tengas que sufrir algo por Él, que tanto se sacrificó por ti.

El Señor, desde la cima del Gólgota, es mi modelo. “Padre, perdónalos...”. ¡Qué diferente es mi modo de pensar: “ya lo verás, me lo pagarás caro”; “hemos acabado para siempre; no volveré a dirigirte la palabra”!

Señor, yo busco comodidades, huyo del trabajo y del deber, y Tú cargas con la cruz… Señor, yo soy orgulloso, y Tú dejas que te coronen de espinas y se burlen de Ti. Señor, yo tan vanidoso, y de Ti hicieron befa, vistiéndote con traje de loco.

Señor, yo mentí y a Ti te abofetearon. Fui malo con mis compañeros, envidioso, me alegré de sus disgustos, y a Ti te escupieron. Señor, ensucié mi alma con pensamientos deshonestos, contaminé mi cuerpo con actos pecaminosos, y a Ti te azotaron con látigo de plomo.

Mis ojos bebieron el pecado y tus ojos se llenaron de sangre. Mis pies pisaron la senda del mal, y los tuyos fueron taladrados con clavos.

“A quienes perdonéis”

Jesús, al atardecer del día en que resucitó, se aparece a los apóstoles, los cuales presos de terror se hallaban reunidos a puerta cerrada, y les dice: *La paz con vosotros. Como el Padre me envió, también yo os envío. Dicho esto, sopló sobre ellos y les dijo: «Recibid el Espíritu Santo. A quienes perdonéis los pecados, les quedan perdonados; a quienes se los retengáis, les quedan retenidos.”* (Jn 20, 22-23).

El sacramento de la penitencia es el don excelso de Cristo resucitado.

¿Es difícil la confesión? Quizás es incómoda y exige humillación. Pero no juzgues por las apariencias. Hay fruta cuya corteza es dura, desagradable, no se puede comer. El hombre ligero acaso la tire; pero, el prudente sabe que por dentro es dulce, refrigerante, sabrosa.

Luchar, desalentarse, caer, por desdicha es ésta la suerte común de los hombres; *pero tenemos la confesión, que es el don pascual de Jesucristo; nuestra caída no es un hundimiento definitivo; por esto no debemos quedarnos tendidos en el suelo por el pecado.*

¡Qué de acuerdo está la confesión con la naturaleza del alma humana! El pecador se cansa de ocultar el secreto de su crimen y siente afán de abrir su corazón y confiar a otro sus pecados y sus defectos.

La conciencia de pecado es un peso que abruma de tal suerte, que no pocas veces se da este caso: criminales de la más baja estofa que pudieron evadirse de la justicia llegan más tarde, después de larga lucha espiritual, a entregarse por su propia voluntad; no pueden soportar por más tiempo los zarpazos de la conciencia.

La psicología moderna también ha descubierto que la conciencia de pecado, sofocada violentamente, puede causar desórdenes espirituales, enfermedades; mientras que si se ofrece ocasión propicia de descubrir con toda sinceridad los secretos a otra persona, la tensión del espíritu se afloja, y se restablece el equilibrio psíquico.

Por este mismo motivo muchos psicólogos, no católicos por más señas, no cesan de alabar la confesión.

Los jefes de otras religiones advierten y lamentan el gran vacío que sienten por faltarles la confesión, y procuran —sin poderlo conseguir— sustituirla de una u otra manera. "¡Qué daría yo —escribe madame de STAEL, protestante— por poder arrodillarme en un confesonario católico!"

En una capilla de la iglesia de San Gil, en Sevilla, hay un gran Cristo crucificado. Está entre cuatro velas amarillas que arden con luz misteriosa. Su nombre es algo extraño: El Cristo de los Desamparados.

Delante de él hay un reclinatorio provisto de una fuerte cadena. ¡Cadenas de presidiario en el reclinatorio! ¿Qué significa esto?

Fue costumbre en Sevilla que al condenar a muerte a un criminal, en la noche anterior a la ejecución, le llevaban delante de este Cristo, y poniéndole las cadenas le dejaban a solas en la capilla...

Solos los dos: el Cristo crucificado y el criminal abyecto... El comienza a recordar toda su vida pasada. Cuando era niño todavía..., el rezo de sus oraciones por la noche antes de dormir... La iglesia del pueblo en que hizo su primera comunión... Las últimas amonestaciones de la madre agonizante...

El condenado mira..., mira..., no sabe desviar la vista del crucifijo, y brota de sus labios la oración hace tiempo olvidada, y la súplica se levanta del fondo de su corazón: *Señor, acuérdate de mí.*

Arrodíllate tú también con profundo arrepentimiento en el confesonario e inclina tu rostro sobre el pecho de Jesús.

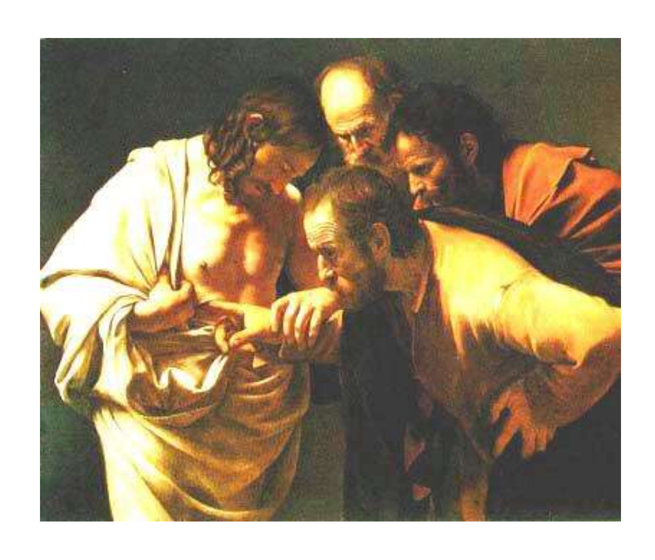
Alégrate de que el Señor te haya puesto en las manos este medio insuperable para tu santificación: el Sacramento de la Penitencia o de la Reconciliación.

Ve a confesarte con alegría santa, con propósito firme de corregirte, de comenzar una vida nueva; y además ve a confesarte con frecuencia... siempre que sientas que el polvo de la vida diaria —no obstante la mejor voluntad del mundo— cubre de nuevo tu alma.

Arrodíllate en el confesionario donde te aguarda el ministro de Cristo, no sólo con arrepentimiento, sino también con un inmenso regocijo espiritual, y di al corazón amante de Jesús:

“Padre, he pecado, pero me arrepiento. Me duele y no lo haré más. Señor, si quieres puedes limpiarme.” Y el Señor te contestará: “Lo quiero, queda limpio.”

Y tu alma purificada en el sacramento de la penitencia será inundada de sol, de sol de un nuevo amanecer pascual...



“Sin haberme visto...”

Cuando Jesús resucitado se apareció a sus apóstoles, Tomás no estaba con ellos. Y no quiso creer que el Señor estaba vivo.

Al cabo de ocho días —estando Tomás con ellos—, Jesucristo se apareció de nuevo. Tomás exclamó sonrojado: *“¡Señor mío y Dios mío! Díjole Jesús: Porque me has visto, has creído; bienaventurados aquéllos que sin haberme visto han creído”* (Jn 20,28-29).

Con estas palabras el Señor pone el dedo en la llaga, también cuando se trata de almas jóvenes que luchan.

¡Señor, Señor! —suspiran muchos jóvenes en medio de las peleas de su adolescencia—, quisiera creer. Creer como cuando era niño. Quisiera creer con la misma ingenua sencillez y con la misma naturalidad sincera los dogmas de nuestra religión, como lo hacía en la época feliz de la niñez. Pero en vano. No puedo.

Mi entendimiento hace de día en día más acopio de datos y pensamientos, van abriéndose ante mí nuevos horizontes. ¡Oh, si también yo “pudiera ver”! ¡Si pudiera ver que en el Santísimo Sacramento estás realmente presente! ¡Que Tú eres el Hijo de Dios! ¡Si pudiera ver que hay alma, que hay vida eterna, que hay un cielo que nos espera...!

Así se agitan muchos jóvenes de buena voluntad.

Estimado joven, si tú atraviesas esta zona de tempestades espirituales, acuérdate de las palabras del Señor: “porque me has visto, has creído, Tomás; bienaventurados aquéllos que sin haberme visto han creído.”

Hay muchas cosas que no entendemos en esta vida terrena, hay muchas otras que sólo sospechamos de una manera confusa: pero lo que de Cristo vemos basta bien para creer lo que no entendemos de Él.

El pedagogo francés, el incrédulo ROUSSEAU, se vio forzado a exclamar, un día de esta manera: ¿Es posible que aquél cuya historia narra el Evangelio no haya sido nada más que hombre? ¿Es así como habla un fanático o un jefe de partido sediento de fama?

¡Qué mansedumbre! ¡Qué pureza moral! ¡Qué conmovedora dulzura en sus enseñanzas! ¡Qué sublimidad en sus principios! ¡Qué sabiduría en sus palabras! ¡Qué presencia de ánimo! ¡Qué agudeza y qué aplastante fuerza en sus contestaciones!

¿Dónde está el hombre, el sabio, que sin debilidad y sin ostentación puede obrar, sufrir y morir de semejante manera?... "Si la vida y la muerte de Sócrates son las de un sabio, la vida y la muerte de Jesús son de un Dios" (Rousseau: *Emile*, I, 4º).

En la guerra el soldado se ve obligado muchas veces a cumplir deberes cuyo fin y rectitud no es capaz de penetrar. No importa. Ha de cumplir la orden incondicionalmente, porque si comienza el soldado a dudar de las palabras de su jefe, ya está en peligro la batalla.

Mi fe absoluta en el jefe tampoco ha de sufrir quebrantos, porque si dudo de las palabras del Señor, ya he perdido la batalla de la vida.

"Sé de quién me he fiado y voy seguro, es lo que diré siempre cuando en las lecturas, en los estudios, en las conversaciones con mis amigos y compañeros me propongan alguna objeción o dificultad en lo tocante a la fe."

"Es verdad: no veo con claridad cómo es esta o aquella enseñanza de la Iglesia..., pero no importa..., yo la creo. La creo porque dice el Señor: *Bienaventurados aquellos que sin haberme visto han creído*."

Esta será mi primera respuesta.

Naturalmente, no me conformo con esto; sino que además estudio el asunto, pido luces a mi director espiritual, leo libros católicos que traten detenidamente del tema en cuestión.

Ni me detengo sólo en este punto. Quiero creer... ¡sí! Quiero defender mi fe también con argumentos... ¡sí! Pero además, quiero convertir en vida mi fe, quiero vivirla.

Quiero vivir según mi fe, con orgullo santo. Con esta fe ofrezco al Padre celestial en el momento de despertarme todo el trabajo del día y rezo la oración de la mañana y recito, pero despacio, meditándolo, el Credo.

Durante el día, si me asaltan tentaciones, digo: "No, Señor; no cometeré pecado, porque creo." Si el trabajo me abruma y me resulta pesado el yugo de mis deberes, exclamo: "Sí, Señor; lo cumpliré todo, porque creo."

Se debe reflejar en tu vida y en tu alma pura el santo rostro de Jesucristo. Así pasarás por encima de las dudas y en medio de las luchas más ásperas con la misma seguridad con que salta la gacela por encima de los precipicios más profundos.

Canta el pájaro aunque cruja la rama debajo de él, porque sabe que tiene alas. También bajo tus pies se puede derrumbar el mundo, pero no te arrastrará en su caída, si imploras de Dios el don de una fe robusta.

Reza muchas veces las palabras de San Agustín: *“Deseo vivir y morir en los brazos de mi Salvador.”*

Y entonces se podrá poner sobre tu sepulcro la hermosa inscripción que se lee en el del célebre Cardenal de Inglaterra, Newman: “Se fue para contemplar la verdad después de las sombras e imágenes.”



EI Cristo triunfante

Ha llegado el último momento de la estancia visible del Señor en la tierra. Reúne por postrera vez a sus discípulos en torno suyo. He ahí sus últimas palabras:

“Se me ha dado todo poder en el cielo y en la tierra. Id, pues, y haced discípulos a todas las gentes, bautizándolas en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo, y enseñándoles a guardar todo lo que yo os he mandado. Y he aquí que yo estoy con vosotros todos los días hasta el fin del mundo.” (Mt 28,18-20).

Fue después elevándose a la vista de los apóstoles; subía majestuosamente, y una nube se posó debajo de sus pies y le ocultó de los ojos de los discípulos.

Mira tú también al Señor en su Ascensión. He ahí un hombre qua nunca hizo sufrir a nadie, que para subir no ha derramado sangre, a no ser la suya.

Un hombre que no ha pisoteado a nadie durante toda su vida, sino que levantó a todos cuantos le miraron. Que no ha buscado la gloria y, sin embargo, su nombre hace palidecer toda la gloria y el poder de los hombres. Que ha sido manso, humilde y sencillo durante toda su vida y, no

obstante, hoy consiste toda grandeza en la copia fiel de su vida, en la práctica, de sus doctrinas y mandatos.

¡Cuántos jóvenes católicos hay en el mundo —por lo menos según su fe de bautismo— que son discípulos, hijos de Jesucristo! Pero, por desgracia, no podemos afirmar que todos ellos aman de veras a Cristo, que meditan su vida con fervor, que, arrodillados a sus pies, le escogen por único guía de su existencia, por el mejor de los amigos.

El escultor Thorwaldsen tiene una magnífica estatua de Cristo en una de las iglesias de Copenhague. Un turista la miró con cierto desencanto: no acertaba a descubrir la hermosura tan encomiada de la obra.

Uno de los circunstantes le dijo: "Ha de arrodillarse usted, y así, desde abajo, mirar la cara de Cristo." El turista se arrodilló y entonces pudo apreciar toda la belleza de aquella obra sin igual.

Arrodíllate tú también ante Jesucristo, mira su rostro muchas veces, ámale y síguele; quedarás cautivado de su belleza. Verás cómo al contacto íntimo con Jesucristo vibra en tu alma pujante vida, así como la savia de la vid trabaja y obra en el sarmiento, según el símil propuesto por el mismo Salvador.

Dichoso el joven que sabe vivir en amistad cálida, íntima con el Señor; en cuyo corazón vive la imagen de Cristo como un mar de resplandores irradiando fuerza; cuyo entendimiento se siente subyugado irremisiblemente por el amor de Jesús.

Ese poder no aplasta, sino que robustece, levanta, enmienda, alienta, da madurez. En la desgracia mira el rostro de Cristo; cualquier alegría que tengas, compártela con Él. En las tentaciones acude a Él implorándole ayuda y cada noche reclina en sus manos tu cabeza cansada.

El que sabe vivir en intimidad con Cristo, siente inundarse su alma de una tranquilidad indecible, siente que la figura sublime del Redentor, hoy a una distancia de dos mil años, es fuente viva de energías que educa, moldea y da temple y carácter: "Yo estaré siempre con vosotros, hasta la consumación de los siglos."

El joven que tiene por modelo a Cristo, que le ama, le sigue y le copia en todo —como lo hicieron tantos hombres cumbres de la Humanidad—, bebe en sus divinos ojos un amor cálido, fuerte, que da ánimo y entusiasmo para el trabajo.

Medita y cumple las palabras sublimes que escribe SZÉCEICENYI en su obra intitulada "Crédito": "Dichosos aquellos que no se ven impulsados a arrastrarse de rodillas hacia la cruz por la enfermedad, la

debilidad corporal o el temor de la muerte, sino que ya antes, en los años más hermosos de su vida —cuando el sentimiento de la juventud, de la salud y del bienestar casi nos hace pregustar la alegría de la inmortalidad—, han levantado su alma espontáneamente al más Perfecto, instigados por el amor que inspira el Sumo Bien.

"Dichosos si realizaron no sólo de palabra, sino con obras, el sentido verdadero de la religión y no los movió a rendir adoración a Dios un peligro inminente, sino un sentimiento más noble y más hermoso, aquel temor inexplicable que siente todo hombre de corazón puro, y que le mueve a librar de toda pasión inmunda la parte que lleva consigo de inmortal" (Fekete-Váradi: *Las confesiones y enseñanzas de Széchenyi*).

Aunque el mundo pregone hoy a voz en grito un moderno paganismo, no apostates de Cristo. Mira la cruz: no murieron en ella por amor a ti ni Buda, ni Mahoma, ni Darwin, ni Haeckel, ni Anatole France, ni Lenin, sino Cristo, nuestro Redentor.

"Te doy las gracias, Señor mío Jesucristo, porque has muerto por mí. Haz que tu sangre y tu dolor no queden para mí perdidos."

Cielo y tierra pasarán, pero mis palabras no pasarán —dijo el SALVADOR—. ¡Cuánta razón tenía! De sus palabras no nos quedan más que unas páginas escasas; cualquiera de los Evangelios se puede imprimir en un folleto de pocas hojas..., y con todo, ¡qué influencia transformadora de mundos tuvieron y tienen las enseñanzas de Cristo!

"Obras completas de N. N. en dieciocho tomos", leemos en las librerías. Tomos voluminosos. Pero, ¿quién los lee? Las palabras reunidas de Cristo no tienen más bulto que el de unas pocas páginas, pero de cada una de ellas emana una fuerza capaz de transformar el mundo entero.

Como de un radium misterioso, emana, de las palabras de Cristo, una vida triunfante; y emana hace ya dos mil años, y su fuerza no ha disminuido en lo más mínimo.

¿No es exagerado afirmar que en las enseñanzas de Jesús encontramos respuesta para todos los problemas espirituales, bálsamo para todas las heridas y medicina para todos los pecados?

En el Evangelio, que llena tan pocas páginas, ¿están realmente contenidas las respuestas a las mil y mil cuestiones de la vida moderna tan increíblemente intrincada?

Sí, recibimos respuesta y medicina para todo, porque el Maestro de los maestros y el Médico de los médicos, que habla en el Evangelio, no dio solución a las cuestiones de detalle, ni atajó los síntomas de la enfermedad,

sino que procedió a la cura radical, profunda de todos los males y miserias, saneó la fuente de nuestras bajas pasiones.

Desde que Cristo vivió en medio de los hombres, no podemos pensar y vivir como antes. Ahora sabemos algo que antes ignorábamos; conocemos el valor del alma; sabemos, por lo tanto, cómo tenemos que vivir; y si caemos en pecado, nos sentimos perjuros.

Ya que estuvo entre nosotros alguien, que vivió la vida más perfecta; ya que nos fue propuesto un ejemplo ideal, que nos mueve, que nos espolea..., míralo, mira a Cristo. ¡Qué lejos estás de él! ¡Adelante, pues, adelante!

En la última página de la Sagrada Escritura, en el penúltimo versículo, leemos esta frase: *Ven, ¡oh Señor Jesús!* Pronunciando este nombre murió el diácono San Esteban, el protomártir.

Con este nombre en los labios acometieron nuestros mayores a los enemigos paganos. Millones y millones de fieles alaban diariamente este nombre: “Alabado sea Jesucristo.” Sea tu vida también la glorificación del Señor.

Aprende de Cristo la verdadera sabiduría. En el sentir del mundo es sabio quien vive para sí; pero según el concepto cristiano, es sabio quien no se contenta más que con Dios. Jesucristo ha de ser tu fuerza, tu alegría, tu consuelo.

“Jesús, el recordarte es la más dulce alegría; pero el poseerte sobrepuja a todas las dichas de la tierra.”

Jesucristo y el joven

¡Jesucristo y la juventud! Dos grandes realidades, que se anhelan mutuamente y que se pertenecen. Cristo es el Jefe nato de la juventud, porque en Él se concentran todos los nobles ideales que un joven puede fijarse como objetivo de su vida.

Observa detenidamente lo que más entusiasma a un joven que rebosa de fuerzas; y cómo puede hallar aliento y ayuda en Cristo para sus más nobles ambiciones:

1.- La primera característica del joven sano es la actividad, el afán de trabajar. No quiere vivir con las manos cruzadas, ni lamentarse de los tiempos amargos.

Y ¿no es esto lo que Cristo nos enseña? Él no era un filósofo teórico, no era budista inactivo, que deja pasar a su lado la corriente de la vida. El Señor nunca estuvo inactivo, "pasivo", y si se trataba de trabajar, de ayudar a los hombres corporal o espiritualmente, no rehuyó fatigas

Aún más, no fue cosa pasiva ni su misma Pasión; no fue la fatalista sumisión a un destino inevitable, sino ejercicio del amor activo a Dios y a los hombres. *"Trabajad mientras dura el día"*, *"echad vuestras redes"*, dice el Señor; y la juventud dispuesta a trabajar le sigue.

Joven, *si tu ideal es una vida de acción, animosa, llena de fuerzas, Cristo te da el mejor ejemplo*.

2.- Cualidad del joven es el heroísmo. Si un pensamiento, una causa, un ideal ha logrado cautivar sus simpatías, él pone a contribución todas sus fuerzas, todo su entusiasmo. No conoce obstáculos, se ríe de las dificultades. Este ánimo esforzado es elemento imprescindible del joven; y si le falta empieza a perder su carácter.

Pero, ¿hay en el mundo mejor ideal de heroísmo que Jesucristo? Nunca sorprendemos en Él blandura sensiblera, sino todo lo contrario; es varonil en todas las manifestaciones de su vida, distingue con toda claridad el fin que se propone, y, para conseguirlo, no le arredra ningún sacrificio.

¡Él, el héroe, que, abandonado de todos, tiene arrestos para encararse con sus poderosos enemigos, con la plebe amotinada; y en medio de un mundo hostil permanece firme hasta el extremo, hasta el sufrimiento, hasta verter la sangre y morir! ¿Hay otro héroe como Él en la historia universal?

¿No tiene derecho a exigirte a ti, joven entusiasta, que sientes el heroísmo, que tampoco seas caña en medio de las tentaciones de la vida, que no te muevas al menor embate, sino que le sigas a Él con la cabeza erguida, con la frente alta, con el cuerpo derecho como un roble?

Demasiado lo sé, cuánto heroísmo significa en el mundo actual, tan trastornado, conservar en toda su pureza el pensar cristiano de los años de juventud.

¡Cuántos jóvenes miran en torno suyo atemorizados y desconcertados, al entrar en la universidad, y notan cómo en ella se niegan y escarnecen todos aquellos principios sobre los cuales ellos quisieron —con toda la decisión de su alma joven— edificar su vida! ¡Esta vida moderna, tan materialista, tan hambrienta de dinero y de placeres, qué peligrosa piedra de toque es para la religiosidad del joven!

Por esto, *si quieres brillar por tu heroísmo, tu mejor maestro será Jesucristo*.

3.- Otra nota característica del joven es *la gran confianza que tiene en el futuro, la valentía llena de alientos, el optimismo*.

En su organismo, que se desarrolla, van surgiendo y cobrando pujante vida, energías exuberantes, y éstas le pintan el mundo color de rosa y le muestran como cosa fácil superar todos los obstáculos. Junto a la dejadez inerte, cansada, de los hombres más avanzados en edad, el mundo necesita este optimismo fogoso de la juventud, optimismo que asegura el éxito y mueve a emprender grandes cosas.

¡Jóvenes! Hacéis bien en cantar, estar alegres, ser optimistas. El canto brota de la alegría y además la hace brotar; y la alegría es una fuente de recios impulsos para un trabajo celoso.

La Iglesia sabe muy bien que la juventud necesita estar alegre; que una juventud alegre, bulliciosa, sabe modelar su alma de un modo más equilibrado y puede resistir con más tesón las tentaciones.

Saben los jóvenes por experiencia propia, cuántos obstáculos se oponen a sus anhelos de llegar a la santidad. Todos conocemos los ideales sublimes que Jesucristo señaló a la vida humana, por lo tanto también a la mía. Aplaudimos las magníficas enseñanzas de Jesucristo, quisiéramos vivir según las mismas y grabar cada vez con más perfección el santo rostro del Redentor en nuestro propio espíritu.

Mas al mismo tiempo sentimos una trágica contradicción en nuestro interior. Nos gustaría el bien, pero nos atrae más el pecado. Jesucristo nos llama hacia las alturas, el pecado nos impele a los abismos. Quisiéramos lanzarnos al cielo, a las cimas de una vida ideal; pero la tentación del pecado rompe nuestras alas con un peso abrumador.

¿Dónde hay un joven que aún no haya sentido esta lucha llena de aspereza, este combate desesperado entre el bien y el mal?

¿Cuál es el remedio? Luchar con optimismo, con espíritu de sacrificio. *Lucho por Cristo; por lo tanto lucho con gozo, con alegría..., y venceré*.

Jóvenes, vosotros que tenéis el alma pura, vosotros que lucháis victoriosamente con el pecado, estad siempre alegres.

Donde domina el pecado no puede haber alegría.

Cuanto más pura sea vuestra alma, mayor gozo sentiréis. ¿Quién podrá estar más alegre que un joven de alma pura, de pensamientos nobles, de amor profundo a Dios? Habéis de dar un rotundo mentís al prejuicio de

que el joven para estar alegre tiene que probar el pecado; que para gozar en la vida, necesariamente hay que saltarse los mandamientos de Dios.

No hay comparación entre las falsas ilusiones del pecado con la *alegría interior que inunda el alma de un joven que vive en gracia de Dios*. Del joven que puede mirar con tranquilidad los ojos de Cristo salvador.

Yo no puedo menos de alegrarme cuando veo jóvenes optimistas. ¿Quién lo ha sido en mayor grado que Jesucristo? La realidad más espantosa de la vida: la traición, la negación, la muerte de cruz no pudieron quebrantar su confianza; todos esos obstáculos no le quitaron el ánimo.

En los momentos de mayor tristeza seguía pensando en la importancia de su misión; en el éxito de su labor. Pensaba y piensa que el trabajo más insignificante obtiene su resultado. Que aun en el corazón más corrompido puede parpadear una lucecita del bien.

No pierde la confianza en aquellos que han dejado ya de confiar en sí mismos; y se guarda de condenar a los que todos han condenado. Los médicos dan muchos casos por "desesperados"; el Señor "espera" la salvación del pecador más empedernido.

Si quieres tú ser optimista, escoge por modelo a Jesucristo.

4.- Otro rasgo del joven: el radicalismo que brota de la sobreabundancia de sus fuerzas vitales y de la impaciencia de actividad. Las transacciones, los compromisos irritan al joven. No le gustan los pactos forzados; es enemigo acérrimo de las medias verdades, del titubeo, de la incertidumbre.

Saca de los principios sus últimas consecuencias. Su divisa es: o todo o nada. Este rasgo puede causar su perdición, si se cierra en la esterilidad negativa de la crítica; pero puede ser fuente de una fuerza creadora, e influir en la formación del carácter, si se desarrolla en una dirección positiva, si edifica.

Jesucristo es ejemplo de este radicalismo constructor y creador. Cuando se trata de realizar su fin santo, no tiene segundas intenciones, ignora el respeto humano, las transacciones, no se desvía un ápice del blanco propuesto.

¡Qué falta nos hacen hoy estos caracteres de temple de acero!

“La causa principal de nuestros males, es que no hay en nuestra patria bastantes hombres que lo sean —como suele decirse— de pies a cabeza...

“Nos falta la clase sobria que sabe obrar sin ruido y sin pompa, y de la cual se pueden escoger individuos aptos para todas las cosas... En ninguna parte hay tantos hombres eruditos, y al mismo tiempo tan inútiles, como entre nosotros” (SZÉCHENY: *El pueblo del Oriente*).

A Dios gracias, en nuestros tiempos va aumentando cada vez más el número de los jóvenes de alma noble que se presentan al Maestro y le dicen: Señor, muéstranos el camino para ser profundamente cristianos, para ser tus incondicionales imitadores.

Enséñanos cómo en este mundo tan lleno de barro hemos de preservar del fango nuestras almas. Enséñanos qué debemos hacer para que no se borre de nuestra frente la dignidad de ser hijo de Dios. Muéstranos cómo tenemos que prevenirnos contra el pecado que nos acecha. Cómo podremos resistir, con ánimo victorioso, las tentaciones.

Todo esto lo enseña Cristo.

¿Qué plan tiene con los jóvenes? Fijaos: el que no se lanza por el camino de la montaña, no sube a las alturas; el que tiene los pensamientos, los deseos a ras de tierra, así tendrá también el alma; el que se fija un ideal rastrero, no podrá tener un espíritu elevado.

Jesucristo nos fija un ideal sublime, sin igual —que le imitemos y vivamos su espíritu—, y quiere que este noble objetivo embriague, atraiga, empuje a la juventud hacia alturas cada vez más excelsas. ¿Sabéis qué quiere Cristo? Que tengáis un mal, el mal de las montañas.

Cuando el turista va encaramándose por el reino inmenso de las montañas gigantescas de Suiza, aquellas cumbres puras, aquellas cimas cubiertas de nieve, le atraen como un imán... y sube..., y sube... siempre más arriba, más arriba: las alturas serenas tiran de él.

Así os propone Jesús el radicalismo de una vida pura, las alturas maravillosas de la verdadera dignidad cristiana. Quiere que su hermosura os embelese y que vosotros, los enamorados de una vida según Cristo, os lancéis con alma transportada hacia el ideal propuesto: Jesucristo mismo.

Muy bien sé que nunca se alcanza totalmente dicho ideal. Pero, ¿hemos de suprimir por esto todo esfuerzo?

Conoceréis el cuento del niño que vio por vez primera el arco iris y quedó tan embelesado por la hermosura de la visión, qué quiso aprisionarla costase lo que costase.

Se puso en camino persiguiendo, el arco iris. Un arroyuelo le cerraba el paso, las espinas desgarraban sus pies, iba de montaña en montaña; por fin se sentó sin aliento, cubierto de sudor, en un alto peñasco... No pudo capturar el arco iris.

¿Trabajó en vano? No. Durante el camino, mientras iba escalando las montañas, sus mejillas se pintaron de rosas, su sangre circuló con fuerza, y finalmente descubrió un paisaje magnífico, donde el aire daba vida, hechizaban los cantos de los pajarillos, un horizonte sin igual recreaba sus ojos ansiosos de grandezas.

Id también vosotros en pos del ideal. Acaso nunca lo alcanzaréis. Pero llenaos de entusiasmo, saturaos de sanas ilusiones, para que, más tarde, cuando hayáis de alistaros como hombres hechos en la lucha de la vida, sea tal entusiasmo y amor del ideal vuestro tesoro en medio de la dura refriega.

Esta vida desgasta, enfría el alma; nivela, rebaja los ideales..., por lo tanto, debéis hacer acopio de ánimo esforzado al lado de Cristo, tesoro que nadie te lo pueda arrebatar.

El que se lanza siempre a las alturas, llega por fin a Dios; el que clava el eje de su vida en las estrellas no ha de quedar atascado en el fango de la tierra. Pues bien, joven, *si sientes entusiasmo por la ruta firme de la verdad, por una vida intrépida y emprendedora, aprende de Jesús*.

5.- Finalmente, si quisiera resumir en pocas palabras las facetas multicolores del espíritu juvenil, podría decir así: *la juventud es la vida*.

La juventud es antítesis de toda petrificación, de todo artificio, de las formas abstractas. La juventud es energía de gran tensión, ritmo de vida, empuje; es dar el sí a la vida. Es una carrera triunfal sobre un montón de obstáculos... Eso es la juventud.

Hemos de volver a Jesucristo para encontrar el modelo de esta rebosante alegría de vida; hemos de volver a Él, que dijo con verdad: *Yo soy la Vida*. Justamente la vida del Señor es antítesis de la rigidez de la momia, de las formas endurecidas. Es Él mismo quien dice: *Yo soy la Vida, el pan de la vida, la luz del mundo*.

Joven, ¿quieres vivir? ¿Quieres una vida pletórica de fuerzas; de energías? Oye la palabra del Señor: “He venido para que tengan vida y la tengan en más abundancia.” “Yo soy la resurrección y la vida.” Sí: El que

sanó las vidas enfermas; El que resucitó las vidas acabadas; El que se devolvió a sí mismo la vida al tercer día; Él es digno de que le rindas homenaje como Rey también tú, que miras la vida con esperanza.

La corriente de la vida brotará en ti con tanta mayor pujanza y fuerza creadora cuanto más profundamente te unas con Cristo, fuente de toda vida.

Cristo y la juventud se pertenecen. La juventud amante del Señor, que siente por Él entusiasmo, que copia su santa figura, será mejor, más seria, de más recio temple, más disciplinada, que la generación anterior; esta juventud no hará obra destructora, sino que irá poniendo los cimientos de una vida grande para la Religión y para la Patria.

El porvenir es de la juventud amante de Cristo.

De la juventud se puede decir lo que SZÉCHENYI escribió de sí mismo y de WESSENLÉNYI: "Nosotros, dos, si hubiéramos de cruzar los mares con rumbo a América, y nos viéramos zarandeados por un huracán en alta mar, allá, en los brazos de la muerte, no nos inclinaríamos con más sincero homenaje ante Dios Omnipotente, de lo que hacemos ahora por la noche —lejos de peligros y males— aquí en nuestro cuarto" (SZÉCHENY, Diario).

El porvenir es de la juventud que ama y sigue a Cristo.



"Tened confianza: yo he vencido al mundo."

"Estas cosas os he dicho con el fin de que halléis en mí la paz. En el mundo tendréis grandes tribulaciones; pero tened confianza: yo he vencido al mundo" (Jn 16,33).

Hace tiempo que vive el hombre tiritando de frío en los campos de hielo de su pensar materialista.

"No hay más que ciencia y técnica", es la divisa de moda. El único ideal: explorar los secretos de la materia y dominar la naturaleza. Nada se quiere saber de los derechos del alma, ni es de buen tono hablar de Dios. Da prueba de gran cultura quien habla del evolucionismo natural, de "nuestro abuelo el mono".

Ya vemos el resultado de tal corriente. Por las cosas accidentales hemos perdido lo esencial; por la técnica hemos perdido al hombre vivo; hemos pagado un precio exorbitante por el dominio del mundo exterior; hemos dado a trueque de él nuestro mundo interior...

Pero alborea una época nueva, viene una nueva generación. Esta echa de menos a Dios. No quiere tan sólo estudiar las formas elementales de la vida, sino la floración más hermosa con que se mostró en la tierra: la vida de Cristo, la única que puede dar una respuesta satisfactoria a todos los problemas que atormentan la existencia humana.

Estimado joven: cuando llegues a la edad madura verás que, como hubo dos bandos en torno de Cristo durante su vida terrena, así hay dos campamentos también ahora: en uno se levantan puños crispados, las caras están perturbadas y se lanzan gritos salvajes: "¡Crucifícale!"; en el otro, los hombres inclinan la cabeza y se arrodillan ante Jesús diciéndole: "Señor mío y el Dios mío."

Me imagino el momento en que después de largos años de lucha y desasosiego, con el diploma de bachillerato en la mano, conseguido a fuerza de trabajo, llena el alma de esperanzas, te lanzas a la vida universitaria, o acaso ya vas a ocupar el empleo con que ganarás tu sustento.

Y ¿ahora? No consientas que te arranquen de Cristo, el mayor tesoro de tu vida. Estate alerta: no podrás ser feliz si no estás cerca de Jesucristo, si dejas que te lo arrebaten. No dejes que te enfríen tus ideales. No dejes que apaguen tu entusiasmo de ser cristiano. Nadie más que Jesucristo puede infundirte la vida verdadera. Jesús ha dicho: *Tened confianza: yo he vencido al mundo*.

La vida es como un mar alborotado, donde navega una frágil barca. Sólo el hombre que empuña decidido el remo, resiste a la tempestad. Sólo el hombre que lucha.

Este será también el breve contenido de tu vida: *¡Hombre, lucha!* Vendrá la pelea por la vida, por el alimento, la casa y el vestido; y vendrán también las tentaciones impetuosas de la vida espiritual. No por esto te alejes tú de Cristo. No cejes en tus esfuerzos. No hagas traición jamás a tus ideales.

Cuando aquella madre espartana se despidió de su hijo, que iba a la guerra, le dio el escudo con estas palabras: *¡Con éste o sobre éste!* Vuelve victorioso, *con éste*, o que te traigan muerto *sobre éste*.

Así me despido también yo de ti en este libro.

He procurado dibujar en tu alma el santo rostro de Nuestro Señor Jesucristo; y ahora, cuando te lanzas a la formidable lucha de la vida, te digo a manera de despedida: *Con éste o sobre éste*. Luchar victoriosamente en la vida con Cristo, y morir en Cristo después de una vida triunfal. Confía, joven, en Cristo, que ha vencido al mundo.

Camina; tu porvenir está todavía envuelto en la niebla; pero Cristo es tu luz; Él te guiará.

Marcha; abismos y remolinos encontrarás por tu camino, pero Cristo es tu brújula, nunca la debes perder.

Sigue adelante; el viento helado del egoísmo azotará tu rostro, pero que no logre apagar la llama crepitante de tu alma..., es a saber, tu amor a Cristo.

Señor, Tú eres la puerta; haz que por Ti entre y salga durante toda mi vida.

Señor, Tú eres el buen Pastor; haz que sea mansa y dócil oveja de tu rebaño.

Señor, Tú eres la vid; haz que yo sea el sarmiento vivo que se alimenta de tu fuerza santa.

Tú eres la luz del mundo; haz que te siga tan sólo a Ti, en medio de tanta niebla y oscuridad.

Tú eres el pan de la vida; aliméntame.

Tú eres el camino, la verdad y la vida; condúceme por el camino de la verdad a la vida divina.

Que sea yo el arpa, y Tú el canto que brota de ella.

Que sea yo el fuego, y arda en mí Tu amor.

Que sea yo el roble, y seas Tú quien me tenga en pie.

Que sea yo tu hijo obediente en esta tierra, para que pueda ser un día tu hijo feliz en la vida eterna.

Repite a menudo los amorosos anhelos de SAN FRANCISCO JAVIER:

"¡Dios mío! Yo te amo.

Pero no te amo para que me salves,

O para que no me condenes al fuego eterno

si no te amare.

Tú, Tú, Jesús mío,

me has abrazado en la cruz

has sufrido los clavos, la lanza,

muchas ignominias, innumerables dolores, sudores y angustias

y la muerte, y todo esto por mí,

por mí pecador.

¿Cómo no he de quererte yo a Ti, Jesús amantísimo?

No porque me salves en el cielo,

para que no me condenes eternamente

no por la esperanza del premio;

sino así como Tú me amaste a mí:

así te amo y te amaré;

sólo porque eres mi Rey,

y sólo porque eres mi Dios."

Los anteriores afectos, que brotaban impetuosos del pecho de Javier, fueron puestos en verso en el soneto de todos conocido y compuesto, a lo que parece, por un franciscano español de la Nueva España, en la segunda mitad del siglo XVI.

No me mueve, mi Dios, para quererte

el cielo, que me tienes prometido;

ni me mueve el infierno, tan temido,

para dejar por eso de ofenderte.

Tú me mueves, Señor, muéveme el verte
clavado en una cruz y escarnecido;
muéveme el ver tu cuerpo tan herido;
muévenme tus afrentas y tu muerte.
Muéveme, en fin, tu amor de tal manera
que, aunque no hubiera cielo, yo te amara;
y aunque no hubiera infierno, te temiera.
No me tienes que dar porque te quiera;
pues, aunque lo que espero no esperara,
lo mismo que te quiero te quisiera.